



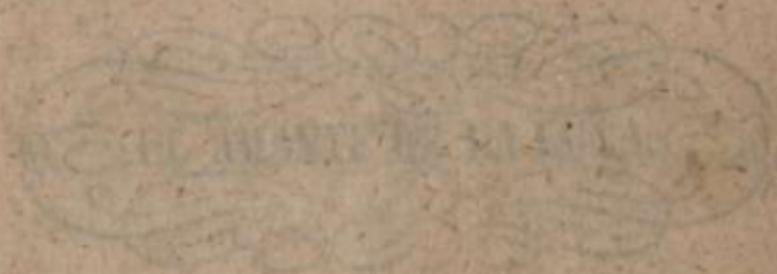


15000

ANT

XIX

274



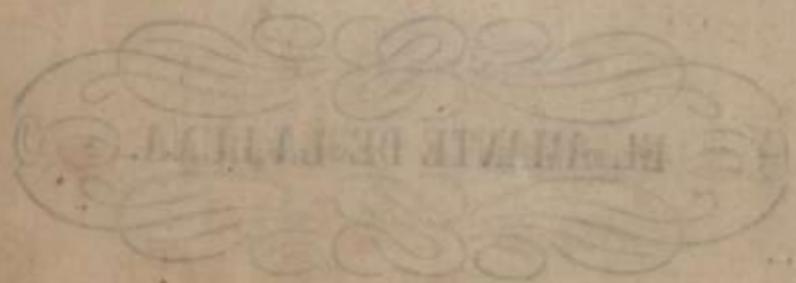


EL AMANTE



EL AMANTE DE LA LUNA.

T. I. Biblioteca económica popular.



15 cm

R-91320



# EL AMANTE

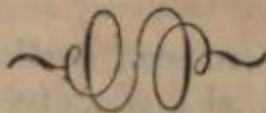


Por Paul de Koch.

Traducida por

***D. José Ignacio de Michelena.***

—  
TOMO I.



—  
Cádiz.

IMPRENTA DE FILOMENO F. DE ARJONA,  
calle de la Torre, n.º 38½.

—  
1847.

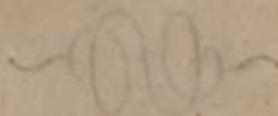
EL MANATE

Por José N. H. S. P.

Traducido por

Es propiedad de la casa de Arjona.

TOMO I.



En

IMPRESA DE FLORENDO N. DE ARJONA  
calle de la Torre, n.º 281.

1847.

### **El padre y el hijo.**

**P**ERDONAD caballero: tiene usted la bondad de decirme donde está... la... la... Vamos no me acuerdo, esto es original!.. Escucha chiquillo, sabes tú... el nombre del sitio donde nos darán razon de tu hermano?

Estas preguntas tan estrañas, las hacia un pobre hombre de una facha singular, y cuyos modales algo bruscos y campesinos revelaban à primera vista ser natural de alguna provincia cercana.

Un enorme redingote ceniciento, que lo cubria casi hasta los tobillos: un chaleco oscuro, con unos ramos de colores extraordinarios: un pantalon anchísimo: unos zapatones de vaca y un sombrero terrible de grandes alas y con una dureza capaz de resistir á la lluvia y al sol, era todo su equipaje.

No hay duda que semejantes vestidos, estaban en completa relacion con su físico; y nuestro hombre estaba mas contento con ellos, que si vistiera la mas rigurosa moda. Representaba unos sesenta años.

Su estatura era mas que regular, con un vientre algo crecido; sus ojos pardos y vivos, y su boca regular, siempre entreabierta por una sonrisa continua, daba à su cara redonda y colorada una espresion franca y amable que lo hacia parecer *un buen compadre*; cabello gris y anillado, una nariz algo pronunciada y una voz fuerte y varonil completaba todo su físico. Tal era el anciano Martinot, borgoñés y viñero, cuya cara, como hemos visto, estaba en perfecta relacion con su profesion agrícola.

El otro à quien él se dirijiera, llamándole chiquillo, no tenia nada menos que veinte años. Era su hijo. Una perfecta relacion existiera entre las facciones de este, y las de su

padre; tenía ojos azules muy hermosos y blonda cabellera ; su boca hermosa y risueña revelaba como la de su padre *un buen Juan* y descubria tambien amabilidad y franqueza.

El hijo vestia una levita de anchos faldo- nes , un pantalon verde oliva , un chaleco de cuello vuelto y un sombrero redondo; ademàs tenia una corbata blanca , reliada al pescuezo sujeta con un nudo enorme y cuyos almidonados picos que parecian dos cuernos , le llegaba el uno al ojo izquierdo mientras que el otro, todavia mas largo, parecia embestir á cuantos se le abordáran. El pico que como hemos dicho le llegaba al ojo izquierdo , le incomodaba bastante , principalmente cuando queria volver la cabeza , pero quíá! preferia èl esta mortificacion , mejor que quitarse la corbata, pues en su pueblo pasaba por uno de los mas elegantes ; al ver la risa que causaba á todo el que lo miraba , se creia el pobrete que lo que hacian eran muestras de admiracion supuesto que él pensaba ser en Paris un nuevo figurin de corbata.

Los dos individuos que hemos retratado con la esactitud posible, se hallaban (serian las dos de la tarde) en medio de la calle de san Denis.

Era à principio de Junio de 1844. Hacia

un día magnífico. Un inmenso gentío llenaba la calle; era la hora propia de los negocios y paseos; así es, que para los que no están acostumbrados á este bullicio, como nuestros borgoñeses, se aturden y marean con la confusión.

El jóven Martinot estaba como quien ve visiones; todo le causaba admiración; las tiendas, las casas, los que pasaban, todo era para el pobre un motivo de recreo. Espuesto á que á cada paso lo atropellasen ya un coche, ya una carreta, ya un ómnibus, y amenazando á todos con los picos de su descomunal corbata.

Un peloton de gente separò al padre y al hijo: entonces el anciano se apura vuelve la cara y grita:

—Joaquinito... chiquillo, donde estás?

Por lo que hace á Joaquinito, así que se vió sin su padre, empezó á hacer pucheros.

—Papá... papá... papá.

Y si papá no responde tan pronto, empieza el niño, de veinte años, á llorar en medio de la calle á moco tendido.

Ya veis que está descubre que son gentes honradas. Un padre que se apura porque no vé á su hijo y un hijo de veinte años que llora porque no vé á su padre, es cosa que no

se vé muy amenudo en París... pero que que-  
reis! se ven tantas otras en vez de esta!

—Aquí estoy, papá, dice Joaquinito cor-  
riendo hácia su padre, atropellando á unos y  
otros con una alegría inesplicable. Por qué an-  
dais tan de prisa?

—Yo no ando de prisa, tú eres el que te  
paras á cada momento mirando las musarañas.

—Pues si hay unas cosas tan bonitas!.. que  
de gente tan bien puesta!.. que de mugeres  
tan elegantes. Sabes tú, papá, que están muy  
concurridas las calles de París?

—Y eso que este es el barrio mas inferior,  
deja tú que vayas á los paseos, á la calzada de  
Antin ò...

—Cuántas tiendas!.. si es cosa de nunca  
acabar... no se como vendan todos!.. cuántos  
drogueros hay en París!!

—Te admiras de poco, tontuelo, deja  
que veas Palais-Royal... los Pasages... las Tu-  
llerías...

—Papá, otro droguero!.. no hay duda que  
las drogas es un comercio singular en París...  
Qué me preguntábais ahora poco?

—Si sabias el nombre del sitio ese, donde  
nos darán razon de tu hermano. Pero ya se  
vé, estás hecho un papanatas... luego le pre-  
guntè á uno y me volvió la espalda dejándo-

me con dos palmos de narices...

—Que quieres, papá, como tienes ese aire tan ramplon... pero yo quisiera haberlo visto, le hubiera enseñado como se portan los bor-goñeses...

—No nos faltaba mas que riñas y golpes para hacer un viaje completo... y si despues de esto te lastimaban è ibas al hospital... por vida de chapiro, que ya me carga tu hermano... no saber donde para...

—Bamos, papá, no te apures, ya lo encontraremos. Es imposible que mi hermano se halla perdido... no es pichoncito como yo... tiene veinte y siete años!.. y hace mucho tiempo que vive en Paris.

—Sí, tal vez! murmurò el padre meneando la cabeza con tristura, pero al momento volvió à su rostro la alegría y continuò: sí, tu tienes razon, Joaquinito, es una simpleza que me apure: ya lo encontraremos al fin y al cabo, hace siete años que está en Paris... à concludido sus estudios... y será un sábio consumado. Esto me consuela algo.

—Oh! que guapo estaba la última vez que estuvo á vernos... que modo!.. que elegancia!.. parecia un marqués... un gran señor. Es verdad papà?

—Sí, hijo mio, estaba un mozo comple-

to... pero hace tres años de esto... y en tres años no ir á vernos como lo hacia siempre...

—Pero bien sabeis que os ha escrito dando las razones... primero los estudios... luego la revàlida... la enfermedad... en las coyunturas que le impedia el caminar...

—Ya! eso sí. Lo que son razones nunca le faltan como buen abogado... luego, siempre pidiendo dinero... nunca estaba satisfecho.

—Caramba! que el ser abogado es bocado caro... Oh! otro droguero!.. mejor me meteria yo en esto.

—Es verdad, luego se necesita adquirir crédito para que acudan los clientes... y los mas pleitean por pobres!.. y es menester fiar!..

—Pues si fuera yo, no fiaba á nadie ni una libra de piedra-pomez.

—Qué dices de piedra-pomez! Por qué, los abogados venden piedra-pomez?

—Si yo me refiero á los drogueros.

—Sabes, Joaquinito, que me vas jorobando con tus drogueros?... Vamos, dime si te acuerdas del nombre del sitio donde nos darán razon de tu hermano.

—La prefectura de policia.

—Es verdad, eso nos dijo la patrona, que el gefe de seguridad pública nos daria razon...

—Canario! papá! ese señor conoce donde

vive todo el mundo: de manera que no haremos mas que llegar y pegar.

—Asi debe ser. Ingrato! no escribirme hace seis meses!.. despues que me he sacrificado para remitirle los cuatro mil francos que con tanta urgencia necesitaba para ese amigo que... bien sabes tú, Joaquinito, lo mala que ha sido la cosecha y à pesar de eso...

—Pero que quieres; papá, mi hermano queria servir à ese amigo, recurrió á tí para eso y tú no debias dejarlo en las astas del toro. El amigo le pagará y Constancio te remitirá el dinero... Oh! otro droguero!

—Pero por qué se habrá mudado este muchacho?

—Es verdad... algun motivo poderoso...

—En la última, cuando le remitimos el dinero, nada nos decia de mudanza: siempre las mismas señas, calle de Montmartre número 171. Ya hemos estado allí y sabes lo que nos han contestado, que hace un año que se mudó, que de vez en cuando va á ver si hay carta, pero que no saben donde vive.

—Pero papá, bien sabes que Constancio te ha escrito diciéndote que aquí en París hay infinitos mandaderos muy torpes que pierden las cartas. No tiene nada de extraño que mi hermano haya confiado sus cartas à algun

mandadero de estos , y este la haya perdido en vez de echarla al correo.

El anciano se sonrió y tomándole la cara à su hijo , le dijo:

—Cuan bueno eres , hijo mio! para todo tienes disculpa. Vamos à nuestra prefectura y... preguntaremos , porque yo no se el camino.

—Pues tú debias conocer à Paris , has venido muchas veces y debias saber las señas de todo.

—Oh! no hijo mio , no he venido mas que tres veces y à mediado infinidad de tiempo de una à otra. La primera vez que vine fué para casarme... para comprarle à tu pobre madre un regalillo... habrá de esto veintiocho años... estuve poco tiempo , porque tenia prisa por casarme con Margarita... pobrecilla! La segunda vez habia doce años: ya habia enviudado!.. Tu hermano me acompañaba, tendria ya unos quince años cumplidos. El objeto de mi viaje fué para ver si cobraba una deuda... El tal era un pillo de siete suelas. No puedes figurarte lo que nos admirò el lujo, la elegancia y la riqueza de los muebles del deudor de los dos mil francos. Tanto influyó en el ànimo de tu hermano la vista de este lujo que quando estuvimos en la calle me dijo:

«Papá, yo quisiera vivir en París y tener una casa como la de ese caballero y unos vestidos tan ricos como los suyos.» Entonces me acuerdo que le dije: «Amiguito, este caballero es un tunante, un tramposo que con ese tren y ese lujo deslumbra á cuatro tontos como yo, y vive à costa de cada uno de ellos, con préstamos que no puede pagar. Desengáñate, mas valémos nosotros con nuestros simples vestidos, que ese perillan con tan suntuoso equipaje. El bien mal adquirido no debe desearse, sino compadeced al que lo posee. No hay la menor duda que es fácil enriquecerse, pero es como lo ha hecho el pillo de Dubernard.

—Y os pagó ese Dubernard?

—Cà... En la vida.

—Si yo supiera donde vivía, á pesar de todo su lujo y profusion, os habia de pagar ò le rompía la cabeza.

—En el dia ignoro completamente su paradero. Yo podia haberlo perseguido... perdido tambien, pero como no tenia recibo, en el primer juicio de consiliacion, levantó la mano y juró solemnemente que no me debia un cuarto.

—El bribonazo!!

—Y habiendo pasado doce años de esto, ya conocerás que me inquietará poco ese tunante.

—Pues si en doce años que no lo veis ha hecho el mismo negocio de pedir y no pagar, en el día será millonario... andará en carroza!

—Yo creo que no será así. El vicio no reporta sino inquietud y sobresaltos, y tarde ó temprano los pillos la pagan. Ya ves, hijo mio, que si sucediera lo contrario se hacia indispensable el ser tunante.

Joaquinito no respondió nada; solo sí, miró à su padre con una convicción íntima de la observacion del anciano. Durante este diálogo, nuestros borgoneses habian llegado à la Plaza mayor del mercado; el bullicio era mil veces mas: los gritos de los vendedores, la algarazara de los que compran, de los cocineros y de los fruteros, aumentaban el atolondramiento y admiracion de los dos provinciales.

Al pasar por delante de unas mugeres, con azafates de flores, el jóven Martinot entendió bien estas palabras:

—Ay que cabeza!

—Ay que chaleco!

—Ay que corbata!

—Ay que picos tan tiesos!

—Parece una veleta!

—Para donde va el viento?

—No tiene mal cuerpo... debe ser un aprendiz de garbo... es un mochuelo todavía.

—Vive Dios! comadre, con esos picos se parece á Nicolàs cuando viene borracho.

Ocupado el pobre jóven en guarecerse de los carros, de los caballos, de los vendedores y en seguir á su padre no habia penetrado el sentido de estas exclamaciones: pero he aquí que tratando el pobrete de no tropezar con un mandadero que traia una berrica, cayó sobre un hombre de blusa y de muy mala catadura y le dá con el pico de la corbata un capirotazo en las narices.

—Canario! quien ha sido?... he visto estrellas... has sido tú, mochuelo? ahora veras.

Y diciendo esto, el de la blusa, se puso en disposicion de darle de trómpis; y su cara pálida, sus lábios blancos, sus ojos chispeantes y su enorme nariz tomó una espresion de furor incalnable.

Por lo que hace á Joaquinito no se intimidó por el aire hostil de su contrario, todo menos eso, y sin darle siquiera una disculpa le preguntó con su sencillez característica:

—Sabe usted, caballero, donde está la prefectura de policia?

Apenas oyó el que se disponia á andar à cachetes el nombre de prefectura de policia, arrugó el entrecejo y tocó de suelas gruñendo:

—Sí lo sè! ahora mismo salgo de allá.

Y desapareció cual una escalacion entre la multitud. Joaquinito al mirarlo preguntó à su padre:

—Por qué corre ese hombre así, cuando le he preguntado por la prefectura de policia?.. Creo que en París se tiene por una barbaridad el preguntar las señas de cualquier cosa.

Antes que el padre respondiese, un municipal con espada y sombrero de tres picos que no habia perdido un ápice de la escena anterior, le contestó sonriéndose:

—Es porque el nombre de prefectura de policia, ha producido en ese hombre un efecto mágico y como ha estado allí muchas veces y ha dormido y vivido en ella largo tiempo...

—Lo conoceis vos, caballero?

—Sí, señor, es un ratero.

—Un ratero! exclamò Joaquinito mirando à su padre y al municipal de hito en hito.

—Un ratero! exclamò tambien el padre que parecia participar de la admiracion de su hijo. Y como, caballero, sabiendo vos que es un ratero, le dejais andar suelto?

—Y por què lo he de prender? Ha estado ya preso y ha cumplido su tiempo; diez dias hará, lo mas, que está libre, pero es probable que no lo estará mucho tiempo. Yo es-

toy siempre con el ojo encima y en haciendo una de las tuyas vuelve à gayola. Pero me parece que preguntaban ustedes por la prefectura de policia?..

—Sí, señor.

—Pues bien, sigan ustedes todo derecho, y pasando el Puente, à la derecha, no es perdida.

Y diciendo esto, el hombre del tricornio, batió paso redoblado. Joaquinito agarrò á su papá de la mano y le dijo aun lleno de admiracion:

—Un ratero!.. un ratero! sí, no hay duda, era muy feo y estaba mal vestido. Pero, papá, yo no se como, sabiendo que ese hombre roba, lo dejen andar suelto. En nuestro pueblo, si supiéramos que alguno era ratero, lo meteriamos en la cárcel ó lo desterraríamos despues de darle una linda felpa.

—Pero quieres compararnos con los parisienses? Nosotros no somos mas que unos brutos campesinos, estamos muy lejos de llegar á su cultura y civilizacion. Ya lo ves, aquí en París se puede robar... mientras que *se haga con decencia.*

—No lo entiendo.

—Ni es necesario tampoco. Tú no seràs siempre mas que un viñero, como yo, con-

que así, no te dé cuidado el no saberlo.

—Y ese hombre con el tricornio y el espaducho, que conoce á los ladrones, quien será?

—Un agente de policía.

—Qué significa eso?

—Un hombre que vela por la seguridad pública.

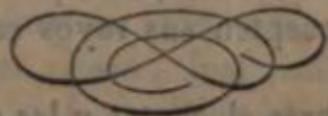
—Y no arresta à los rateros?

—Como ese ha cumplido su tiempo, está libre; pero cuando robe otra vez, lo volverán á prender.

—Entonces los asesinos que están condenados à galeras, en cumpliendo su tiempo, los pondrán libres hasta que maten á otro, no es verdad?

—Déjame en paz con tus reflexiones... eres capaz de marear á un santo.

—Bueno! cuando encuentre otra vez á ese ladrón, lo he de conocer, pues tiene una facha de las que nunca se borran de la memoria.



**El Puente-Nuevo.--La exposicion de los reos.**

EL padre Martinot y su hijo se hallan ya en el Puente-Nuevo. La perspectiva que este presenta es muy viva y variada; el agua, los arcos, el gentío inmenso que allí circula; está alumbrado por un sol puro que cae de plano, sin que intercepten sus rayos casas de siete pisos.

Los hombres elegantes y las mugeres vestidas con gracia y coquetismo, mezcladas con estas la griseta y el estudiante, el rico y el po-

bre, el viejo y el niño, el militar y el sacerdote; esta confusión tan variada, tan hermosa, sorprende más à Joaquinito que se queda con la boca abierta, como quien vé visiones, y luego que nota menos drogueros en su camino, esclama lleno de entusiasmo:

—Ah! que cuadro tan hermoso!.. tan encantador, que ambiente tan puro se respira aquí... y no la fetidez del mercado... y ese río tan hermoso... esa agua tan pura; como me recuerda el Yonne (1) que pasa por nuestra casa... luego, esas casas en el mar...

—Esos son baños públicos... yo me acuerdo que la última vez que estuve en París, me bañé, en ellos, con tu hermano.

—Ay que vergüenza! ponerse encucros delante de tanta gente!

—No, hombre, se encierra uno por dentro.

—Ay, papà, cuantos perros!.. ay! perros en jaulas!.. en París se enjaulan los perros como canarios?

—No, hombre, asos son perros de venta... pobres animales... son leales y los venden como gorriones... Pero, Joaquinito, si tu no tratas de andar más, no llegaremos nunca.

---

[1] Río de Francia que viene de Sens y desemboca en el Sena. [N. del T.]

Pero no son los perros los que mira Joaquinito: son sí, dos lindas mozuelas de paso libre y mirada resuelta, sin duda algunas *grisetas*, pero que parando mas la atención manifiestan ser *mucho menos*.

Una de ellas lleva un lindo sombrero que apenas le cubre la cabeza, con suma gracia y gallardía. El joven Martinot, no separa de ella la vista y las muchachas creyendo la conquista, el canto, se arriman también á las jaulas de los perros.

—Son de Borgoña, dice una á la otra: ya sabes tu que no me engaño yo tan fácilmente y te digo siempre sobre la marcha: esos son de Normandía, aquellos de Picardía, estos de Lorena, esotros de Bretaña.

—Sí, querida, ya se que estás perfectamente instruida en las cuatro partes del mundo.

—Sí, Fea, las conozco todas... se entiende hablando de los hombres... en cuanto á las mugeres no es tan fácil... al momento cambian... sin embargo, si traen el gorrito á estilo de su país, tampoco me engaño.

—Y si van sin gorro?..

—Lo que yo te digo que esos son de Borgoña, y apostaría cuanto quieras.

—El jovencito no es mal bocado.

—Sí, pero tiene un aire tan zote... luego con esa infernal corbata!

—Oh! si corriera de mi cuenta ya verias que lechuguino lo ponía.

Y la amabilísima niña, á quien su compañera llamaba Fea, continuaba lanzando miradas provocativas á Joaquinito, sonriéndole y enseñándole unos dienteitos, que no eran feos por cierto, y entre ellos una lengüita muy coloradita, meneándose mas que un rabillo de lagartija.

Aunque el jòven Martinot no entendiera jota de esta pantomima, sin embargo sentia una sensacion tan violenta, tan desconocida, que el pobre muchacho, rojo como una amapola, tenia los ojos tan desencajados que causaba risa el verlo.

El padre, sorprendido de que el hijo no le respondiera y acostumbrado á las preguntas contínuas de este, volvió la cara y viendo el fuego graneado que aquella muchacha, dirigiera á su hijo á pesar de no estar acostumbrado á unas pruebas tan terribles, comprendió perfectamente lo que su pobre hijo sintiera y aprocsimándose á este, le dió un golpe en el hombro diciéndole:

—Muchacho, qué haces hai? está causado? se niegan á caminar tus piernas?

—No... no, papá... no es eso... al contrario... estaba mirando una cosa... es decir que...

—Pues! vea usted á todo un hombre turbado porque esas mugeres lo miran!.. Crees tú que yo no te veia? Hijo mio, es preciso no atontarse, porque una muger nos mire, lo contrario es una bestialidad. Vamos, Joaquinito, vamos, que un jóven de talento... no debe parar la atencion en mugeres de esa clase.

Y diciendo estas palabras, cojió á su hijo del brazo obligándolo, á pesar suyo, á que lo siguiera mientras que el pobre muchacho, volviendo la cara á cada instante, no apartaba sus ojos de las dos mugeres. Estas por su parte, habian oido algo de la conversacion del padre, y dando grandes risotadas, decian:

—Anda, chiquito, anda, no te vayas á perder.

—Porque sino papaito te pegará.

—Que lástima que no lo meta en un chinero.

—No se le desgracie el zamacuco.

—Oh! *Borgoñes salado, con la espada al lado, y la barba crecida, saltad en seguida.*

—Papá... papá, oyes! exclamó el jóven que entendió perfectamente el estribillo de su provincia: nos conocen, saben que somos borgoñeses.

—Sí, hijo mio, lo que te dije ahora poco. Esas dos muchachas son bien despreciables... alaban à los hombres cuando lo tienen bajo las narices!.. Comprendes? no; he?... Tu has visto esos perritos enjaulados de venta. Pues bien, esas mugeres son lo mismo; ofrecen de buenas à primeras, al primero que llega, sus gracias, atractivos y dan por plata su corazon y caricias.

—Y dime, papá, cuando uno las compra son tan leales como los perros?

—No, hijo mio, hay una diferencia excesiva: ellas jamás son leales, y los infelices que á ellas se entregan, que le ofrecen su corazon, sufren terribles desengaños.

—Oh! papá, que hermosa estatua á caballo... quien es ese hombre?... à quien representa?

—Ese es Enrique IV, hijo mio, un gran rey... sobre todo, un rey justo... quitate el sombrero.

—Sí, papá, con mucho gusto. Enrique IV, Luis XII, ved aquí los únicos que yo tengo de la historia de Francia. Cuanto me alegro de ver à ese rey.

Los dos borgoñeses, al pasar ante la estatua de Enrique, el grande, se quitaron respetuosamente el sombrero, lo que hizo reir à

muchos de los transeuntes. No habian dado dos pasos , cuando un chalan , un vendedor de cadenas para relojes , los para , les enseña su mercancia y les dice con suma locuacidad y con un aplomo extraordinario:

—Ea , señores , cadenas para relojes , cosa indispensable en París , para que no los roben. Amarrada la muestra con una cadena de estas , bien podeis desafiar à los pillos , meteos en las bullas , en las tiendas , en el teatro , que estais mas seguro que en vuestra misma casa. Con una cadena de estas bien podeis decir: «yo sabré la hora cuantas veces quiera , seguro está que me quiten el reloj... tres pitos me se dá de los ladrones.» Ah! señores , que ventaja es esta en París , donde probablemente vendreis á pasar algunos dias , que ventaja , digo , es burlarse de los ladrones , y saber la hora que es!.. porque sino sabeis la hora que es , como podriais ir , á tiempo , al museo , al conservatorio , al teatro , á casa del ministerio... y pasar el Puente de las artes?... si ignorais que hora sea como asistir á un juicio , à la carrera de caballos y la salida de los caminos de hierro?... y cómo saber la hora sin tener reloj?... y cómo saberla si lo roban?... De manera , que el que reflexione y vea que puede evitar todo ese desastre , comprando una de estas ca-

denas, dirá: «Cincuenta y tres francos por una seguridad tan indispensable! vaya una vagate-la!» Cincuenta y tres francos vale el saber que hora es!.. cincuenta y tres francos una cadena de acero puro!.. vaya una ganga!.. vaya una chiripa!

Admirados estaban nuestros dos hombres con la parla y el mareo del chalan, pero à pesar de su gerigonza, no se decidian por comprar nada. Un caballero muy elegante con patilla corrida, se acercó al tio de las cadenas. Toma una, la ecsamina, la estira con las dos manos y se la echa al cuello.

—Buena está esta, dice... vea usted una cosa indispensable en París, sino... volaverunt... en fin, señores, como quereis creer que tres dias seguidos me han robado un reloj de oro!

—Siempre el mismo? preguntó Joaquinito abriendo tanto ojo.

—Oh! no señor... otros diferentes... cada dia uno mejor... y que sitios creereis que frecuentaba?... los mas principales... el fumadero... la ópera-bufa... los Funámbulos: pero hoy me dije: «Vive Dios que esos truanes no me han de robar el cuarto.... yo les aseguro que me voy á comprar una cadena mas fuerte que un cable.» Y vea usted que friolera, si ante

hubiera comprado una cadena de estas, con cincuenta y tres francos hubiera salvado mil escudos... Ah! pillos que vengan ahora à quitarme esta.

Diciendo esto el caballero metiò un eslabon de la cadena en su chaleco y parecia amarrar alguna cosa à ella, pero en vez de ser un reloj de oro, lo que el señor amaraba era una pieza de dos cuartos, lo que descubria perfectamente, que el señor usaba de este ardid para que los ladrones se llevasen plante al robar la cuarta muestra.

—Si tu quisieras, papà, compraria yo una cadena, como este caballero, para mi reloj. Tu no la necesitas, continuó Joaquinito, como no gastas tú reloj, está escusado el que te lo roben, pero à mí es fácil que me lo quiten, y si tu quieres....

—Vamos, despáchate.

—Pues señor, venga una cadena.

—Haceis perfectamente, caballero, dijo el señor de la patilla corrida. Y si quereis que yo os la amarre, lo haré con mucho gusto, pues me parece que no entendeis mucho de esto... y la podeis amarrar en vago...

El jòven Martinot, podia responderle, que tal vez lo hiciese mejor que él, en el supuesto que à él lo habian robado tres veces, y lo que

acababa de amarrar, hacia un momento, era una moneda de cobre. Pero nada, Joaquinito le entregò el reloj al señor, este amarrò la cadena y metiendoselo en la faltriquera le dijo:

—Ahora si que está firme, que os lo quiten... que me ahorquen, si os lo roban ahora.

El servicial caballero, hizo un saludo muy cortés y tomó el camino del chalan de las cadenas que ya habia desaparecido.

—Vaya un caballero fino y atento, dijo Joaquinito, juntándose con su padre.

Este iba à responderle, cuando un municipal los detuvo, entregando al hijo, un reloj de oro.

—Tomad vuestro reloj, le dijo, y otra vez cuando compreis cadenas, amarradla vos mismo.

El lector puede figurarse como se quedaria Joaquinito. No podia creer lo que veian sus ojos; mete la mano en el bolsillo y saca lo que el creia reloj... pero que no era mas que un pedazo de plomo atado á la cadena.

—Robado!! exclamó Joaquinito. Me han robado... ese caballero tan elegante!!

—Es uno de los capeadores mas hábiles de París, pero está conocido por tal y donde se aventura á hacer de las suyas es con los extranjeros. No lo perdemos de vista y hemos sido

testigos del juego que os ha hecho con su compadre, el vendedor de cadenas, pero ya las pagará todas juntas, ha sido cogido *infraganti*.

El joven Martinot cojió su reloj y amarrándolo ahora él mismo, no podía creer como era que se lo habian robado à sus mismos ojos.

—Otra leccion, Joaquinito, otra leccion, exclamò el padre riendose del estupor del hijo. No te dije que te habian de suceder cosas muy orijinales en Paris?.. Ya ves que no te engañè.

—Es verdad, papá... pero ese caballero ser ladron!.. El otro, pase, tenia mala facha... iba medio desnudo!.. pero este tan elegante, de unos modales tan finos... vamos, no lo entiendo, pero veo perfectamente que no hay en Paris de quien fiarse. Siquiera hay buena policia... me roban el reloj por un lado y me lo devuelven por otro... del mal el menos.

—No te fies, tontuelo, que esas restituciones son muy raras.

Ya habian pasado, el padre y el hijo, el Puente-Nuevo è iban á tomar á la derecha, segun le indicaran, cuando un inmenso gentío corria á la plaza de Palacio diciendo:

—Ahora los van á presentar... son seis... dos de ellos, son los que nos han dado que

hacer tanto este invierno... vamos à verlos... corràmos...

Llamó la atencion de nuestros borgoñeses.

—Que es lo que van à ver? preguntó Joaquinito á su padre.

—No lo sé, pero preguntaremos.

El padre se acercó á una vieja que llevaba de la mano dos niños de seis á ocho años, andando á toda prisa y diciéndoles:

—Vamos, hijitos... cojerémos sitio, es cosa digna de verse... andad á prisa... á prisa.

—Decidme, buena muger, que hay que ver allà abajo?

—Què! no lo sabeis? unos tunantes, ladrones y asesinos que van à ser espuestos à la vergüenza, antes de ir à galeras... son seis... es de ver las figuras y muecas que hacen los muy pillos... es preciso estar endurecidos en el crimen... haber perdido el ser de hombres para reir y hacer visiones á todo un pueblo que los mira, y á los gendarmes que los custodian... Yo quiero que mis hijuelos los vean es una leccion que deben tener siempre presente; así es que cuando lleguen allà, les diré: «Hijos míos, acordaos siempre de lo que estais viendo y preferir morir mil veces, antes que veros en ese estado.»

Diciendo esto la buena muger impulsò à

los niños à que la siguieran y los chiquillos creyendo que iban à ver una gran funcion, corren à todo trapo tras de su abuela.

—Papá, te parece que veamos tambien eso?

—No me parece que sea un espectáculo muy agradable el ver à esos infelices espuestos à la vergüenza... Además tengo formado muy buen concepto de tí para creer necesitas ver tan fatal ejemplo... Sin embargo, si quieres irémos, así como así, serán pocas las veces que vengamos à Paris, y no debemos desperdiciar nada... Vamos, echarémos una ojeada à esos miserables.

El padre y el hijo siguieron la multitud y no tardaron nada en llegar à la plaza de palacio.

Seis hombres estaban atados en el fatal tablado. Cinco de ellos, descubrian al momento ser de la hez del pueblo; particularmente, dos de ellos, lejos de arrepentirse de sus crímenes y avergonzarse de su castigo, hacian alarde de él, haciendo figuras à la gente y dirigiendo guiñadas à algunos camaradas que se hallaban entre la multitud.

El sexto, vestido con mas decencia, parecia comprender lo terrible de su posicion; inmóvil y con la cabeza al pecho, parecia querer impedir el ser conocido. Los ojos cerrados y su ca-

ra pálida y sombría. Representaba unos cuarenta años, y á primera vista descubria que su educacion habia sido diferente à la de sus compañeros, y que caminando por distintas vias, la fatalidad lo habia llevado al mismo fin. Su cara triste y vergonzosa era de hipocresía ò de arrepentimiento?... Es muy difícil averiguarlo: no obstante Rochefoucaulde ha dicho que *la hipocresía es una ofrenda que el vicio rinde à la virtud.*

Airado de ver á los cinco condenados hacer del san Benito gala, el anciano Martinot, à fijado la vista sobre el que parece sumido por la vergüenza.

De repente el viñero coje al hijo del brazo y le dice con una voz entrecortada por la emocion:

—Ah! pardiez!.. es él... no me engaño asi como quiera... es él aunque tiene la cabeza baja, lo he reconocido perfectamente.

—Quien es, papá? conoces tu á alguno de esos tunantes?

—Ah!.. como ha cambiado en doce años... su cabello à encanecido... Y bien, dirás ahora que no hay Dios?... Ves tu ese hombre, hijo mio... avergonzado de si mismo... pero espuesto tambien?... pues ese hombre es Dubernard del que te hablé ahora poco... el que hace po-

cos años vivia en el lujo y la opulencia...

—El que os debia los dos mil francos?

—Justamente.

—Bien empleado le está. El que la hace que la pague.

—No, hijo mio, no. Es muy doloroso ver en ese estado á un hombre que se ha conocido, que ha venido á nuestra casa y que se ha sentado á nuestra mesa... Ah! aunque me ha robado... lo compadezco... Vámonos Joaquinito, me es muy doloroso ver á ese hombre en un estado tan triste.

El jóven Martinot, siguió, en silencio, á su padre, á la prefectura durante la travesia decia amenudo el anciano.

—Cosa extraordinaria! quien se lo hubiera dicho á ese infeliz ahora doce años... cuando mi hijo Constancio admiraba su opulencia... ah! quien se lo hubiera mostrado hoy tambien!.. quien le hubiera hecho ver el final de ese hombre tan poderoso!.. de ese infeliz Dubernard!..

Y despues, volviéndose á Joaquinito, le decia:

—Ves, hijo mio, como el vicio tarde ó temprano produce su amargo fruto.

***El gabinete del señor gefe de seguridad pública.***

**E**L gabinete del señor gefe de seguridad pública, se hallaba en la misma prefectura, no lejos de las oficinas de los empleados y de las cuadras ò cuartel de los municipales. En el entresuelo se hallaba el despacho de este hombre que parecía conocer toda la vida y milagros de los habitantes de París. El único inconveniente que hay es, el de estar esperando un siglo hasta que os llegue vuestro turno, cada vez que le hagais una visita à este caballero, pues siem-

pre encontrareis allí una infinidad de jente robada... estropeada... engañada que van á ponerle al señor gefe la cabeza como olla de grillos.

Ya hacia tiempo que los dos borgoñeses estaban esperando en la antesala, cuando el sargento de semana, habriendo la mampara del gabinete, les dijo:

—Vamos, ahora les toca à ustedes.

Un temor embarazoso sintieron el viñero y su hijo al verse ante el hombre que desempeñara en París uno de los cargos mas principales. Mas el buen modo y finura del gefe que los hizo sentar y les suplicó se espresasen lo mas breve que pudieran, hizo tomar asiento à los provinciales que estaban sobrecojidos de respeto.

El padre Martinot tomò la palabra.

—Señor; nosotros somos de Borgoña... naturales de san Jorje, pueblecito muy bonito, à una legua de Auxerre, Yo me llamo Cláudio Antonio Martinot, propietario de algunas viñas y sembrados... Aunque no soy rico tengo lo suficiente para vivir con descanso y mantener à mi familia... Soy viudo, perdí à mi esposa (que de Dios goce) una mujer, como pocas, tan de su casa era mi felicidad y tan bonita que muerta estaba y daba gusto el verla y...

—Perdone usted, interrumpió cortesmente el comisario, pero me parece que os separais del objeto principal.

—Es verdad, señor... usted perdone. Tengo dos hijos, el uno es este, que tendrá ahora veinte años y el otro... Ah señor, ese es mi objeto!.. El otro, que tendrá ahora unos veinte y siete años, se vino hace siete à Paris à estudiar para abogado, porque él decía: «Papa de abogado se llega á diputado... de diputado à par de Francia... luego á ministro... y de ministro...

—A papa, interrumpió el gefe, esa es la carrera.

—Constancio (este es el nombre de mi hijo) se avecindó aquí y le señale una pensión para sus matriculas y gastos indispensables... luego siempre me estaba pidiendo para *casos de honor... casos extraordinarios*, y yo me sacrificaba, porque decía: «que es esto por mañana ú otro dia ser el padre del ministro» Además, Constancio era muy aprovechado y venía todas las vacaciones à san Jorje à pasarlas à nuestro lado y, por san Luis que no era ya un palurdo era si un caballero elegante que hablaba... como un abogado creo que es cuanto hay que decir.

—Oh! es verdad, murmuró Joaquinito, mi

hermano hablaba dos horas seguidas sin parar y aunque yo no le entendia nada, lo hacia tambien que me tenia con la boca abierta.

—No es extraño, dijo el gefe rascandose la punta de la nariz.

—Ya hace tres años, continuò el viñero, que no va mi hijo á san Jorje... causas poderosas lo impedian segun me decia en sus cartas y prometia el ir al año siguiente, pero nada... Por último hace seis meses que ni aun me escribe... esto me tiene desazonado pues justamente la última vez que me escribió me pedia un dineral... y á pesar de lo malo del tiempo se lo mandé... Y viendo que no me contestaba he determinado venir á París à informarme si le ha sucedido algo á mi hijo... Llegamos anteayer por la noche y nos hemos hospedado en *Plato-de-estaño* (1) calle de san Martin, y luego fuimos á la calle de Montmartre, domicilio de mi hijo pero allí nos dijeron que hacia un año se habia mudado sin decir á donde, y que por consiguiente no sabian donde paraba: podeis figuraros, señor gefe, cual seria mi sorpresa y dolor ;no saber donde para mi hijo! en un París!!... Ayer fuimos à casa de unos amigos del pais y preguntádole por él, no saben

---

[1] Uno de los mesones de París.

nada, ni aun que vivia en París pues no habia ido à verlos... seguramente por no tener tiempo. En fin, no sabia que hacer hasta que la patrona me dijo que nadie mejor que vos me lo podria decir. Conque asi, caballero, decidme por Dios, cuanto antes, el paradero de mi hijo para abrazarlo... para abrazarlo mil veces...

El gefe de policia se sonrió.

—No es el asunto, dijo, tan fácil como creéis: todo lo que me decis es bien oscuro. En primer lugar, que hacia vuestro hijo en París?

—Estudiaba, aprovechaba... eso sí, aprovechaba mucho.

—Y cuando le escribiais...

—Le ponía en el sobre à Mr. Constancio Martinot, abogado... porque hace ya tres años que tomó la reválida: no es así, Joaquinito?

—Sí, señor... y despues nos decia haber adquirido mucho partido.

—Ya lo ois, señor gefe, mi hijo es abogado.

—Sin la menor duda... pues èl nos lo escribió.

El gefe de policia estuvo leyendo diversos papeles y registrando varios libros; despues de lo cual volviéndose al anciano, le dijo:

—Pues señor, no hay tales carneros. Vuestro hijo os ha engañado.

El buen anciano palideció.

—Qué decis?... (balbució)... que no es abogado?... Y el dinero de los estudios?... y los mil francos de la reválida... mil francos! señor jefe, mil francos!.. sin los casos de honor!..

—Pues no tengais la menor duda, que no es abogado; à donde le escribiais?

—Calle de Montmartre, número 171.

—Y la filiacion de vuestro hijo?

—Su filiacion!.. Ah! sí, sus señas... ya comprendo: hermosa talla... así como la de Joaquinito, poco mas ó menos; un lindo muchacho... lo que se llama un muchacho en forma; pelo negro, ojos negros, grandes y mas relucientes que dos luceros; nariz regular, boca pequeña y algo picante... una boca maliciosa con bellos dientes... oh! bellissima! en cuanto al color es moreno y la tez de su cara... algo ajada... Son tan malos los aires de París!

—Ninguna seña particular?

—Señas particulares!! no, señor, no tiene ninguna.

—Sí, papá, se aventurò á decir Joaquinito, la última vez que mi hermano fué à vernos, llevaba un baston negro con puño de plata sinzelado.

—Calla, zopenco, un baston no es seña particular.

—Ah! perdona, yo creia...

—Y la edad de vuestro hijo?

—Veinte y siete años cumplió el mes pasado.

—No le conocéis aquí en París, ninguna querida?

A esta pregunta, Joaquinito bajó los ojos y se puso hecho una escarlata. El padre frunció las cejas y respondió al fin:

—Debeis figuraros, señor comisario, que habiendo tres años que no se de él, mucho menos seré el confidente de sus amores... Pero, sin duda, un muchacho lindo... con veinte y siete años... diablo!.. no ha de tener su dama!.. al fin y al cabo es hombre... los hombres no son como las mugeres!.. pero lo que es yo de eso no se nada.

—Pues lo siento, porque es lo único que podria darnos algun indicio: en fin, volved dentro de algunos dias y verémos...

—Pues qué señor! exclamó el padre, no estais seguro de hallar à mi hijo?

—No, señor, porque no hay nada especial que se refiera à vuestro hijo; ya veis un jóven que ha cambiado de domicilio sin decir á donde, es una cosa muy comun: ahora si se trata-se de un asesino... de un ladron... de un raptor... Oh! entonces ya daría con él.

—Un asesino! un ladrón! oh! no, gracias á Dios, por nada de esto tengo que requerir á mi hijo.

—Pues os aseguro que me va à costar trabajo el hallar á ese Mr. Constancio Martinot; pero nada perdeis con venir de cuando en cuando y os diré á que altura se hallan mis pesquisas.

Apenas salieron, el padre y el hijo, del despacho, cuando entró un caballero precipitadamente.

Este individuo vestia con suma elegancia; de edad madura, y con una peluca tan perfectamente hecha, que bien podia pegar con ella un plante; cara redonda y cachetes gordos y colorados ojos pardos, muy vivos y graciosos, y por último, un cuerpo pequeño, algo pansudo á pesar de lo apretado que llevaba el cinturón del pantalon, y un pie chiquito calzado de bella bota charolada. Tal era el personaje que remplazó á nuestros dos provinciales.

Este señor, se dejó caer en un sillón meneó la cabeza tres veces; miró un buen rato al comisario, despues se apretó el nudo de la corbata, se estiró el chaleco y prorrumpió al fin.

—Pues! aquí tiene usted á todo un hombre robado!.. Ah! es cosa bastante desagradable, por cierto!.. é indispensable para venir á

incomodaros... é incomodarme yo... yo! que no puedo acelerarme! que tengo mis horas precisas de paseo... y que en este momento debia hallarme en casa de una hermosa dama, que me honra con sus favores... particulares! Ah! robo maldito que cambia todo mi sistema... Si no se tratàra mas que de algunos cien francos... que habia yo de haberme derrengado con venir hasta aqui!.. pero doce mil francos!.. eh?.. doce mil francos!!

—Caballero, os suplico que acorteis vuestro relato, y que cuanto antes me digais el objeto principal de vuestra venida.

—Ah! es muy justo, y ya veo que no gustais de perifrases. Pero es indispensable el que os cuente mi historieta. Yo me llamo Fortincourt, no me ocupo en nada, porque mis padres me dejaron un capitalito de ocho mil francos... lo bastante para vivir. Cuando digo que no me ocupo en nada, miento: porque yo trato de hacer mis especulaciones y me digo: «Si en vez de ocho mil francos de rentas tuviera diez y seis mil, fuera mejor... estaria mas descansado y podria gastar cabriolè de cuatro ruedas!.. eh? es cosa sublime!.. un cabriolè con cuatro ruedas, bien sabeis que es la última moda...»

—Caballero, os suplico...

—Sí, señor, ya os comprendo... Pues como iba diciendo... Qué estaba hablando?... No me acuerdo!.. pero no importa... Ah! sí; en que hacia mis especulaciones... Pues en efecto, cuantos negocios he emprendido, en otros tantos he perdido el dinero... una vez en baños minerales, otra en un remedio que debia preservar à los niños del sarampion... por último, hasta en esencias y aguas de olor. Ya vé usted, que eso produce mucho... pues hijo mio, perdí el dinero... me harté de negocios hasta la punta de los cabellos, veia clatamente que me arruinaba y me dije: (salto ahí)... seamos económicos...» Bien veis que es cosa difícil cuando se está acostumbrado á profusion de gastos... ser querido de las mugeres...

—Y vuestro robo, señor?

—A eso voy: oh! ya le llegará su hora: estoy por el órden. Pues, señor, hay algunos días, uno de mis amigos... es decir, amigo, pero hacia poco tiempo que lo conocia... un muchacho bellisimo, elegante... asi como yo; lo conocí por primera vez en casa de unas niñas. Mr. de Santa-Lucia (este es su nombre) me petò á primera vista, yo tambien le peté à él; le encanté, como él me dijo, por mis modales y talento.

—Y ese amigo, es el que os ha robado?

—Ya le llegarà su hora... ya viene pronto. A los quince dias, éramos amigos inseparables. El venia á mi casa, yo no iba á la suya... porque, entre paréntesis, no sabia donde vivia, pero íbamos al teatro, al café, á los paseos, siempre juntos. Mi amigo era un negociante en folio; mas de una vez me dijo: «Soy dichoso, me voy poniendo rico con los fondos públicos y los caminos de hierro... Nunca pierdo... Cuando querais os hago participante de mi fortuna.» Ya veis, la proposicion era de los diablos y me tentaba algo... pero no me atrevia... Ya me habian jorobado varias veces...

—Caballero, tened la bondad...

—Al momento. Donde estaba yo?... ya se vé, me interrumpís á cada instante!!.. Por último, Mr. de Santa-Lucía, vino á casa una mañana, aun estaba en bata, y cojiéndome con entusiasmo me dijo: «Acabo de ganar veinte y cinco mil francos, en los caminos de hierro... Mañana realizo. Pero me faltan doce mil para comprar otra accion hoy mismo, ya veis es una chiripa, una ganga y no debo dejarla escapar. Podriais vos prestarme esos doce mil francos hasta mañana? Seriais escesivamente galante.» Ya se vé, tenia yo el dinero... mis ahorros... el semestre... todo se lo di fiado en su amistad.

—Y no volvió?

—Pues! entonces, viendo que no venia, fui al dia siguiente à su casa (se me habia olvidado deciros que el dia antes de pedirme el dinero me habia dicho: «No sabeis, Fortincourt, que me he mudado? calle Blanca número. 6») Tomé las señas y llegué allà, le preguntè al portero, el cual me miró de pies á cabeza y me dijo: «No lo conozco.» Puede usted imaginar como me quedaria yo. «Puede que sea la calle Verde, me dije es fácil equivocarse de colores.» Voy á la calle Verde número 6. Nada. Voy tambien á la calle Azul. Menos. Por último, vuelvo à mi casa à ver si durante mi ausencia á venido. Tampoco. Voy igualmente á la casa de las niñas donde él iba conmigo y me dicen: «Ya no viene.» Pregunto por su domicilio y una jóven actriz (porque el frecuenta mucho las actrices) me dice:

—Creo que, Santa Lucia, no tiene domicilio fijo, pues el se queda de noche ya en casa de unas ya de otras...» Comprendeis? Voto al diablo, digo yo, me pegó la primada. Pasan cinco dias, lo aguardo en ese tiempo. Nada. Entonces me decido á venir para que vos me digais donde para ese tunante.

El gefe de policia habia escuchado con paciencia la narracion algo prolija de Mr Fortin-

court, el cual despues de concluir se enjugò la frente como un hombre que llena una gran mision. El comisario le contestó:

—Habeis esperado mucho tiempo para venir à verme. En cinco dias hay tiempo, no digo yo para dejar à París, sino tambien la Francia. Porque no habeis venido antes?

—Antes!.. ay Dios mio!.. es una cosa que detesto... correr!.. derrengarme!!.. eso es matarme! Además, yo estaba persuadido que el dia menos pensado se descolgaria mi hombre con el dinero; porque yo me decia: «Vaya, es una gracia de ese Santa-Lucia. No hay duda, es una gracia... pero bastante chocante.» Vea usted el porqué he estado esperando hasta este momento.

—Y la filiacion de vuestro hombre?

—Oh! os lo voy à pintar esacto. Es un poco mas jòven que yo; tendrá de veinticinco á veintiocho años.

—Mucho mas jòven que vos entonces.

Mr. Fortincourt se desentendiò de esta observacion.

—Una talla lindísima, elegantísima... mas alto que yo; eso sí, mucho mas alto, moreno; ojos negros, vivos y relucientes; nariz regular; boca chica y unos dientes bonitos... oh! el truan tiene unos dientes sublimes. ¿A

que os parece que lo estais viendo?

—Y le conocéis queridas?

—Pardiez! cuantas vé... todo París... y actrices... uf! actrices à millones...

—Y que profesion?..

—Oh! no lo ois? Negociante en la bolsa, en los caminos de hierro, en cuanto cae.

—Y de familia?..

—Su familia?.. no se nada, pero me parece que son nobles... sí, no hay duda.

—Pues volved dentro de unos dias y yo procurarè descubrir á vuestro mozo.

—Ah! es necesario que yo vuelva?.. Si vierais cuanto me incomoda esto!.. en fin, con tal de recobrar el dinero, yo volveré dentro de tres dias. Os recomiendo este negocio. Buenos dias... servidor de usted... ya digo, volveré dentro de dos ó tres dias... si ese maldito Santa-Lucía, no me lleva el dinero antes. Pero no será fácil.

—Y lo creo bien difícil.

Mr. Fortincourt se levantò, saludó cortemente al gefe y salió del gabinete dandose un contoneo y una elegancia que suplía á la lijereza.

Algunos momentos despues entraba un nuevo personaje en el despacho dando un portazo terrible.

Era un hombre de cincuenta años , alto, delgado , rostro severo y paso firme. No hay duda que era un militar antiguo que habia conservado el mando por mucho tiempo á juzgar por su fisonomía guerrera y por su andar marcial y atrevido ; y sus cabellos canos no han disminuido por esto su carácter. Una cicatriz profunda , que le cruzára la cara , denotaba que seria en su tiempo un guerrero tan valiente como bizarro.

La cinta de la legion de honor tenia prendida en el ojal de su leviton azul ; gran bota charolada y sombrero redondo , le distinguia por un valiente gefe, retirado de sus servicios.

Al entrar en el gabinete con aquel modo y circunspeccion usual nuestro nuevo personaje se entra con el sombrero encasquetado, dando patadas en el suelo, con los puños cerrados y los ojos echando chispas. Sin necesidad que le pregunten se vuelve al comisario, y con unos gritos terribles le dice:

—Caballero , mi muger es una tunanta... Me ha abandonado... se ha ido con un indigno seductor... oh! yo la mataré... yo mataré à los dos... Sí , necesito beber su sangre... Su sangre no será bastante para lavar tal ultraje.

—Sosegaos , caballero... El furor no remedia nada... muchas veces es causa de que no

se tomen las mejores medidas... Calmaos.

—Calmarme!!.. cuando he sido engañado en lo mas grande que en mí ecsistiera! Una muger que adoraba... Oh! sí, por ella hubiera dado mi vida! Cinco años de imperturbable union, en los cuales no tenia ningun antojo, ningun capricho, que no satisficiera!.. Ella mandaba.... ella gobernaba... yo obedecia, era su súbdito... y estaba contento... Y en premio de tanto amor, de tanta pasion... deshonorarme, abandonarme!.. Ah! Valeria! Valeria!

El ultrajado esposo se quitó el sombrero, se dejó caer en una silla y llevó su pañuelo á los ojos... pero pronto avergonzado de su debilidad se levanta otra vez y esclama con emocion:

—Caballero, tomad las notas. Mi muger tiene veinte y cuatro años; no los representa, pues es de esas naturalezas siempre niñas y que no se avejentan nunca: bajita, delgada, sin ser un escaparate de huesos, por el contrario, es llenita de carnes, muy llenita, ay! (el militar dió un suspiro) añada usted á eso, pelo rubio, ojos azules, muy modestos, siempre bajos... de manera que es imposible encontrar un aspecto mas virtuoso... En su colejio ganaba todos los premios de educacion y buena conducta... por cualquier cosa se turbaba... se po-

nia hecha una amapola... Habrá tunanta!!... digo, fiese usted en las apariencias!

Y el militar daba pasos acelerados por el gabinete, ya estirando los guantes ya el pañuelo.

—Ponga usted, caballero, una nariz hermosa, una boca algo grande, pero agradable y espiritual... dientes regulares... pero que tiene la habilidad de reirse sin enseñarlos; cejas apenas marcadas, una voz dulce entusiasmante... una voz!.. cuanto me gustaba oirla!

El caballero cayó de nuevo; durante algunos instantes permaneció con la cara oculta entre su pañuelo. El jefe respetó su dolor y no lo interrumpió. Por último, el antiguo militar levantó la cabeza y continuó con voz tonante:

—Oh! estas seran las últimas lágrimas que derrame yo, lo juro!.. pero es imposible hacerse tan pronto á la traicion, al dolo, al engaño y á renunciar á toda una dicha que debiera ser eterna. Ah! porque no morí en la guerra?.. en el campo del honor?.. á lo menos hubiera espirado con gloria... estimado de mis jefes... y querido de mis compañeros... Oh! entonces no sabia yo que existieran mugeres capaces de hacernos perder la chabeta... mugeres que nos concedieran sus gracias, sus atractivos, nos hicieran gozar el nectar de sus delicias, pa-

ra luego abandonarnos y precipitarnos en un infierno de amarguras. Ah! bien empleado me está, casarme de cincuenta años, con una mujer de diez y ocho... treinta y dos años de diferencia!! treinta y dos años!!! ah! bruto de mí, pensad que pudieran amarme... que me serian fieles... donde diablos tenia yo mi juicio? toma! los ojuelos de Valeria me lo habian estraviado y luego instruida por una tia prudente, severa que no habia perdido de vista un instante à Valeria... Quien demonio me intentò el que me casara! y no creais que le andè llorando y suspirando, nada de eso, con mucha frescura le dije: «Señorita, yo puedo ser vuestro padre y podia parecer ridiculo el que me presentara como esposo. Tengo cincuenta años y muchas cicatrices... No soy ningun Adonis, aun mas, muy mal genio; pero sereis el ama de nuestra casa, mandareis en todo, yo no seré mas que un esclavo, un *asistente*, con tal que me ameis un poco. Ved si os conviene eso, reflexionadlo, miraos bien en ello, porque el matrimonio no es una galanteria, y cuando se hace una promesa, es menester cumplirla, este es mi sistema.» Valeria me tendio la mano y me respondió que, se conseptuaria dichosa con ser mi muger... dichosa!.. sí, estas son sus mismas palabras. Que diablos! me pescó, yo no podia

retroceder, en un militar está muy feo... y me casé. Valeria llevaba quince mil francos de dote unase á esto mi retiro de mayor y dará un capital muy bonito. Ved aquí como Valeria Dubourget llegó á ser madama Giroval. En los cinco años primeros de nuestro casamiento mi muger me hacia dichoso... y no tenia que arrepentirme de mi arrojo. A ella le gustaba el teatro, los paseos, las modas y... yo me anticipaba á sus deseos y en todo le daba gusto, por que la conducta que Valeria observaba, no tenia nada de alarmante. Es verdad que yo no recibia visitas sino de mis viejos camaradas, gente toda machucha y de los que el mas jovencito era yo. Llegaba la timidez de Valeria, su rubor y modestia, al estremo de que cuando alguno le dijese alguna broma ó refiriese alguna historieta del regimiento, bajase ella los ojos se pusiese como una escarlata y se levantara y escondiese «Peste con tu muger, me decian los amigos, parece una monja recoleta.» Sí, sí, decia yo, pues por eso la quiero. Una sola cosa faltaba á nuestra dicha y era un niño. Oh! cuanto me alegro en que el cielo no me lo haya concedido! Si yo tubiese ahora un hijo, el infeliz no podria pronunciar el nombre de su madre, sin avergonzarse... Y ademas un hijo.. tal vez me vengaria ó detu-

biera mi brazo. Pero no lo tengo y me vengaré sin piedad... ó dispondré de mi vida, supuesto que à nadie le es necesaria.

El mayor Giroval se detuvo algunos instantes pasó la mano por la frente como para esclarecer sus ideas y evocar sus recuerdos. Su mirada era sombría.

—Entretanto (ahora llego á lo mas penoso de mi relacion...) Habrá tres meses, poco mas ó menos... era la conclusion del carnaval. Un banquero, amigo de su tia, daba un baile en su casa; tanto me instó mi muger que no pude reusar el llevarla. Habia allí una infinidad de gente. Mi muger estaba continuamente invitada ya al wals, ya á la contradanza, ya al rigodon, ya á la mazurca. Ya se ve, yo no podia darle este gusto, en atencion à que no se bailara, y me parecia muy ridiculo el que le prohibiese yo á ella lo mismo, porque yo no sabia. Le concedí la licencia y mi mujer se puso à bailar con un jóven muy elegante y de unos modales escesivamente finos. «Quien es ese caballero?» pregunté yo á uno de mis vecinos, mientras que Valeria seguia bailando «Cual, el que baila con vuestra esposa? —Justamente. —Ese jóven es Mr. de Fridzberg. —Algun geltilhombre aleman? —Yo creo que es aleman, pero me consta que es originario de

Prusia.—Pues, señor, el tal Fridzberg no tiene traza de extranjero, bien puede venderse por francés. Y en que se ocupa?—En nada. Es sumamente rico, así es que no lo hallareis mas que en todo lo que se llame diversion, es un tronera, un don Juan Tenorio y aseguran por ahí que no hay muger que resista á sus seductoras palabras. Muy desagradable encontré la narracion de mi vecino; así es, que no quitaba ojo de mi muger y su pareja, la que ya me fastidiaba demasiado. Durante la contradanza, noté que el señor Fridzberg, hablaba mucho á mi muger y que esta le escuchaba sonriéndose, así es que, apenas concluyeron de bailar, le pregunté á Valeria que es lo que le dijera su pareja. «No me acuerdo, me respondió ella con un aire tan natural como sencillo.» «Vamos, mi muger habrá escuchado à ese hombre como quien oye llover;» dije yo, mas como viese que volvieron á bailar y à rajarse otra vez, tomé el partido de que nos fuéramos á casa. De este dia empezaron las tragedias.

Dos dias despues del baile, se empeñó mi muger en ir al teatro. Mas he aquí que en el palco inmediato al nuestro... que es lo que veo entrar? á Mr. Fridzberg. Un ataque de cólera, el que se calmó con mucho trabajo, me atacó

al ver al bailarín de noches pasadas. No había duda que no era el acaso el que proporcionara esta entrevista sino una cita de antemano. El dicho señorito me saludó muy cortesmente y mi mujer y él se saludaron también, pero con una familiaridad como si fuesen antiguos conocidos. Concluida la función nos acompañó á casa hablando del baile, de la representación... de mil diablos; pero con tal elocuencia y agrado, que me daba frío de oírlo. Bien conocía yo que de lo que él trataba era de que yo le ofreciese la casa mas yo me mantuve prudente y desentendiendome completamente. Por último, se despidió y nosotros entramos en casa. Apenas lo hicimos, mi mujer me dijo que había sido muy grosero é impolítico, en no ofrecer la casa á aquel caballero. Yo me contenté con decir lo que había observado que había estado con dicho señor sumamente amable. Entonces tuvimos una peleona de mil demonios. Esta fué la primera.

Hacia tiempo que yo no tenía ventura de llevar á mi mujer al campo, á los paseos á diversiones sin que al momento no topásemos con el energúmeno de Fridzberg. Apenas podía contener mi enojo y no buscaba mas que el menor motivillo para darle rienda suelta... pero ved aquí que de pronto desaparece nues-

tro hombre. Cesan los encuentros. Yo me siento renacer. Pero ya mi muger no era la misma de antes conmigo: siempre de mal humor: sin querer salir conmigo á ninguna parte: ya le dolia el cuerpo: ya tenia jaqueca ya estaba atacada de los nervios, en fin mil cosas contrarias á mi amor antiguo. Yo advertia tambien que siempre que salia á la calle á sus compras de adornos, y demas, prolongaba infinito su ausencia y venia á las tantas. Ya se vé, yo podia espiar á mi muger, seguirla, pero esta medida me chocaba infinito y la consideraba indigna de ella y de mí. Procuré desde entonces redoblar mi solicitud, mi cariño, esperando lograr por este medio reconquistar su amor. No me apartaba de ella un momento siempre prodigandole las mas tiernas caricias.

Ayer, serian las dos de la tarde una, especie de comisionado se presentó en mi casa y me dijo: «El coronel Durieux, que vive en Montmorency, enterandose que yo venia á París me encargó de decirnos que os esperaba hoy mismo á comer en compañía de otros camaradas antiguos.» Yo sabia que en efecto vivia el coronel en Montmorency, y muchas veces me habia dicho este que queria lo acompañase á comer; así pues, no estrañè la embajada, solo si, lo tarde que era ya. Sin duda alguna conoció

mi hombre la idea que surcara por mi cerebro pues me dijo al momento: «Debeis dispensarme si tan tarde he venido, pues debia haber estado aquí por la mañana, pero me encontrè unos amigos y me he detenido sin poderlo remediar.» Dile las gracias y marchò al momento.

Estaba indeciso. No sabia si aceptar ó no la oferta. Llevar á mi muger, hubiera estado muy ridículo, dejarla sola en París me contrariaba infinito; y sobre todo, el rehusar las ofertas del coronel hubiera sido romper inmediatamente. Conocí que los zelos me ponian en ridículo y partí para Montmorency. Desgraciadamente no hay coches de vapor para ir allá y no tube mas remedio que emplear dos horas en la travesía. Ah! tunantes, todo lo habian previsto! Pues señor, inmediatamente que llego me dirijo á casa del coronel. La admiracion de este, al verme, fué estremada, no hay acá tal convite, ni tal mensaje. Entonces lo adivino todo y parto como un rayo sin responder á Durieux que me llamaba. No habia ningun carruaje que viniese á París. A fuerza de plata tomo uno que parecia una jaula... los instantes se me hacian siglos... llego al fin á la barrera... alquilo un cabriolé y llego á mi casa. Mi muger no estaba en ella; habia alejado to-

dos los criados con mil comisiones supuestas, despues habia subido á un fiacre, y se habia marchado con algunas cartoneras y paquetes. Corro á mi alcoba, estaba en el mayor desorden, harto indicaba que apenas habia tenido tiempo suficiente para cojer las alajas, y vestidos mas precisos... Yo no podia creer lo mismo que estaba viendo y me decia: «va á venir! es imposible que halla huido de su casa... que me haya abandonado: eso seria perderse para siempre á los ojos del mundo!...» En mis paseos acelerados, por el aposento, descubro una carta sobre la chimenea. Estaba dirigida á mí... Era de mi muger... La abrí temblando y... pero oidla vos mismo señor gefe. Ved la carta infame que esa tunanta me ha escrito... Vedla... Oh! no es larga, bastante corta por cierto.

Diciendo esto el mayor habia sacado del bolsillo una carta. Con mano temblorosa leyó lo siguiente, deteniéndose á cada palabra:

«No me aguardéis mas. Os abandono para siempre. Conozco que es imposible permanezcamos mas juntos y ser felices, yo soy demasiado jóven para pasar una vida de sufrimientos.»

«VALERIA.»

—Ah! es jóven para estar á mi lado colmada de caricias y no lo es para infamarme?... para deshonorarme á mí tambien!.. Oh! su vida será mas corta que lo que imagina!.. Pues, señor, despues de haber leído esto, salgo á la calle como un loco... sin saber á donde... ni que hacer. Un camarada me encuentra sentado... abatido en un canapé que habia cerca de la casa que ella ocupára antes de ser mi esposa. El amigo me habla... me consuela... Entonces pienso en el bribon. Ah!.. ese es al que es menester echarle el guante... Pero como saber donde vive?... Me ocuerto entonces del fatal baile y corro á casa del banquero. Le suplico que me indique el paradero de ese Mr. de Fridzberg, que habia visto en su casa, y me contesta que no sabia nada de lo que le estaba diciendo... Concurria tanta jente á sus bailes! y casi toda le era desconocida! sin embargo, me dice que ese Fridzberg habia sido presentado por el hijo de su corresponsal; me dá las señas del paradero de este, corro allá y... hacia un mes que habia partido para Italia. Entonces ninguna esperanza me restaba... no tenia á nadie mas que á vos que pudiese indicarme el paradero de esos fugitivos. Pues seguramente habrán huido de Paris... y donde estarán?... Este es el busiles... Ah!.. señor

gefe, levantad vuestros gendarmes, que corran, que busquen. Toda mi fortuna es suya si los encuentran... despues de esto no necesito nada.

—Y la filiacion de ese que creéis sea el raptor?

—De ese miserable Fridzberg?.. oh! estoy segurísimo que es él, á soliviantado á mi mujer... Escuchad pues: un hombre alto, veinte y ocho á treinta años, segun creo, tal vez tenga menos. Cabello negro, ojos negros tambien... pero unos ojos... brillantes de supercheria y astucia.

—Y el color?

—Moreno: boca pequeña, buenos dientes, cuanto que los he visto casualmente, y rostro pálido. Este es el retrato de mi hombre, que por cierto no tiene nada de aleman ó prusiano... Cuando juzgais que debo volver?.. mañana?

—Es demasiado pronto. Donde vivis?

—Calle de san Lázaro, número 6.

—Basta. Volved pasado mañana.

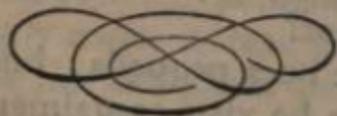
—Oh! no, mañana... mañana he de volver sin falta.

El mayor Giroval salió del despacho algo mas calmado.

El gefe de seguridad pública ecsaminó de

nuevo las tres filiaciones que le habian hecho  
y dijo sonriéndose:

—Ahora será menos difícil encontrar á ese  
**Constancio Martinot.**





4.

**Madama Mirobelly y su tertulion.**

UN numeroso concurso se apiñaba en casa de madama Mirobelly. Los salones suntuosamente alumbrados con profusion de arañas y candelabros. Los jarrones de porcelana estaban llenos de olorosas flores. Vasos de china de un gusto exquisito con flores escogidas, se hallaban repartidos por todas partes. Al entrar el golpe de vista era maravilloso, pero no hay duda que seduce tanto como las flores las luces. Ved un magnífico jardin de noche, per-

fectamente iluminado y os encantará su bosquecillo, su verde follaje, sus mas simples flores. Vedlo de dia, á la luz del sol y no os ofrecerá mas que un jardin regular. Pero cuando todas sus flores resplandecen à la luz de mil llamas que las hiere, entonces sus colores os parecen mas bellos, mas vivos, mas raros y os parece que cedeis al entusiasmo de una vistosa decoracion.

Pero no basta representar los objetos, sino saber hacerlos valer; para esto se requiere talento y no hay duda que este talento es esclusivo en las mugeres y que lo poseen en sumo grado.

La señorita, ó señora, Mirobelly (es indiferente nombrarla de un modo ú otro) es una muger hermosa de treinta años; pero que tiene derecho de decir, no tiene mas que veintiseis. Perfectamente hecha, de un modo de andar tan airoso, con un balanceo general en todo su cuerpo, tan voluptuoso y seductor que es irresistible el encanto de su presencia.

Su fisonomía siempre risueña, su aire amable, gracioso y al mismo tiempo sentimental (en caso necesario). Sus hermosos cabellos negros, espesos y largos; tres cualidades bien raras que ni la pomada Peruana ni el aceite de coco y unto de oso ha podido hacer cre-

cer en las cabezas que una vez se convirtieron en melones. Cuando una muger es hermosa y tiene buenos cabellos, que ventaja tan inmensa no encuentra al peinarse! Las pelucas, los rizos y trenzas postizas, se le importan dos pitos, tiene ella muy buen pelo y se hará de él lo qua mejor se le antoje, me direis à esto que un pelo postizo tambien se hace lo mismo. Yo os digo, amigo mio, que rara vez está bien peinada una muger, con pelo postizo, mientras que con los suyos naturales està perfectamente de cualquier modo.

Pues como iba diciendo, la señorita Mirobelly tiene cabellos hermosos y unas cejas espesas y arqueadas que hacen resaltar mas la brillantez de sus ojos negros: una nariz muy linda y unos dientes hermosos; pero los cuales se ven muy rara vez y me hacen sospechar que no han de ser tan sinceros como el cabello; por último, una barbita redonda, un cutis blanco como la nieve y una pechera esquisita.

Pero como la naturaleza es tan caprichosa y muy rara vez concede perfecciones generales à un mismo individuo, tenia ay! nuestra amabilisima señorita, una cierta cosa enteramente pésima y que no convenia con la hermosura de su físico: una cosa que la obligaba al silencio eterno, á no hablar mas que lo necesario.

Ya habreis adivinado que era una voz infernal.

En efecto, á pesar de toda sus hermosuras y perfecciones, tenia una voz ronca, desentonada, una voz de perpetuo constipado; era una de aquellas voces que fácilmente se adquieren pasando muchas noches de bailes y jaranas, ò bien durmiendo al raso algun tiempo; pero voces que apenas se adquieren, se procuran extinguir cuanto antes. Por último, era una voz que generalmente se llama de solchantre, pero de solchantre aguardientuno.

Las malas lenguas, esas que se meten en cuanto no les importa, y las que critican hasta de las estopas del òleo, pretenden que la señorita Mirobelly habia adquirido tan funesta voz, lavando sus encajes á la orilla del canal, lo que quiere decir claramente que esta señora habia sido lavandera en sus primeros tiempos. Luego añaden (siempre las malas lenguas) que en vez de llevar entonces el retumbante nombre de Mirobelly, se llamaba simplemente Antoñita; pero que un cierto dia, un hombre maduro, de cierta edad, admirador apasionado de las bellas formas, hermosos cabellos y sobre todo de la exquisita pechera de la jóven lavandera, la sacò de su ejercicio, la llevò á su casa y empezó á darle educacion. En seguida, el hombre maduro, empezò á preveer el porvenir de su pro-

tejida (los hombres maduros son muy precavidos) y trató de que aprendiese ò á copiar música ó hecer flores; pero Antosita que habia frecuentado mucho los teatros, desde que no lavaba, le respondió á su buen amigo, que tenia una vocacion decidida por las tablas; y que esta era la única profesion que queria adoptar.

Su protector le respondió que en un tiempo en que la pantomima estaba tan de moda, no era mal golpe, pues una voz mas ó menos ronca no impide seguramente el hacer los gestos y actitudes pantomímicas; mucho menos cuando la actriz tiene lindo cuerpo y una cara hermosa, y para corroborar lo dicho le presentó como ejemplo à la famosa *Julia Diancourt*, que en la pieza titulada *La muchacha Hussard*, habia hecho correr todo París al teatro de la Cité. Además, añadió el hombre maduro, que la misma *Julia Diancourt* habiendose aventurado en un melodrama (así se llamaba entonces el drama con intermedio de música) el público que tanto aplaudiera antes á su favorita la silvó y achuleó, pues el tono tan desagradable de su voz hacia perder todo el realce à su fisonomia.

Antosita respondió à su protector con infinita tranquilidad.

—Que significa eso? à donde quereis ir à parar? que semejanza encontráis entre yo y Ju-

*lia Diancourt?* creéis que yo tenga mala voz? Estais equivocado, tengo el órgano algo duro, es verdad, pero en las tablas se afinará mas; y sobre todo, he oido decir que para una actriz es una ventaja inmensa el tener una voz que se entienda del público.

—Pero vuestra voz es ronquísima.

—Al contrario; yo le lavaba la ropa á un jóven, violinista del teatro del Recreo, y este me decia muchas veces que yo tenia la voz de bajo... de contra-bajo... de violencello. Enseñadme à cantar y canto al momento en la ópera.

No encontró muy apropòsito el protector la observacion del jóven músico á quien su protegida lavara las camisas. Sin embargo, consintió en ello, y puso maestro de música á Antofñita. Deseoso de ver si de un bajo podia sacarse un contralto.

Al dia siguiente, vino el profesor de música é hizo los ensayos convenientes para que solfease su discípula, pero nunca podia cantar mas que tres notas y estas con falsete, asi es que al mes de leccion el profesor no pareció mas. Antofñita dijo que, aquel maestro no comprendiera su voz, supuesto que el jóven violinista del teatro del Recreo la hacia cantar *muchas cosas y con infinitas variaciones*. El protector hizo un gesto al ver otra vez en boca de

su protegida al jóven violinista. Vino otro maestro y sucedió lo mismo que con el anterior entonces se convenció de su nulidad.

Fué necesario pues renunciar à la òpera y dirigirse á la tonadilla fundándose en el axioma de que la copla debe ser recitada antes que cantada y que madama tal y tal y las señoritas A., B., C. que jamás supieron cantar recibieron mil aplausos en los teatros donde se ajustaron para la tonadilla. Por último con buenos ojos y bellas formas nunca le falta á una mujer quien la aplauda. El protector reflexionò esto y á juicio de otros conocidos suyos se deliberó que la hermosa Antoñita se estrenase en un teatro de los boulevards.

El director no encontró por cierto tan sorprendente la voz dela linda jóven, pero buen cuidado tenia esta de cada vez que iba à los ensayos llevar su pañuelo afectar una tos ligera y ya un dia réuma, ya otro ronquera, ya por fin estincion de voz, unidos con confites, pastillas y extractos de raiz de altea ó de goma, eran mil pretextos para que la pieza no saliese con la perfeccion debida. Cada dia era mas tenaz la ronquera de la futura cantatriz.

Por último llegó el dia de la primera salida y como aun la ronquera no se babia quitado fuè necesario anunciar al público se suspedia la

tonada por indisposicion de la actriz y reclamar su indulgencia. Como era bella se mostraba el público indulgente excepto tres ó cuatro individuos del pueblo soberano que decian:

—Vaya á acostarse pues.

—Que tome lamedor.

—Que le den chocolate.

Por último, hizo su primera salida y la tonada salió como un *De profundis*.

—Vea usted que lástima de deslucirse, podía esperar á que estuviese completamente restablecida.

Se publicó la segunda salida y se anunció tambien que madama Mirobelly (pues tomó este nombre en el teatro) estaba tambien indispuesta.

—A qué diablos ponen en el cartel que vá á cantar, si siempre salimos con que está ronca?

Por fin, sale otra vez y lo hace mil veces peor que la primera. Entonces se oye un rumor y alguno que otro *fuera*, dicho con voz de tiple; pero la jóven actriz era tan linda que no se atrevian á silvarla; pues si bien es verdad que no sabia representar ni cantar, tambien era cierto que sabia dirigir miradillas muy tiernas y guiñadas amorosas á los señores de los palcos y lunetas.

En la tercera representacion no se atrevè la bella Mirobelly à hacer el anuncio por si misma y le ruega al director que lo haga por ella: la comision le parece à este demasiado delicada , pero la bella jòven le mete , con su misma mano , y lanzándole una mirada tierna , un pedazo de pastel en la boca y... el director manda levantar el telon.

El público al ver al director sobre las tablas , empezò un murmullo de disgusto. El director al ver con el mal modo que habia sido recibido , se turba y sin saber cómo se atraganta con el pedazo de pastel y se presenta al público con la boca desmesuradamente abierta , dando patadas de coraje , llorando à lágrimas viva , mas colorado que un pavo y haciendo señas que no podia hablar porque una cosa que se le atravesára en el gafiote selo impedía. A fuerza de toser , de patear y meterse los dedos , el pobre director , no hacia sino atragantarse mas.

El público se reia á careajadas.

—Dios te bendiga , hijo mio.

—Dios te dé habla , pichon.

El director hace un saludo y se retira.

Mas al entrar en el vestuario , recobra su voz como por encanto y jura como un descosido ; madama Mirobelly le presenta una pas-

tilla de goma, él la rehusa y manda levantar otra vez el telon.

—Tranquilizaos, dice à la jóven, ya he recobrado mi voz y voy à hacer un anuncio un poco severo.

El director sale otra vez à las tablas.

Al verlo empieza de nuevo la algazara.

—Venis otra vez á estoroudar?

—A patear un poquito?

—Viene otra vez á enseñarnos la lengua?

—Que feo es usted haciendo figuras!

—Hablarà usted ahora?

—Es el acto segundo de la pantomima?

El director al ver que sigue la burleta, hace señas e impone silencio. Saluda de nuevo al público y suena una voz de tiple.

—Habla, monono.

Vuelve á saludar. Abre en fin la boca, una enorme boca... Pero sea que se sobrecojiera otra vez, fuera un capricho de la naturaleza el desgraciado director se le estinguió otra vez la voz y vuelve à llorar, á moquear y á dar cabriolas.

—Muy bien.

—Muy bien.

—Que repita.

—Vaya otro saltito.

—Otra lagrimita.

Y sale nuestro director como un toro desesperado, queriéndose tirar de los cabellos (sin acordarse que lo que tiene es peluca) y arrojándola al primero que encuentra, que la toma y la tira por alto, diciendole al mismo tiempo:

—Es culpa mia que no sepas hablar ante el público?.. es razon esta para que me tires tu pelambreira à la cara?.. Anda, viejo petate.

Al oirse nombrar petate, el director, estaba furioso. Juraba, gritaba y se desesperaba.

—Lo ves, le decian los cómicos, tu estincion de voz no ha sido mas que una farsa para librar á la cantatriz. Has fingido que no podias hablar porque no eres capaz de decir uñgun anuncio.

Entre tanto, era indispensable continuar la funcion pues el público estaba impaciente; y hete aquí que sale la Mirobelly à cantar de cualquier modo; pero un olor á quema, pone en accion á los espectadores, y el bullicio tapa los defectos.

—Fuego!.. fuego!.. gritan por todas partes.

En efecto, era la peluca del director que cuando la tiraron por alto, cayò sobre un quinquè y se habia incendiado; comunicándose al momento el fuego, á las decoraciones contiguas. Afortunadamente estaban allí los bomberos è impidieron el que creciese, pero

no pudieron impedir el fuerte olor á quemado, ni el terror pánico que se apoderò de todos, corriendo cada uno por donde mejor podia.

Cinco minutos despues, estaba el teatro enteramente vacio.

Al siguiente dia de esta escena, la lindísima Mirobelly, recibia una carta del director concebida en los términos siguientes:

«Para mí hubiera sido una dicha el teneros en mi teatro; pero vuestros escesivos anuncios y la escena desagradable de ayer, me lo impiden forzosamente. Os doy un consejo y es, que os dejéis de cantos, dedicaos à la pantomima ó al baile y hareis progresos.»

Cuando Antoñita concluyó de leer la carta del director, se dió un golpecito en el muslo (este era su gesto favorito).

—Este hombre tiene razon! donde tenia yo mi juicio? Matarme tanto por adquirir una voz que no poseo, cuando tengo unas piernas tan buenas y unas pantorrillas súbimes con un pié que no habrá otro en París. No hay mas, renuncio á la òpera y á la tonadilla, dediquèmonos al baile... bailémos, saltémos, contoneémonos, movàmonos... hay una existencia

mas agradable? Y por otra parte, el baile es una de las cosas principales para hacer carrera, el medio mas pronto para enriquecerse, para obtener mil honores. Las bailarinas sacan inmensas conquistas: las bailarinas reciben billetes de los mas grandes monarcas, convidándolas à que bailen en su còrte: las bailarinas son llevadas en triunfo tanto en los pueblos incultos como en los civilizados: le dan serenatas: el oro los diamantes, las alajas mas brillantes le ofrecen à porfia; seámos pues bailarina, esto vale mas que fatigarse con cantar tonadillas y arias.

Al momento, la bella Mirobelly, le rogó à su protector le diera un profesor de baile añadiéndole que sentia una violenta inclinacion à este ejercicio. El maestro vino por fin, obligando à la bella jóven à que metiese sus pies en una cajita y à que se mantuviera horas enteras con la pierna al aire asegurándola, que para hacer su primera salida en un teatro requeriria tener el piè al nivel de la espalda. Mas fatigoso le pareció el baile à Antoñita, de lo que ella creyera à primera vista. Alzaba las piernas, sí, pero sin órden, sin compás y apenas podia mantener el equilibrio.

A pesar de esto, gracias à sus perfecciones y lindas formas, hizo su primera salida

en la ópera, en un paso propio para ella, añadido à un bailete.

La bella Mirobelly tenia un vestido de ninfa ventajosísimo, y mucho mas para una muger bien hecha. Un calzon de punto, color de carne, se ajustaba perfectamente á su cuerpo y la túnica de gasa era tan ligera y diáfana que era menester ser miope para no ver lo que habia debajo.

La bailarina entró pues en escena á pasos cortos y fuera de compas; pero su belleza lo disimulaba todo y fué recibida con entusiasmo general. Entre tanto no se conformaba con sus cortos pasos, hizo una pirueta y la concluyó antes que la orquesta. Para lucir mas su destreza y habilidad quiso levantar en alto la pierna izquierda en una figura interesante y que obtuviera la aprobacion general; en efecto, así lo hace, pero la alza tanto, que su calzon estilla y se desgarrá hasta un cierto sitio que está prohibido enseñar en el teatro.

Un ruido sordo se elevó de entre los espectadores. Los gemelos de los enamorados habian seguido la raja de los calzones en toda su estencion: los anteojos y los espejuelos se habian dirigido de todas partes. La hermosa bailarina creyó fuera este entusiasmo nacido de lo bien que lo habia hecho y en consecuencia

de esto tratò de hacer una segunda pirueta; pero tan desgraciada fuè , que perdiendo el equilibrio cayó cuan larga era sobre la escena. De todas partes corren á levantar la pobrecilla! se habia lastimado un pié! y vuelve por último á su casa maldiciendo el baile y el cante , y todos sus deseos artísticos.

A la mañana siguiente , una infinidad de criados y lacayos con librea, estaban á la puerta de la actriz: el imprevisto accidente de los calzones habia sido favorabilísimo y la bella Mirobelly recibia , desde este momento , las ofertas mas brillantes acompañadas de magníficos regalos.

Muy bien habia Antoñita comprendido el estado de su situacion, para que despreciase aquel porvenir tan bello que tan repentinamente se le apareciera.

Aquella misma noche , el hombre maduro fuè despedido á caja destemplada , pues aun que él habia sembrado , otros debian coger el fruto.

De pronto se vió la Mirobelly con una casa soberbia , cuatro criados y un coche á su disposicion. La jòven bailarina dió un á Dios solemne al teatro , cuna de su felicidad.

De sus tiempos pasados no conservaba Antoñita mas que la costumbre de pegarse en el

muslito y la voz de solchantre; pero sí se hablaba una de las mugeres mas hermosas, la mas elegante y la mas de moda de París: teniendo el honor de haber arruinado inmensos hijos de familia y haber chupado á innumerables las entrañas. Esceptuando para su tocador era para lo demás la miseria personificada: los criados no la podian aguantar, pues además de estar muertos de hambre, armaba unas terribles peleonas por dos cuartos ó una bagatela: baste decir que con melote (1) endulzaba su café.

De esto es fácil inferir que haria su pacotilla muy buena y que Antoñita tenia el riñon cubierto. Por otra parte, era muy buena chica, muy consecuente à sus amigos é implacable con las que trataban de robarle sus amantes.

La tertulia de la hermosa pelinegra era la deseada por los hombres del gran mundo, los que aman los placeres fáciles y gustan de las damas de teatro. Y Antoñita tenia un especial cuidado en que las damas que se encontráran en su tertulia no fueran hurafías y esquivas. La señora ex-lavandera, habia juzgado que para atraer à su casa mucha concurrencia, no debía brillar ella sola, puesto que

---

[1] Las heces del azúcar.

los hombres aman la variedad, así es, que en vez de disminuirse el número de jóvenes guapas y bellas, se aumentaban estas, y cada día reinaba más la franqueza y la libertad; pero esa libertad inseparable del buen tono.

Así es que en casa de la Mirobelly encontrareis de fijo á la joven Antonina, una muchachita lindísima, delgadita, vestida con esquisito gusto, que cuando baila la polka con una agilidad extrema, hace perder la chabeta á cuantos la miran, siendo innumerables los adoradores que lleva en pos.

Luego á Felicia; joven morena, de ojos negros cuyas miradas son temibles y una fisonomía dulce y espiritual; con diez y nueve años y que cuando sonríe con aquella gracia desdeñosa es capaz de inspirar amor al corazón más gastado; baste decir que, tenía la sal de una andaluza.

También estaba la chica Leonis, que valía cinco horas seguidas sin cansarse y picotera cual ninguna, quitándole el pellejo á sus amigas y hablando peste de ellas. La alta Aglaura que tenía honores de cosaco, pero hermosa mujer y sensible cual pocas. La señorita Zizi Petard que parece hecha de azogue; siempre moviéndose, ya brincando, ya saltando, ya corriendo de un lado á otro, y soltando

de vez en cuando palabrillas piñerezcas ; y la gruesa Mazzepa, linda en otro tiempo, pero ya cuarentona y con un par de mostachos como los de un guardia-nacional.

Y ademàs, otra infinidad de jóvenes que las irémos conociendo à proporcion que vayamos penetrando en los salones de madama Mirobelly.



**Una partida de juego.**

---

YA hemos dicho que los salones se hallaban suntuosamente adornados con profusion de flores y candelabros, y volvemos á repetirlo, para confirmar mas el buen gusto de la Mirobelly en cosas de este género. Sus reuniones le eran en extremo lucrativas, pues sabia escoger muy bien el que entre las personas que en su casa se reunian las hubiera tambien aficionadas al juego, y de alguna fortuna; pues no hay duda que una banca del infierno, en la cual se

perdia hasta las entrañas, era el pan cotidiano de su tertulia.

Algunas veces, en un salon inmediato al de los jugadores, bailaban una infinidad de jóvenes acompañadas por los armoniosos ecos de un piano tocado por mano diestra y hábil; porque habeis de saber, amigo lector, que no todos los tertuliantes eran miembros del Jockey-club (1), los habia tambien artistas; hombres de letras, jóvenes, suspirantes del Pindo, pero que aun no habian llegado al Parnaso; gente la mas apropòsito para andar tras las niñas con continuos piropos: tambien los habia industriales, jóvenes que sin tener un cristo ni cosa que lo valga, sin conocerseles rentas ni destinos, andan hechos unos azotacalles, sin perder teatros, funciones, ni bailes; gente que viven sobre el pais y que no se sabe donde escarban.

El *lansquenet*, juego favorito de nuestros abuelos, se habia hecho de rigurosa moda en los salones de madama Mirobelly, teniendo à la vez infinitas víctimas y apasionados.

De vez en cuando solia, la ex-actriz, dar un baile suntuoso. Entonces una orquesta escogida resonaba en aquellos salones, pero esto

---

[1] Especie de Casino que hay en París.

era muy raro. Una buena orquesta para toda la noche, es un bocado caro en París, y madama preferia mejor el que se bailara al piano; pue estaba mas en armonia con su repleto cuanto miserable bolsillo.

Un alto jóven de veinte y seis años lo mas, de elegante figura, de desenvuelta marcialidad y ojos pardos, á la vez vivos y penetrantes y pelo negro, hablaba con otro, jóven tambien, á un extremo del salon.

El otro era mas bajo y moreno, pero lo hacia mas notable la regularidad de sus facciones: nariz aguileña, pequeña boca, bellos dientes, hermosos ojos, cara redonda, con una patilla corrida, negra como el azabache, que lo hacia aparecer un lindo jóven y solamente le faltaba un aire mas gracioso para que agrada-se generalmente. Pero este jóven parecia sonreirse á medias y no atreverse á nada, pues cuando miraba á alguna muger, mas bien parecia querer penetrar su pensamiento que buscar maneras para agradarla.

—Querido Georgello, dijo el alto jóven al mas pequeño: estoy asombrado con tanta santuosidad. Me habian hablado, es verdad, de las reuniones de madama Mirobelly con mucho encomio; pero veo que no era nada comparado con la realidad, asi es que ra-

biaba porque me presentáran y si hubiese sabido que tu eras uno de los concurrentes, te hubiera suplicado...

—Oh! vengo muy rara la vez... una casualidad...

—La verdad, chico, no creí encontrarte aquí. Un hombre tan sábio, uno de los primeros farmacéuticos!

—Favor que me dispensas, pero te advierto, querido, que aquí es menester estar con el ojo alerta. Hay muchas chicas bellisimas, pero de esas bellezas que nos llevan muy lejos.

—Sí, mas lejos de lo que uno quisiera. Y por otra parte; ya vez, cuando el placer se presenta es menester agotarlo... pues bien, agotémoslo y despues... salga el sol por Antequera.

—Siempre el mismo, querido Isidoro! siempre tan igual... tan enamorado y tal vez tan mala cabeza como antes?

—Nada de eso, chico, ya me he corregido... hace tiempo que no me bato... que me resultaba de los desafíos?... el arresto, y eso de prisiones me joroba mucho.

—Y de negocios, como vamos?

—Negocios? Hago los menos posibles. Estoy aquí de apoderado por un tio mio que sostiene un pleito contra un tal Mr. Riberpré, un antiguo banquero... y como verás tu mis-

mo, es indispensable buscar los escribanos, ya los abogados, los procuradores, en fin, *activar el negocio*; ya ves, esto es muy penoso, muy incómodo, y por esa causa he procurado el que me presentaran aquí, único medio de distraerme un rato. Pero tú, Georgello, que haces? serás, por ventura, uno de los amantes de la bella Mirobelly? Me han asegurado que la lista es numerosa y brillante.

—Diablo! quizá!.. Esta señora es mi cliente, y ya ves que sería yo muy bobo, si le hiciera el amor à una cliente, entonces á Dios botica! me costaba el negocio bastante caro.

—Ya! pero tu estás perfectamente establecido.

—Lo que es yo solo no. Estoy asociado con una de las casas mas principales... y no se si continuarè pues esto de las asociaciones, es un asunto tan delicado!

—Ea, dejémonos de negocios. Hahlando de otra cosa, tñ como farmacéutico de la casa, sabrás todas las historias hasta las mas íntimas de todas estas señoritas. Cuenta, chico, cuenta á tu amigo de colegio.

—No tanto, chico, yo no tengo mas eliente que la dueña de la casa y su íntima amiga, madama Mazzepa... aquella gorda hermosa que está sentada allí abajo.

—Ah! sí, ya la guipo, es aquella de los mostachos tan enormes. Dime, quien es aquella de la nariz roma que no está un momento quieta, ya aquí, ya allí, y hace tantas figuras hablando?

—Es la señorita Zizi, graciosa de un teatro donde no se representan mas que seinetes y pantomimas. Si hablastes con ella un momento, ya verias como sus palabras son mas picarezcas que sus acciones. Pero tiene muy buen fondo, es una infeliz, jamás se pica aun que se ria uno en sus mismas barbas.

—Sí, es regular... la otra que está hablando con ella sí que es buen bocado... Serà una española?.. alguna italiana?.. ella tiene trazas de pertenecer á algunos de los paises cálidos.

—Pues debes saber, amigo mio, que en los paises cálidos se encuentran personas tan blancas como la nieve.

—Perdona, chico, no me acordaba que eras del Mediodia... Y, dime, ella quien es?

—Apenas la conozco... No la he visto sino dos ó tres ves. La llaman Felicia, y yo no la tengo por estrangera seguramente.

—Es alguna actriz?

—Creo que no, á lo menos que yo sepa.

—Tiene unos ojuelos como dos luceros... la señorita Felicia me gusta mucho, chico,

Yo estoy por esas fisonomías que no son vulgares... animosas... que indican pasiones vivas.

—Sí, es verdad, todo eso debe buscarse en una querida; pero no lo creo lo mas apropiado para muger propia.

—Pardiez! chico, me parece que no venimos aquí con la sana intencion de buscar esposas... Pues, señor, es indispensable que yo me entronque con la señorita Felicia. Me parece que no será eso muy difícil.

—Hum! puede ser... yo encuentro á esa muger bastante original... últimamente, ha rehusado las ofertas de un ricacho de aquí, solamente porque era aficionadillo à la cerbeza, y este es un inconveniente general para casi todas estas jóvenes.

—Cómo! no es interesada? tanto mejor, pues lo repito, es indispensable que yo me relacione con ella. Escucha, chico, el amante estará aquí, tu le conoces alguno.

—Yo no, pero creo que aunque lo tenga no será tan boba que se lo traiga. Las mugeres aman la libertad y le gustan sacar mil conquistas, para lo cual un amante es un inconveniente poderoso. Aquí empiezan las relaciones y en otra parte se concluyen.

La llegada de una nueva señora, interrumpió la alegre conversacion de los dos jó-

venes. Era alta , delgada y pálida , sus facciones muy lindas , una nariz como un cordón y sus ojos azules claros, daban à su fisonomía un aspecto inglés , juntos à los enormes tirabuzones que coronaran su cabeza , la confirmaban mas en el aire británico ; pero la esbelta talla , torneado cuerpo y pequeñísima cintura tan flexible como un junquillo , y la soltura y elegancia con que esta dama hizo su entrada en el salon , dió à conocer perfectamente que no era una inglesa , como á primera vista pareciera.

—Ah! es Tintin , exclamó madama Mirobelly corriendo à la recién venida. Buenas noches , querida amiga , por qué has venido tan tarde?

—Hasta este momento he estado ocupada... esperando à Ziniesky para que me acompañase.

—Quien confía en los hombres?... Además, se viene mejor sola... mas libre.

—Lo que es eso no , à mí no me estorba para nada. Buenas noches , Mazzepa... à Dios Zizi , nos reirèmos un poco con tus gracias?

—Sì , nos divertirèmos un poco mientras que esas otras hablan de modas y blondas, respondió Zizi.

—Sì , sí , corriente. Y esta noche no hay

juego? Tengo una hambre de ganar dinero!..

—Ah! el lansquenet! escelente juego... hace tiempo que me trata sin piedad... pero aun lo amo... lo prefiero à todos. Es como ciertos individuos que mientras mas mal nos pagan mas los queremos.

Estas últimas palabras fueron dirigidas á Isidoro, acompañadas de miradas tiernas, al cual la recién venida mirara y sonreia como si fuera un conocido muy antiguo.

—Escucha , chico , quien es esa madama *Tintin*? preguntò este à su amigo el farmacèutico. Es cosa de campanilla?

—Como! pues què, tú no la conoces? pues si es mas conocida que las ratas , es Adela Rotin y sus amigas la llaman *Tintin*, por abreviar la palabra, á estado contratada en un teatro, no se si lo estará todavia; pero me parece que se ocupa ahora en otras cosas mas esenciales. Es sumamente gentil, ya gastada por supuesto; pero que quieres, amigo mio, estas damas no desperdician un momento de recreo y agotan cuantas ocasiones se presentan. Es muy voluble en sus amores; rara vez se la ve por mucho tiempo con un mismo amante, pero no se sabe en sus truenos las trazas que se dà que todos quedan hechos unos verdaderos amigos. La presencia de *Tintin*, anima las reuniones pues

tan apropósito es para un baile, como para el juego; para el campo, como para la ciudad: monta á caballo de lo lindo y se lleva toda una noche comiendo sin hartarse; es una muger de à folio. No hace mucho que le ha jugado una buena pasada á un amante suyo. Este abusando de su bello carácter, se permitió serle infiel. Un amigo del tal y enamorado perdido de Tintin, se lo cuenta todo á esta con la sana intencion de desbancarlo. Con una muger del carácter de nuestra antagonista, el consuelo es tan pronto como vivo. Recibió con sumo agrado la declaracion de su nuevo amante y se dejó llevar á comer al campo; pero no era esto bastante para su venganza. El ingrato que la habia engañado era un jóven empleado propietario de dos cuartitos muy decentes y aseados, que en su rigurosa urbanidad, digna de los antiguos Escoceses, tenia la costumbre de ofrecer à sus amigos. Tintin sabia muy bien esto y habia formado ya su plan: asi es que á la conclusion de la comida cuando montaban en el fiacre para volverse á París dió ella al cochero las señas de la casa del ex-amante. Puedes juzgad cual seria la sorpresa del nuevo enamorado.

«Que es eso que intentais? le preguntó.»

«No lo adivináis? le dijo ella pues es bien fácil Vais á pedirle à vuestro amigo hospitali-

dad por esta noche ya sabéis que nunca la rehusa; para vos y para una dama que os acompaña y que no sabéis à donde llevarla; al momento os cederá una de las dos piezas. Le direis tambien que la dama no quiere ser vista pues tiene muchos deberes que llenar y que así lo esige su delicadeza. Le esigireis palabra de honor de que él ha de dormir en la última pieza; lo demas ya lo comprendéis.»

Ya ves querido que el nuevo amante encontraria la ocurrencia demasiado aguda. Todo se ejecutò del modo que Tintin lo habia previsto. El ex-amante cedió con mil amores el techo hospitalario que se le demandara y, como habia ofrecido, se encerrò en su cuarto. A la mañana siguiente al salir para su oficina, dijo para sí:

«Es regular que ya se hallan marchado.»

Pero unas carcajadas terribles lo sacan de su creencia... aquella risa no le es desconocida, vuelve la cara y vè á Tintin en cuerpo y alma.

«Amiguito, le dice ella, donde las dan las toman; me habéis engañado y he tomado esta pequeña venganza; que os parece?»

El ex-amante fué el primero en reir de la aventura... pero à mi me parece que no sería el primero en contarla.

—Ved un hecho, amigo mio, que ni la mis-

ma Sofia Arnold lo hubiera imaginado ya veo que la niña Rotin es buena pieza... Mas en aquel salon creo que hay juego ¿que te parece tentamos á la suerte?

—Ay! chico, es espantoso como aquí se juega... la mesa està cubierta de oro... es una cosa demasiado rica para mí. Yo traigo unos cuantos napoleones, pero hijo mio asi que vi la banca con tanto tren no quise ponerme en ridículo y me salí del salon.

—Pues yo, querido, si pierdo, todo se reduce à aumentarle al tio los derechos de la curia.

Diciendo estas palabras Isidoro Marcelay se dirige à la mesa del lansquenet, rodeada de infinidad de personas, unas mirando y otras aprendiendo los lances inmensos para fijar la suerte.

El banquero era un hombre entre dos edades, bello mozo, y elegantemente vestido, sonriendo à cada instante y anillándose el pelo con los dedos.

La señorita Leonis acababa de aprocsimarse á la mesa y mirando los montones de oro, que el banquero tenia delante, le dijo:

—Sois el hombre de la dicha, Mr. de Pigeonnac, y si el refran es verdadero, debeis ser muy desdichado en amores.

—El refran es un tonto, amada Leonis, contestò el banquero volviéndose á su interlocutora y tomándole la barba. Cuando la fortuna nos favorece, en todo lo hace. Agamos un convenio... esta noche ganaré sobre unos quince ò diez y seis mil francos... es lo diario; pues bien, quiereme tù, te hago mi querida y dentro de cinco dias parto mi caudal contigo. Que te parece la proposicion?

—Muy buena, si fuera verdadera.

—No lo dudes, salada.

Decidete y en quince dias concluyes con tu ingles panzudo.

—Teneis unas cosas!

—Vamos, señores, se juegan mil francos... nadie los... quiere?.. Vamos, Leonis, aceptas tú?.. pero estás muy remisa y quiero buscar otra.

—Yo acepto! yo acepto! exclamó la alta y delgada Tintin poniendose tras el banquero.

Este se vuelve, sonrie á la recién venida y le dice:

—Amigita, nosotros no podemos hacer negocio... hace tiempo que hemos liquidado cuentas.

—Vaya, que el tal Pigeonnac, es un imprudente consumado, dijo por lo bajo á su vecino, un jòven muy feo, pero de muy finos

modales. No contento con estafarnos el dinero, quiere tambien rapiñarnos las muchachas, se cree el sultan de la reunion y tira su pañuelo á roso y velloso... Me están dando ganas de darle de bofetadas ¿que os parece señor de Formentieres?

El llamado Formentieres era un hombre de cincuenta y cinco años, alto, delgado, de cabeza magestuosa, con una peluca perfectamente rizada y una fisonomía fina y lisongera à la vez; sus ojillos grises verdes, estaban llenos de fuego; sus lábios delgados y cerrados; y las mejillas algo salientes y coloradas, por los extremos con la barba algo puntiaguda, le daban un cierto aire de Polichinela, pero lo cual no estorbaba para que tubiera un aire distinguido y todas las maneras de un hombre bien educado.

Mr. de Formentieres aparentó no oir lo que su vecino le dijiera; pero asi que vió à Mr. de Pigeonnac volver à ganar otra suma considerable, se volvió y le contestó:

—No, Mr. de Montalbert, no me parece que estaria bien el abofetear à Mr. de Pigeonnac, porque si está de suerte... hay mas que no jugar con él?

—Si á mí no me carga el que gane, lo que me choca es, ese maldito descaró con que habla á todas las jóvenes.

—Oh!.. yo creo que esas damas están por eso mismo... y apostaría cualquier cosa á que la chica Leonis no le reusará por cierto la oferta que acaba de hacerle.

—Ignorais, por ventura, que la hubiera dicho lo mismo aunque hubiese sabido que yo era su amante?

—Seria probable... lo considero capaz de todo.

—Si tal hubiera sucedido, se le queda la cara entre mis manos.

—Ved hay que acaba de ganar una banca de dos mil francos. Tiene la fortuna tenaz en socorrerlo. Muy rico debe ser ese Pigeonnac aventurar tan fuertes sumas!

—Pigeonnac rico!.. quiá!.. pues sino tiene mas que trampas... no se sabe de lo que vive.

—Me parece que ganando todas las noches, tal como en esta, pronto saldrá de ellas.

—Vos, Formentieres, no jugais?

—Hum!.. muy rara vez. Me conozco y sé que en poniéndome una vez, no me quitan mil diablos del juego. Quien es aquel jóven alto que está hablando con Mr. Georgello?

—No lo conozco, es la primera vez que lo veo. Madama Mirobelly aumenta cada dia mas su reunion.

—En efecto, recibe infinidad de gente.

—Conoce tantas personas!

—Cuidado, Montalbet, no vayais à soltar alguna papa.

—Otra vez he perdido. Siempre pierdo! exclamó alejándose de la banca un caballero grueso, todavía jóven y con un enorme vientre, cuyo físico restante estaba en armonía perfecta con él; pelo muy rizado y negro, cara redonda y ojos alegretes y vivarachos; por último, un aspecto que no revelara mucho talento por cierto.

—Que es eso, habeis perdido, Mr. Bouchonnier? preguntò Mr. de Formentieres al nuevo personaje.

—Sí; mi pan cotidiano es tan rara vez cuando gano; gracias à que mis posibles me lo permiten... Y además, quien es capaz de luchar con ese descomulgado Pigeonnac?.. Es la misma fortuna con calzones: jà! jà! jà! jà!

Y el gordo señor, que se considera muy chistoso, tiene la costumbre de reirse èl mismo de sus simplezas.

—Voy á loquear un poco con el bello secso... á sacar mil conquistas. Esta noche quiero ser un pillillo: já! jà! já!

—No me engaño, es Bouchonnier, exclamó Isidoro saliéndole al encuentro.

—Marcelay! exclamó el otro tambien, pe-

ro algun tanto embarazado. Mi primo Marcelay aquí... oh! esto es encantador!

Y arrimándose á la oreja de Isidoro, continuó:

—Mira, no digas que soy casado, aquí me vendo por mozito... es lo mas libre.

—Sí, sí, ya comprendo, tu muger estará de campo, eh! gran pillastron?

—Pardiez! si no fuera así, estaria yo aquí con tanto descaro.

—Tranquilízate, no diré nada.

Isidoro abandona à Bouchonnier y se dirige á la banca del lansquenet seguido del jóven farmacéutico.

—Creeme, amigo, no juegues, vas á perderlo todo.

Pero Isidoro no escucha á su amigo y se presenta en la mesa de juego. Un eleganton de primera ha sucedido en su puesto á Mr. de Pigeonnac, el cual harto de ganar, se ha ido tras de las muchachas que bailan la polka y la mazarca al son del piano, acosadas por Bouchonnier y mareadas con sus galanteos y panplinas y atontadas con sus estrepitosas carcajadas.

Isidoro temeroso en un principio ha aventurado solamente algunas piezas de oro: mas ha ganado: dobla su partida y vuelve á ganar. Muchas veces las bancas han sido desgraciadas, pe-

ro el jòven las ha tomado y ha ganado tambien. La Mirobelly que no cesa de ir á una y otra sala que está sobre todo , sin que esto impida para dirigir miradillas tiernas á sus adoradores, llega á la mesa del lansquenet y dice á Isidoro lanzándole una mirada medianamente tierna y procurando dar á su voz toda la melodia posible:

—Me parece, caballero, que la fortuna os es favorable... celebro infinito que así sea por la vez primera que honrais mi casa y espero que esto sea un poderoso aliciente para que amenudeis vuestras visitas.

—No lo dudeis, señora, prescindiendo de la ganancia, que no es mas que un capricho de la suerte, mi mas poderoso aliciente es la multitud de jóvenes guapas y bellas que aqui se encuentran y entre todas la apreciablesísima dueña de la casa.

—Oh! pues hoy han faltado muchísimas. Unas están algo indispuestas... otras de campo. Yo, por mi parte, detesto el campo, siempre tragando tierra, azotada por el viento, ó bien ver árboles y yerbas. Siempre una misma cosa, por cierto muy agradable!

—Oh! tú, Belly, se positivamente que no estás tan poco por el campo, dijo la alta Tintin que habia tomado parte en la conversacion. A

que no eres capaz de venir conmigo mañana al rayar el día à beber leche en Sain-Mande.

—Al rayar el día!!! libreme Dios de semejante desatino, sería lo único para estar mala todo el día.

—No siempre habré dicho lo mismo, murmuró Leonis, mucho menos cuando iba à lavar sus encajes à la orilla del canal: oh! entonces se levantaria muy tempranito.

—Bá! bá! por ventura tenia madama Mirobelly la extravagancia de lavar ella misma sus encajes, preguntó Mr. de Formentieres que oyera perfectamente lo que la jóven Leonis pronunciara, eso sería para imitar à *Nauseana* hija del rey Alcinco.

—Oh! no; es porque era lavandera, vedlo aquí todo. Además eso no es ningun crimen, mi padre era cazador furtivo y no por eso tengo yo de avergonzarme?

—Ah! queridas, el levantarse temprano es tan hermoso!.. añadió Tintin.

—Pues à mí, el campo me hace enamorado cual ninguno... dijo el gordo señor que se llamaba Bouchonnier y que habia corrido al círculo de las jóvenes. Es extraordinario el efecto que el campo obra en mi físico... Yo quisiera poseer en aquel momento una choza y un corazón já! já! já! já!

—Ay! Dios mio, que el tal Bouchonnier está esta noche mas tonto que nunca, dijo á media voz Adela Rotin.

—Yo lo encuentro como siempre, continuò la bella Mirobelly dirijiendo sus miradas de fuego al jóven Isidoro.

—Decidme, amigo mio, añadió, por qué no tomais la banca á ver si sois tan dichoso como antes?

—No hagas tal; creeme, no te espongas, murmuraba el jóven farmacèutico al oido de su amigo.

Pero Isidoro siguiendo el consejo de madama era ya banquero. Cada cual se acerca á probar la fortuna del jóven. Cruza el dinero y él gana la primera partida.

—Cuidado que vamos á medias, le dijo Tintin al oido.

—Con mucho gusto, señorita.

—Estamos convenidos... pero sed prudente. A las cuatro veces levantaos, este es mi sistema.

No hay duda que el sistema de la señorita Rotin era soberviamente conveniente, era un medio magnífico para no perder é ir á medias solo en los beneficios.

La fortuna estaba decidida en favorecer à Isidoro Marcelay. Ha ganado cuatro bancas y

quiere continuar. Tintin se opone y le hace presente su sistema. Dice claramente que quiere su parte. Entonces Isidoro cuenta el dinero que ante sí tiene; son ochocientos francos: saca cuatrocientos y los entrega à la alta jóven diciéndole:

—Estamos en paz. Ahora, juego yo solo.

No creais, amigo lector, que la señora Tintin tuvo algun reparo en tomar el dinero, nada de eso, lo cojiò muy ufana y se puso tras Isidoro para ver si la fortuna continuaba, siendole propicia. Ya el jóven habia ganado una suma considerable y estaba tentado por dejar la banca, cuando una voz seca y fuerte esclama:

—Juego.

Todas las jóvenes alzan la cara para ver al individuo que se atreve, per sí solo, á desafiar la fortuna del banquero.



6.

*Un jugador de á fólio.*

---

**E**L nuevo personaje que con tanta altanería desafiaba la fortuna del jòven Isidoro, habia sido presentado aquella misma noche por un jòven abogado, tertuliente muy antiguo, el cual, habia dicho à madama Mirobelly:

—Señora, tengo el honor de presentaros à Mr. de Monvillars, que hace infinidad de tiempo desea rendiros sus obsequios.

La Mirobelly lo miró de hito en hito. El recién venido era un elegante jòven, una

fisonomía franca y decidida , cabello negro , perfectamente perfumado , guantes nuevos y bota charolada ; unase à esto el retumbante nombre de Monvillars y júzguese cual seria la sorpresa de madama , que siguiendo la regla general , gustaba mas de los hombres de la *alta clase* , que no de las apariencias.

Asi es, que Antoñita contestó que, le hacia mucho favor con ello , y que tendria mucho gusto en que Mr. de Monvillars fuese uno de tantos como se dignaban favorecerla.

El elegante caballero hizo un leve movimiento de cabeza ; pero con tal elegancia y destreza , que no manifestaba ni timidez ni embarazo , y al dirigir una rápida mirada al salon , habia en sus ojos negros , una viveza y fogocidad que encantò à todas las jóvenes.

—Quien es ese caballero? preguntò al instante Leonis à la grande Aglaura.

—Yo se tanto como tu... bien ves que Courtinet acaba de presentarlo... es la primera vez que viene aquí...

—Ya! esa no es razon; tuviera algo de particular que lo conocieras? conoces tú à tantos.

—Siempre estas de insultos.

—Ah! no me acordaba , continuó Leonis volviéndose hàcia madama Mazzepa , de todo se pica este angelito.

—Vamos, mala cabeza, haya juicio, dijo la dama de los mostachos.

—Vaya!... es preciso reirse de alguna cosa, y luego como esa grandullona de Aglaura, que parece un soldado de caballería, nos viene haciendo creer que todos los hombres se pirran por ella... como si eso fuera posible!

—Pero, querida mia, Aglaura es una mujer hermosa, y creéis que esto no sea una ventaja? Creedme, mejor valdria sostenernos mutuamente, que no buscar motivos para desunirnos.

—En efecto, nadie mejor que vos debe saber eso à causa de *vuestra larga experiencia*.

Madama Mazzepa se mordió los lábios de despecho y no la contestò. Leonis satisfecha de su triunfo corriò hácia un grupo de jóvenes riendose á mas no poder.

—Que es eso? de qué te ries, Leonis? le preguntó la esbelta Antonina: à que le has jugado à alguno, alguna mala pasada?

—No, no lo creas; solo sí, una leccioncita á esa vejancona Mazzepa que me venia con sermones de cuaresma... Vea usted á la señora con sus nueve lustros y sus mostachos, queriendo aun hacer conquistas y se me viene con moralidades!... habrá dromedario!..

—Oh! Leonis, calla, si madama Mirobelly

te oyese decir ese mote de su amiga...

—Le aplicaria á ella otro por el mismo estilo... aun que no fuera precisamente dromedario, pero si de la misma familia.

—Conoces, tu, la familia de los dromedarios? preguntó Zizi Petard abriendo tanto ojo: ese conocimiento lo habrás adquirido en el jardin de plantas.

—Sí, querida mia, estoy en relacion íntima con el guarda del elefante y con el que cuida los osos. Casi todos los dias almuerzo con ellos.

—Con los osos?

—Con los osos tambien.

—Y no tienes miedo?

—Ca! ninguno. Cuando el guarda está allí, se guardarán bien de tocar ni à una oveja. Si quieres venir un dia conmigo, acompañándome, almozaremos con Martin y el *mico* (1).

—Sí, te acompañaré; casualmente los *micos* es mi pasión.

Y la señorita Zizi corre á la pieza vecina

---

[1] La palabra *bouc*, que tiene el original francés, significa macho cabrio ó cabra. Llamase tambien por burla *bouc*, al hombre que solo tiene pelo en la punta de la barba, lo que nosotros llamamos *barbas de chivo*; y llamase tambien *bouc*,

dando saltos de alegría y diciendo á todo el mundo que un dia và , ella , à almorzar con dos animales.

—Qué chica tan simpleta , seguramente ha creído que Martin es el nombre de algun animal , y que el mico es algun monazo... tontuela! añadió Leonis cuando Zizi desapareciera. Señoras , á propósito , alguna de vosotras conoce à ese caballero que acaba de presentar Courtinet?

—Ese es Mr. de Monvillars , contestò Antonina.

—Toma! eso lo se yo , he oído decirlo lo mismo que tú.

—Parece ser un hombre *acomodado*.

—Sobre todo , un caballero: lleva en el apellido *de*.

—Elegantemente vestido.

—Muy buen cuerpo... buenas maneras... un lindo jòven , en fin.

—A mí no me gusta, prorrumpió Felicia la del aspecto andaluz, que no habia dado aun su

---

al hombre lascivo que en español se dice *parece un mico* y nosotros tomámos la voz en esta acepción , para manifestar mas el pensamiento de la señorita Leonis en su prócsimo desayuno con los dos individuos.

parecer sobre el recién venido. Tiene las cejas excesivamente espesas y la frente baja... No tiene buen aire, por cierto, su mirada es sombría é inquieta... No reparasteis al entrar la ojeada que lanzó á su alrededor?

—Pero, querida, su aspecto es noble... eso manifiesta que estais poco acostumbrada à tales aspectos.

Felicia lanzó à Leonis una mirada irònica.

—Que decis, le dijo, que estoy poco ducha en aires nobles?... Me conocéis tanto para decir eso? Antes de buscar, en los demás, algo que zaherir, debierais dar una vuelta sobre vos misma. Tal vez vuestro padre cuando se emboscaba para cazar conejos, os instruyera sobre la diferencia de aspectos, ó cuando robaba la caza en los cotos y valles de los grandes señores, les robàra tambien la nobleza de sus aires.

La señorita Leonis se quedó hecha una estatua. Semejante à las personas de su fibra que acostumbradas á zaherir y criticar à las demás, no perdonan ocasion hasta que dan con una que les pone las orejas coloradas, y entonces se quedan como quien vè visiones.

—Jesus! Esta Felicia no gusta de chanzas... por todo se amosca.

—Es que yo no soy ninguna Zizi Petard,

y cuidado , cuidado , que mi paciencia se agota pronto... no aguanto ancas á nadie.

—Qué es eso , se pelea? se riñe? las diosas del Olimpo se arañan como simples mortales?.. Ah! eso seria cruel... ajaria vuestrá divinidad... ajaria... já! já! já!.. como me gusta la palabra ajaria... já! já! já!..

Este era Bouchonnier , el gordinflon , el habieca , que acababa de llegar donde estaban las jóvenes.

—No , caballero , no hay nada de eso , le contestó Antonina.

—Entonces son frioleras... já! já! já!.. que os parece la friolera?

—Hablabamos del recien presentado ¿no lo conoceis?

—Conozco yo por ventura à los hombres?.. si fueran mugeres... ya seria otra cosa... las conozco á todas mas , ó menos... já! já! já! entendeis? *mas ó menos.*

—A mi me gusta mucho mas , añadió Felicia , ese alto jòven que Mr. Georgello à presentado , esta noche tambien.

—Ah! si , el amigo del boticario , dijo Leonis , no me gustan á mi las gentes que andan entre unguentos y lamedores.

—Oh! si , exclamò Bouchonnier que de todo queria sacar partido: los boticarios! ah! es

una gente muy ladina; no tienen, señoritas, la costumbre de atacaros de frente... ¡já! ¡já! ¡já! ya comprendéis mi idea de *frente*.

—Sí, sí, caballero.

—Por lo que hace al otro, es un primo mio: un ricacho futuro... jòven muy guapo y apasionado como yo al bello secso...

—Ah! es primo vuestro? dijo Felicia, nadie lo diria, se parece tanto como el huevo á la castaña.

—Sí, primo mio por parte de mugeres... es el parentesco mas incontestable... el mas seguro... ¡já! ¡já! ¡já!.. el *mas seguro*.

—Ah! viene Zizi, tal vez sepa algo del recién venido... Eh! Zizi escucha... que se dice de Mr. de Monvillars?

—Que es un caballero como pocos... cien mil francos de renta... es todo lo que me ha dicho Courtinet.

—Sí, pero Courtinet, es un embusteron de primera, no hay que fiar en sus cuentos: corre todo París y se junta con la gente mas chuti y luego nos quiere colar que no trata mas que con condes y marqueses!.. Sino, tu misma, Zizi, acuerdate el dia que te llovò á comer con aquel embajador turco... que luego salimos era un vendedor de pastillas del Serrallo.

—Oh! es igual; trasminaba à esencias y perfumes.

—Es chistoso! un vendedor de pastillas!.. y tu falso turco te regalaría buenas telas de cachemiras...

—Quia! despues, de los despueses, no me dió mas que media libra de dátiles.

—Que horror! si à mi me hubiera sucedido tal cosa, hubiera ardido el tal embajador...

—Cien mil francos de renta!!! murmuró Mr. de Formentieres que acababa de entrar en corro. Diab!o! eso es un fortunon!... Monvillars... yo quiero recordar este nombre y... no caigo de la familia que...

—Y yo, añadió Georgello, tampoco caigo de que órden es la cinta que trae en el ojal del frac... de la... de la... de la órden... de... nada... no doy con ella.

—Oh! señores, el lansquenet está endiablado! exclamó Tintin dirigiéndose à la reunion. Ese caballero que acaba de entrar, de buenas à primeras se ha hecho banquero y ha ganado ochocientos francos... bien se lo docia yo, en pasando la cuarta vez, abandonad la partida...

—Isidoro! ha perdido? exclamò el farmacèntico, cáscaras! si yo me hubiera espuesto...

—Señoras, interrumpió el barrigudo Bouchonnier, si ustedes quisieran, walsariamos un poquito. Justamente està uno sentado al piano y le suplicaremos nos toque unos walsesitos...

Bella andaluza, quisieráis walsar conmigo un poquito?... enlazar conmigo vuestros brazos?

—Esta noche no bailo, contestole Felicia mirando hácia la mesa del lansquenet, pero invitad á Leonis que sabeis es el genio del baile.

—Sí, en efecto, respondiò esta, pero con Mr. Bouchonnier no me atrevo. Su descomunal vientre seria capaz de reventarme.

—Cá! señorita, estais en un error yo lo alargó y encojo à placer... segun me acomoda.

—Debe ser así, de lo contrario os fatigariáis mucho... Estoy comprometida con Courtinet...

—Courtinet! dichoso Courtinet!.. hola, que tenemos ponche, allá voy yo á tirarme una copa.

—Bien! reparad à madama Mazzepa que ya lleva cuatro vasos, dijo Zizi.

—Señal de que está alterada, contestò Leonis. Escuchad, señoras, cada edad tiene sus gustos... y cuando llegue yo à la suya, preferiré el ponche à todo... Digo, digo, que tal la Aglaura, como paliquea con el feo Montalbert.

—Dios los cria y ellos se juntan. Ah! ved á Courtinet... Courtinet, Courtinet, walsarémos un poco.

Mr. Courtinet era una de esas personas poco notables en el mundo, que no son ni

hermosas , ni feas , ni espirituales , ni brutas , ni tontas , ni graciosas ; pero que no quieren pasar desapercibidas , es decir , tal como Dios las ha criado ; y viendo que por ningun estilo pueden hacerse notables , se ponen en ridículo para llamar de algun modo la atencion.

Mr. Courtinet , no teniendo vocacion para nada , habia ensayado mil notabilidades é ideado mil cosas para hacerse singular y habia concluido , por fin , por hacerse bufon , el *hazme reir* de todo el mundo: asi es , que siempre estaba ideando historietas y cuentecillos ; pues se hubiera muerto de desesperacion , si alguna vez no hubiera oido que decian:

—Vaya , que Courtinet es chistosísimo!

Pero para llevar à cabo esta empresa , eran indispensables ciertas bufonias graciosas para unos y cargantes para otros.

Por lo que hace ahora , se dirigió , como un viento , hácia Leonis y sin dejarla concluir la coje , la suspende y empieza à walsar llevandola en volandillas.

—Courtinet , por Dios , dejadme poner lo pies en el suelo... que me mareo... que me vais à matar... vaya , que estais esta noche muy impertinente.

Dejemos á Courtinet que no suelta á Leo-

nis, por mas que se desespere, y vamos à Bouchonnier que rabiando por walsar y viendo que todas las parejas estaban tomadas, se decide á tomar cualquiera, sea la que sea. Vè à madama Mazzepa se dirige á ella y le pide un wals. La gordiflona señora de una panza y mole como la de su caballero, se levanta, dirige una mirada á su alrededor y coje el brazo de su pareja con una seguridad y aplomo, que parecia decir:

«Si yo caigo, tu caerás conmigo.»

Y las dos masas informes se ponen en movimiento. Madama Mazzepa se agarra á Bouchonnier con una fuerza hercúlea y este, viendo que lo que va à hacer mover es una mole inmensa, empieza su rotacion con un aplomo y paso tan fuerte y precipitado, amenazando à todo cuanto se le atraviesa en su camino.

Asi es que, los otros jóvenes, huyen de ellos como de un terrible precipicio; pero Courtinet embebido en levantar por alto á Leonis y ved su cara para notar las figuras que hacia, una de las veces en que esta le decia:

«Déjame poner los pies en el suelo.»

Zas: dan un choque con Mazzepa y Bouchonnier y caen cual largos eran en medio de la sala: Antonina tropieza con Leonis y cae tambien con su pareja: Aglaura se lia con los

pies de Courtinet y... plan, al suelo con Georgello, todos empiezan à patelear y desasirse unos de otros, mientras Bouchonnier y su pareja firmes como dos rocas, siguen su rotacion atropellando y cayendo cuanto se le opusiera al paso; convirtiendo el salon en un campo de batalla.

Por fin, llegó Mr. de Pigeonnac para restablecer el orden y tuvo que cojer á la pareja con toda su fuerza para poderla detener. Entonces se armó la gresca, carcajadas y gritos resonaban por todas partes, mientras que Leonis viendo que al caer habia enseñado hasta los muslos decla á Courtinet lanzándole una mirada terrible:

—Veis, caballero, hasta donde llega el exceso de vuestras locuras?... Yo podia en mi caída haber enseñado... que no traigo calzonsillos.

—Como todos lo saben, dijo Tintin á Aglaura, no se sorprenderian de nada.

Isidoro Marcelay llegó en este momento á la sala del combate; apenas Georgello lo divisa corre á él.

—Y la fortuna? le pregunta à media voz.

—Querido amigo, contestole Isidoro con tono tragi-cómico: *Cuando todo se ha perdido... cuando no queda ni aun esperanza... se abandona el juego y uno se pone á bailar.*

—Y bien, compañero, dijo la Tintin sonriendo á Isidoro, como os habeis retirado? no iba bien el asunto?

—Mirad como le enseña los dientes, dijo Leonis à Courtinet, como le ha atrapado cuatrocientos francos!..

—Hicieron compañía? preguntó Courtinet sonriendo.

—Sí, compañía de un modo muy cómodo... parte en las ganancias sin esponer nada de su bolsa... Yo no me atreveria nunca á semejante cosa...

—Ya? vos sois tan delicada!.. no podreis digerir ni el cangrejo, ni el galápago!

—Por Dios, Courtinet, que estais insufrible esta noche.

Vamos ahora à Felicia que apenas vió cerca de sí al jòven Isidoro dió á su cara una transfiguracion completa, sus ojos negros perdieron la espresion irònica que los poseyeran convirtiéndose en una mirada dulce, voluptuosa... encantadora al fin.

—Habeis ya dejado el juego? le preguntó.

—Sí, señora, hay allí un caballero que me ha robado la fortuna.

—Si yo hubiera sido la fortuna, nunca os hubiera abandonado.

—De veras? preguntó vivamente á Felicia.

—Todo puede ser... yo no se ni amar ni odiar à medias.

—Oh! teneis razon, señora... es preciso que la pasion reine en todo... Yo no comprendo como puedan admitir personas indiferentes en medio de los placeres que no sienten, no desean... no saben lo que gustan... que á todo responde *«me es igual.»* Dueñas absolutas de sí mismas cuya sangre fria nunca la abandonan. Oh! esas personas así las odio... no conozco á ningunas, ni quisiera conocerlas... La emocion tanto en el dolor como en el placer, es vivir á lo menos... es sentir que uno existe.

Todo esto lo habia dicho Isidoro tal como lo sentia. Los ojos de Felicia brillaban como dos luceros y parecia aspirar todas las palabras de Marcelay. Cuando este acabò de hablar le cojiò ella una mano, la estrechò entre las suyas y le dijo con un acento delirante que le salia del alma:

—Oh! os amo... Sì, pensais lo mismo que yo... sois un hombre como yo deseo... Vos me amais tambien... es verdad?... lo he leído en vuestros ojos... Oh! decidme, decidme, por Dios, que no me he engañado.

A tan repentino ataque se quedó Isidoro perplejo, no sabia que responderle, por mas que su amor propio se lisongeara y Felicia le

gustase. Ella lo comprendió y la jòven repuso en seguida:

—Muy singular os parecerà la declaracion que acabo de haceros , pero este es mi caràcter soy tan franca como viva y no sé ocultar lo que siento. No comprendo como haya personas que puedan disimular , y asi es , que cuando detesto á alguno, se lo digo muy clarito, y cuando lo dejo de amar, hago lo mismo. Asi soy yo. Ved aqui porque la mayor parte de estas señoras me califican de ridícula y bizarra ; pero su opinion me importa dos pitos. Os lo repito, me agradasteis desde el momento mismo que entrasteis... y no sè lo que hubiera hecho si al momento no hubiesen venido à mi lado. Pero tenia confianza , pues al entrar , apenas dirigùèrais vuestra penetrante mirada por doquier , ví que la posasteis sebre mì y adiviné tambien lo que le preguntàrais à Mr. Georgello.

—En efecto no os habeis equivocado , apenas entrara y os mirase , os encontrè seductora cual ninguna y dije à Georgello: De todas las mugeres que están aqui , mira à la que mas prefiero.

— Ah! digisteis eso?.. Ved aqui lo que es el afecto simpático... Pero quizá desconfieis de mis palabras , porque os ballais en una casa

agena de formales relaciones, donde no se busca mas que el placer y la variacion, donde reina el interès y no el amor. Sí, no hay duda, encontrareis mi pensamiento muy original, conceptuàndome cual todas... Pero ah! lo que os digo no es mas que un dèbil bosquejo de lo que mi corazon siente. No creais que acaso me juzgue yo mejor que ninguna de esas otras jóvenes, y sin embargo, prefiera mi sistema. Isidoro, miradme... miradme otra vez... esa mirada... ah! cuan feliz soy!

—Hola! hola! Aglaura, dijo la señorita Leonis haciendo señas á su amiga para que mirase al extremo del salon donde se hallàran Felicia é Isidoro. Me parece que la peripuesta andaluza se *humaniza* esta noche... picotea de lo lindo con el jóven que dió á Tintin los cuatrocientos francos.

—Diablo!.. tiene unas maneras muy elegantes, ya sabe la nena lo que se pesca.

—Como se miran!!! se lo quiere tragar con los ojos!.. vaya, que estàn sumamente indecentes.

—Ni pizca que se me dá... así còmo así, como mañana con Mr. Montalbert.

—De veras?

—Sí, es una galanteria suya: yo le decia que me gustaban los huevos estrellados y él

me ha prometido que los comerémos juntos mañana ; he aquí todo.

—No te envidio tu conquista... ese caballero es muy feo...

—Yo no lo encuentro tanto... pero en cambio tiene un talento desmedido.

—Quien no me disgusta , es ese Monvillars , pero el demonio del hombre no se ocupa mas que del lansquenet. No parece sino que no ha venido mas que para jugar... Mirad á Felicia como acerca su cara à la del jóven: Dios me perdone , pero juraria que se estaban besando... Si Mirobelly los viese , ya les daria una buena reprimenda. Oh! bien, ahí viene Mr. de Pigeonnac... ahora voy á hacer que turbe el amoroso coloquio... Felicia!.. no la puedo ver , es mi sombra por todas partes... Pigeonnac... Pigeonnac...

El caballero de la fortuna se aprocsima á Leonis y le toma amigablemente la mano.

—Qué quieres , hermosa ninfa? la pregunta. Vienes á responderme à la proposicion que poco ha te hiciera. Te has decidido?... pues, chica , por ahora yo no puedo , estoy comprometido.

—Comprometido?

—Justamente.

—Es ahora , ò por mañana?

—Chica, por toda la semana, como las calezas de retorno.

—Demonio, que ocurrencia!.. Mas escuchad. No hace mucho que Felicia preguntaba con ahinco... con mucho ahinco, por vos... eso indica... pues... ya me entenderéis...

—Sí, entiendo perfectamente.

—Pero como se le ha unido aquel pegote incomodándola con sus tonteras, rabia y desea que haya una buena alma que la saque de aquella inesperada casualidad.

—Bà! pues sino es mas que eso, allá voy yo... me pinto solo para semejantes casos.

Pigeonnac concluyendo estas palabras se dirigió al grupo de los dos amantes.

Felicia tenia una mano de Isidoro entre las suyas, estrechándola á cada momento y dirigiéndole las mas revolucionarias miradas.

—Amado mio, le decia, no me creais indiscreta en la declaracion que acabo de haceros. Os amo, he aquí la disculpa. Ya veis, no os conozco, no se quien sois, ni en que os ejercitais... pero me parece que no sois ni fátuo, ni tonto, y para mí es lo indispensable. Además, vuestros vicios, si acaso los tenéis, no os desvirtuarán lo mas mínimo à mi corazon, con tal que me ameis como yo os amo; yo los disimularé, yo los perdonaré y

vuestros defectos serán los míos. No es así como debe amarse?... no es este el lenguaje del corazón?..

—Estáis encantadora... sois tal como á primera vista os juzgara. Lo que yo adoro en una muger es la franqueza. Así es, amada mía, que siendo el dolo y la hipocresía la virtud favorita de la muger, al poseer una como vos que diga lo que siente, es indispensable conservarla como la mas preciosa reliquia. Sí, Felicia, me contareis vuestras aventuras: ¿es verdad, salada?

—Sí, toda mi vida, ídolo mio, que sin ser demasiado larga abunda en raros incidentes... Oh! he cometido mil locuras, pero ninguna os ocultaré.

—Y cuando dejéis de amarme, me lo direis con la misma franqueza?

—Os lo juro. Por lo que hace á vos, no necesitaré que me lo digais... yo lo conoceré perfectamente.

—Cómo?

—Porque entonces no me mirareis así, de ese modo tan dulce... tan arrobador... tan... Ah! Isidoro, me comeria vuestros espresivos ojos.

—Justamente era en este momento cuando Mr. de Pigeonnac se llegó á los dos jóvenes.

Plantase ante Felicia y cojele tiernamente una mano.

—Bella andaluza, aquí estoy... os habré hecho aguardar mucho tiempo... pero perdonad... no ha estado en mí...

La jòven retirò prontamente su mano y miró á Pigeonnac con aire sorprendido. Por lo que hace á Isidoro frunció las cejas y miró sañudamente á aquel individuo amaricado, que con tanta franqueza tratara à su amada compañera.

Pigeonnac lo mirò, arrugó la frente, meneó la cabeza y escapó una ligera sonrisa.

—Me gusta mucho vuestro modo con esta señorita, dijo, sin duda creeriais que solamente por vos venia aquí... jà! jà! jà! por vos solo, eh?... sois, amiguito, muy egoista.

No habia aun Pigeonnac concluido, cuando Isidoro, con la celeridad del rayo, se levanta, lo coje por los brazos y zamarreándolo como una zaranda, lleno de ira le dice:

—Cuando yo hablo con cualquiera, no me gusta nada que me interrumpen. Estais, señorito? Què relaciones os unen á Felicia? Si las teneis, corriente... mas sino... elejid sitio y armas para el duelo... sobre la marcha... no estoy por dilaciones.

Pigeonnac se quedò como figura que lle-

van en procesion. Isidoro le causó una sensacion demasiado viva y tan imprevista, que ni tenia fuerzas para sacudir sus brazos; daba mas vueltas y cabriolas que un Juan de las viñas y balbuciendo palabras ininteligibles, no hacia mas que hacer piruetas entre los brazos de Isidoro.

—Bien, muy bien, decia Felicia mirando amorosamente á Isidoro: oh! cuanto te amo en este momento, pero soltad à ese caballero, dejadlo explicar, siendo asi que no me ligan con él las mas mínimas relaciones.

—Eso es diferente, contestò Isidoro soltando á Pigeonnac; entonces, caballero, explicaos, cual ha sido la causa para mezclaros en nuestros asuntos?

El bello señorito, repuesto algun tanto del brusco sacudimiento (pero teniendo la corbata por la frente empezó à componerla) y volviendo à su primera sonrisa contestò:

—Cómo! acaso tomasteis à veras el asunto?.. quíá! es broma!.. já! já! já! vaya, que ha estado ocurrente el lance. Figuraos que esto no ha sido mas que una apuesta... La señorita Leonis, dirijiéndose á ustedes, me dijo: «Ved allí dos personas que hablan sin cesar, nadie será capaz de distraerlas...» yo le dije: «Yo las distraigo...» Vengo, gano la apuesta,

supuesto que os he interrumpido... Pero palabra de honor que no ha sido mi intencion el molestaros.

No quedò Isidoro muy satisfecho de la tal disculpa, pero á lo menos pareció tranquilizarse.

—Mr. de Pigeonnac, le dijo Felicia, no aposteis jamás nada con madama Leonis, sus palabras llevan siempre una intencion doblada y... os podeis comprometer inocentemente.

El aporreado caballero hizo una profunda cortesía y volvió la espalda á los dos amantes, cuando la jóven de las blondas, la niñita Tintin, salióle al encuentro.

—Qué es eso, Pigeonnac, de ese modo abandonais la suerte?... no quereis jugar, cuando la partida se ha hecho tan interesante?... Allí hay un caballero que os desafia... gana á cuantos juegan... tiene ante sí infinidad de montones de oro... Oh! ese Mr. de Monvillars es un jugador de à fóllo.

—De veras, querida Tintin? contestó Pigeonnac como si nada le hubiese pasado. Oh! esa es cosa de ver... Un adversario digno de mí! justamente es lo que apetecia... Ya vereis, querida, el julepe que le pego á ese Mr. de Monvillars.

Mr. de Pigeonnac se dirige al lansquenet.

La mesa estaba rodeada de casi toda la concurrencia. La partida habia llegado á ser tan poderosa que era interesante hasta para los mismos que no jugaban. Casi todas las señoras habian abandonado el baile para ver á aquel caballero que habia desplumado á sus adoradores, dejándoles sin un ochavo. Casi todos los de la reunion no tenian un maravedí, por que sus billetes de banco habian pasado á Mr. de Monvillars, el cual, en medio de todas sus ganancias y prosperidades, manifestaba una flemma y sangre fria dignas del mas valiente general.

Mr. de Monvillars, con las cartas en la mano, aguardaba nuevos adversarios. Todos le temian y ninguno se atrevia á aventurar los pocos cuartos que les quedàran; cuando Mr. de Pigeonnac atraviesa la multitud.

—Perdonen ustedes, señores, pero yo vengo à jugar y no á mirar, dijo llegando á la mesa y haciendo un profundo saludo al banquero.

Monvillars le contestò con un leve movimiento de cabeza, despues dirigió una rápida mirada que principiò en Pigeonnac, siguiò por la multitud y concluyó en las cartas que tenia en la mano.

—Mil francos! dijo Pigeonnac sacando un billete de su faltriquera. Los teneis, caballero?

—Todo lo que queráis, contestò Monvillars sin levantar la cabeza.

Despues añadió:

—Nadie pone más?

—Sí, señor... yo, cinco napoleones. Esclamó una voz que salia detrás de los espectadores.

Este era el jòven farmacéutico, que habiendo visto la suerte tan decidida, poco ha, de Pigeonnac, se aventurò al fin, seguro de doblar sus napoleones, que tras ellos se le iba el corazon.

La mano de Georgello atravezó la multitud y puso sobre el verde tapiz, la cantidad dicha.

Mr. de Monvillars empezó la partida, sacò un as para sí y una sota para sus adversarios.

—Una sota! bravo! esclamó Pigeonnac, yo amo las niñas! ellas son las que me dan toda la dicha. Esta dama nos va á dar la ganancia... *Sal gentil muchachuela, que te aguardo, que te aguardo... que te aguardo...*

Pero á pesar de los tres *que te aguardo* de Pigeonnac, el banquero sacò un as y con la mayor calma y tranquilidad alargó su mano y aprocsimó el dinero á su lado.

—Hemos perdido!.. esclamò Pigeonnac dejando de cantar.

—Perdido!!! dijo á su vez Georgello haciendo la mas terrible figura. Pero eso no es posible...

—Pues, hijo mio, es posibilísimo que nuestra plata haya pasado al señor.

—Como! vos perdeis tambien?... vos, caballero?... Y yo que confiaba en vos!.. en vuestra fortuna!.. Debiais antes haberme prevenido que perdiais algunas veces... entonces yo lo hubiera reflexionado...

—Ah! estais gracioso!.. y qué si ahora vamos á tomar la revancha... Dos mil francos, caballero.

Y Mr. de Pigeonnac saca los billetes de banco.

—Doscientos francos sobran ¿los quiere alguno? preguntó con la mayor sangre fria el banquero.

Hubo un momento de silencio.

La mano del jóven farmacéutico apareció otra vez y puso otros cinco napoleones.

—Ann quedan cien francos, volvió à decir Monvillars.

—No me atrevo! murmuró una voz tan apagada, contristada y decaida que apenas parecia ser la del pobre boticario.

Por último, tres damas y una jóven actriz, de los boulevards, pusieron la cantidad que faltaba.

—La partida está hecha, dijo Mr. de Pigeonnac.

Monvillars baraja y saca un caballo para sí, y un cinco para los jugadores.

—Oh! bravo! el cinco!.. buen número!.. número impar, jamás he perdido yo con un impar mientras que las sotas... al fin, mugeres... falsas y engañosas... Oh! no hay que fiarse de ninguna. Yo mejor quiero un cinco que una sota.

—Ahora poco deciais lo contrario, murmuró Georgello.

—Es verdad, amigo, pero estaba equivocado, lo que es ahora estoy convencidísimo. Ya lo vereis.

Todas las miradas estaban fijas en las cartas que Monvillars iba sacando.

—Ganamos, exclamó de repente Pigeonnac haciendo una pirueta.

—Estais equivocado, respondiò el banquero con politica, no es un cinco, es un cuatro.

—Es muy justo, es un cuatro y creí que fuera un cinco... tenia la vista baja...

—Fuego con vuestra vista baja! murmuró el boticario. Chillais, ganamos y... yo lo creo... el corazon me late y... luego salimos con que es una equivocacion.

—Que quereis , amiguito , es tan fácil engañarse! Vos os equivocais tambien mil veces cuando dais extracto de opio por la medor de hipecacuana.. Eso destroza à los niños , es la única diferencia.

Georgello no dijo nada.

Monvillars siguiò tirando y sacò un caballo.

—Otra vez!! gritan de todas partes.

Pigeonnac palidece y dice con menos brio:

—Otra vez!!!

—Otra vez!!!! dice , por su parte , el boticario con una voz tan suave como el vaho del viento , y desesperado atropellando y pisoteando á todos , corre y se tira en un confidente.

—Otra vez! dice y oculta la cara en los cojines.

Madama Mirobelly se queria tragar con los ojos à Monvillars y al dinero que tenia delante.

Isidoro y Felicia siguen como antes , hablando solos de sus amores , y ajenos à quanto en su al rededor pasa.

—Cuatro mil cuatrocientos francos, quien los quiere? preguntó Monvillars.

—Fuego! decia suspirando el boticario, esparranado en el sofá.

Nadie respondía. Un silencio sepulcral reinaba en la sala.

Pigeonnac saca cuatro billetes y dice:

—Vamos andando. Juguémos. Y qué, Mr. Georgello (este sacó tanta gaita) no quiere jugar nada?

—Fuego! dijo el boticario y se volvió à enterrar en los cojines.

—Me parece que tiene razon, murmurò Mr. de Formentieres con una equívoca sonrisa.

—Pues entonces, caballero, los dos solos.

Monvillars inclina la cabeza. Pigeonnac está tan callado como en misa. La multitud guarda un silencio solemne.

—Lansquenet! esclama el banquero con una alegría inesplicable.

En efecto, acababa de sacar dos cartas iguales.

—Un momento, caballero, un momento! el juego no està en regla... la segunda vez sacasteis dos cartas en lugar de una... Todos lo han visto.

No habia duda, el banquero tenia dos cartas á la derecha y una sola á la izquierda. Un ligero murmullo se cruzò entre los espectadores.

—En efecto, dijo Monvillars con arrogancia, ha sido una casualidad que le puede a-

contecer á cualquiera , pero , ya veis , de todos modos gano yo. La carta mia es un diez, alzád la que está encima y vereis como la que está debajo es tambien un diez. Por cualquier parte que tomeis el asunto gano yo.

Todo el mundo callaba.

—Pero á lo menos lo creo dudoso , exclamò Pigeonnac con una leve sonrisa.

—No tiene nada de dudoso por cierto , dijo Monvillars con voz seca y dura , y nadie mejor que vos lo sabe.

—Pero como media ya esa distraccion por parte vuestra , dijo Mr. de Formentieres, me parece que debe ser nulo.

Monvillars lanzò una ràpida ojeada al señor de las condecoraciones.

—Sea , dijo con indecible calma ; volvamos á empezar.

Todos se acercan aun mas à la mesa y una viva ansiedad se pinta en todos los semblantes. Pigeonnac no quita ojo de la mano del banquero. Este baraja las cartas y vuelve à sacar lansquenet.

Un grito resonó en el salon.

—Ahora creo que no me he equivocado dijo Monvillars , metiéndose los billetes en el bolsillo.

—Pardiez! ahora no , ha estado en regla,

No hay duda , amigo , que sois un maestro... me doy por vencido.

Pigeonnac , como buen jugador , estaba hecho à perder lo mismo que à ganar. Levantòse de la mesa sin la menor inquietud y se alejò diciendo:

—Media vuelta à la derecha , paso redoblado , marchen , ran , tan , tan...

Todos fueron haciendo lo mismo dejando al banquero con sus ganancias.

Mr. de Monvillars , viendo que la partida estaba terminada y que no habia nadie que dijese *envio* , cojiò todo el oro y se retirò à una pieza vecina.

Isidoro y Felicia hacia tiempo que se habian marchado.

El jóven boticario permanecia aun embutido en los cojines del sofà , dando profundos suspiros y metiéndose de vez en cuando la mano en el bolsillo en busca de sus perdidos napoleones.

—Nada! decia, volaron... Los... los... he... perdido... ya no volveràn mas... ya no los estrecharé mas contra mis calzones... ay!... ay! y ay! ay!

Mr. Bouchonnier sonriò al ver marchar à su primito con Felicia y no tenia por cierto ganas de irse , sino de bailar otro wals ; pero

todas las jóvenes, excepto madama Mazzepa, le huían el cuerpo.

Leonis hacia todo lo posible por atraerse las miradas de Mr. de Monvillars, pero hacia tiempo que Mirobelly y la alta Tintin hacían lo mismo.

Mr. de Formentieres arrimò sillas y armó una especie de tertulia.

—Eh! Mr. de Volandille, dijo dirijiéndose á un viejo rechoncho que estaba en una poltrona; no sabeis lo que hay.

—Qué hay? Veamos.

—Conoceis al mayor Giroval?

—El mayor Giroval... que tiene una mujer jòven... guapa... hechicera... Sí, sí, ya caigo... ah! buena chica, si ella hubiera querido...

—Pues, señor, parece que ha querido.

—Còmo!

—Sí, parece que se ha huido de su esposo con un tal Mr. de Fridzberg.

—Hombre, es posible?

—Posibilísimo.

—Cuántas muecas y lamentos hará el tal mayor... Pues, hombre, me alegro, en castigo de que no me la quiso fiar una noche para un baile. Y quien es ese Fridzberg que la ha robado?

—Un jóven extranjero , aunque no se sabe de fijo.

Diciendo estas palabras Mr. de Formen-  
tieres dirijió una ojeada por el salon.

Mr. de Monvillars habia ya desaparecido.



7.

***La muger del Mayor.***

**E**N la calle de Grange-aux-Belles, en un gabinetito de una casa de cinco pisos, se hallaba una muger despierta aun, sin embargo de ser ya las dos de la madrugada.

Esta muger era jóven y hermosa y de unas maneras distinguidas y elegantes. Una ancha bata de muselina, tan blanca como la nieve, cubria su torneado cuerpo. Su cabeza descubierta y su cabello largo y suave, caia al tra-

vés de su blanca espalda , rodeando su cuello con sus doradas hebras.

Sin ser demasiado hermosa , era bastante interesante ; sobre todo , sus ojos eran divinos y su mirada lánguida y amorosa , conmovia al mas helado corazon. Su palidez la hacia parecer mas divina , y todo su fisico manifestaba una constitucion delicada y sensible.

Esta señora era Valeria Duborget , esposa , como sabemos , del mayor Giroval.

La pieza que ocupaba estaba amueblada decentemente , y à su derecha observàrse un blando lecho. Una lãmpara de alabastro , cubierta con su bomba de cristal de roca , esparcia en el aposento una luz dulce y misteriosa.

Valeria tenia en su mano un libro , mas no lo leia por cierto. Una inquietud escesiva se marcãra en todas sus facciones. A cada instante dirijièranse sus ojos con avidez al reloj de sobre mesa. Levàntase , dà dos vueltas por el aposento y vuelve à sentarse ; trata de continuar leyendo , mas no puede ; el menor ruido que en la calle suena la conmueve y sobresalta. El ruido que se oyera de un coche , hacia que sonriera y que una dulce satisfaccion se pintara en su semblante ; mas despues que este pasara y que sus ecos se perdieran

en lontananza , volvia la hermosa jóven á su antiguo estado de languidez.

Las dos sonaron en el reloj.

—Las dos! murmuró , y aun no ha parecido!.. Qué le habrá sucedido!.. Habrá encontrado á mi esposo!.. Pero por qué no abandonar á París para siempre? Por qué mantenernos en una ciudad , en la cual á cada momento nos pueden acontecer mil peligros?.. Oh! debíamos huir à Inglaterra , á Suecia ò á Italia... Oh! que hermoso es el viajar... la celeridad de una silla de posta... el pararse donde una quiere... ver las ciudades que una no conoce... oh! eso debe ser sublime. Sí , eso me ha prometido él , y sin embargo , hace tres dias que no parece... Aquí encerrada... sin poder una asomarse á la ventana por temor de ser conocida. Y él me decia que debiendo el mayor hacernos muy lejos de París , seria muy triste el cometer cualquiera indiscrecion... Pero al fin partiremos... ese es mi deseo... oh! vivir con lujo... llevar una vida de molicie y amor... eso es una idea endiablada-mente consoladora... Tal vez los negocios... mas , por ventura , estos negocios son eternos... Ah! Arnold , Arnold... por Dios , que ya me impaciento... Es verdad que el mayor era celoso en extremo... ni aun me permitia

mirar à nadie , pero al fin... no me encerraba en un cuarto... ni me tenia dias enteros en esta terrible ansiedad... Oh! no hay duda que si el mayor me encontrase... me mataba y...

La jòven , creyendo oir un pequeño ruido , suspendiò su monòlogo. Vuelve la cabeza à todos lados y le parece ver á su marido que la coje por el cabello y con un puñal la amenaza herir... un temblor convulsivo la contrae... palidece como la misma muerte , y oculta el rostro entre sus manos.

Poco á poco vuelve la calma á su pecho, el temblor es menos violento, emjúgase la frente con su pañuelo y dice mas tranquila:

—No... no. Es imposible el que penetre aquí... Yo estoy loca... deliro... pero tengo miedo. Oh! Arnold , cuando vendràs?.. quiero partir cuanto antes... Mientras permanezca en París no tendré un momento de reposo... Ah! si me amas tanto , por qué me abandonas?.. Ademàs , me fastidio en esta pieza: siempre sola!.. como prisionera!.. mejor hubiera sido no abandonar á mi marido.

Estas reflexiones lanzadas à sí misma, como desahogo de su abrasadora frente , nos patentizan el carácter íntimo de la jòven Valeria. Por ellas vemos que el sentimiento que la dominara es el de vivir libre... el gozar...

el llevar una vida molicie y voluptuosa y un secreto egoismo de todo cuanto pudiera lisonjear sus sentimientos. Claramente se ve que el amor verdadero, el afecto entrañable que nos hace amar al objeto por sí solo... por cuanto es y que por su consecuencia abandonamos riquezas y placeres, no era por cierto el que dominara á Valeria al abandonar á su esposo.

Tal vez si leyésemos en su interior nos convenceríamos de nuestra equivocacion, por que el verdadero amor es digno de mil excusas: no hay duda que una pasion nos ciega, nos adormece la razon y no nos deja el valor necesario para saber mantener la virtud y el deber antes que ella. Pero ser criminal... abandonar sus deberes tan solo por el placer, por el lujo y la molicie... Es verdad que ningunas otras causas se manifiestan las mas veces y casi siempre una ilusion, engañosa es la que nos seduce, parecièndonos ser un verdadero sentimiento de amor.

El ruido de un cabriolè que se parara á la puerta de la casa, cambiara de nuevo la tristeza habitual de la jóven, en radiante alegría.

—Ya está ahí! exclamò Valeria con una satisfaccion indefinible, y corre á abrir la mampara que cerrara su gabinete.

Pocos momentos despues entró Monvillars. No te espantes, amado lector, el deseado Arnold era Mr. de Monvillars en cuerpo y alma, el mismo que hemos visto, poco hà, en la tertulia de madama Mirobelly.

El suspirado doncel entró, cerrò tras sí la puerta y cojiendo, con el mayor agrado, una mano de la jóven, estampò en ella un ardiente beso, despues la estrecha mil veces contra su pecho y... la contempla estasiadamente. No se harta de mirarla.

—A buena hora, señor mio, le dijo Valeria desenlazándose de sus brazos y mostrando un semblante sumamente adusto. Mirad el reloj.

—Sí, sí, querida mia, es demasiado tarde... pero por qué no os habeis acostado?.. Durmiendo pasan las horas sin sentir.

—Sí, es verdad, durmiendo... pero cuando el sobresalto... el temor... el terror... lo impiden...

—Y qué cosa puede motivarlo?.. este barrio està muy lejos del que habitàrais... nadie os conoce en la casa... Yo he dejado mi nombre de Fridzberg por el de Monvillars para eludir mas las pesquisas... No lo dudeis, hermosa mia, nos hacen muy lejos de París!.. Yo apostaria cualquier cosa á que andan por

esos caminos registrando hasta la más oculta guarida...

—Sí, así será; mas os vuelvo à decir, señor mio, que no quiero ni me da gana el estar mas tiempo encerrada. Vaya una existencia agradable!.. no poder asomarse siquiera á la ventana... morirse de fastidio!.. En verdad, Arnold, que no veo esa vida de placeres y de gozos que me prometiais con los mas vivos coloridos?... Oh! me dais á sospechar que sois un falso y... temo mucho de vuestras palabras.

—Calmaos, hechizo mio: respondió Monvillars sentándose junto à Valeria y pasando sus brazos al rededor de su esbelta cintura. Calmaos, mi vida; estos dias de encierro eran indispensables... únicos tambien; sí, ángel mio, era necesario evitar todos los encuentros que pudieran sernos funestos. Pero ya ese temor pasó y llegò, por fin, la hora de partir.

—Oh! que felicidad! con que ya han terminado todos vuestros negocios?

—Sí.

—Entonces... partiremos mañana?

—Sí... mañana tomaré una silla de posta y al medio dia...

—Por qué tan tarde?

—Por prudencia... tu marido no está en

París, lo sé, pero hay otras mil personas que te conocen y...

—Bien, partiremos cuando tu quieras, pero te advierto que de no ser así, suceda lo que sucediere salgo á paseo, al teatro, á todas las diversiones y... no estoy aquí mas tiempo.

—Y si yo estoy á tu lado?.. sí, siempre en mis brazos?..

La dama de los ojos bellos movió con descontento la cabeza.

—No... tampoco. He oido decir que estando siempre juntos, se concluye el amor muy pronto y... no quiero probar el vuestro hasta ese extremo.

—Oh! mi amor es grande... inmenso, por que no es de aquellos que el fastidio puede debilitarlo. Os amo tanto, Valeria, que sola vos ocupais todo mi pensamiento... vuestra imágen me sigue por do quier... de tal modo que con vos sola pasaria yo mis dias en la mas completa felicidad... Ah! Valeria!.. no me amais tanto como yo os amo?

Valeria, al escuchar esta observacion, desvió algun tanto á Monvillars y su semblante se contrajo de cierto modo.

—Perfectamente, caballero, exclamó, solamente eso faltaba que dijèis ahora, que yo

no os amo... vive Dios! que estais chistoso!.. cuando por vos he abandonado á mi marido... he desafiado toda su cólera... he perdido mi posicion en el mundo... he llegado al número de las mugeres perdidas y deshonoradas... todo por vos, caballero... por vos que me dejais aquí sola, que pasais el tiempo... no se donde... que venis á media noche... A donde vais, sin mí? Ah! y teneis valor de reprocharme, bien lo merezco.

Monvillars se hincò de rodillas, cojiò sus manos y las besò con frenesí.

—Perdoname, Valeria, perdoname, àngel de mi vida, sí, lo conozco, soy un-insensato... pero ah! mi amor me hace delirar... la pasion que me has inspirado es tan fuerte que, por obtenerla, cometeria mil locuras... Tú, es verdad, me has sacrificado tu honor; mas crees, por ventura, que yo no he hecho tambien mi sacrificio?... Crees acaso que no he tenido mil obstáculos que vencer?... Mas era necesario, indispensable, el que te poseyese y cuando existe un amor como el mio, todo se vence. Ah! sí, me amas... eres mia... mil pruebas me has dado de ello... y yo debia en este momento hacerte dichosa, procurarte mil placeres propios de tu edad, y de los cuales hace tiempo estas privada. Yo debia embellecer tu

existencia, prevenir tus gustos, y satisfacer tus caprichos. Mas, no lo dudes, ídolo mio, todo esto lo haré yo por tí... porque te amo...

Valeria tendió su blanca mano à su amante en señal de reconciliacion, hizolo sentar à su lado y que apoyase su cabeza sobre sus rodillas. Mas en medio de esto, la hermosa jóven, no habia perdido una sílaba de cuanto le habia dicho. Pasados pocos instantes Valeria cojió los ensortijados cabellos de su Adonis y empezó à jugar con ellos.

—Amigo mio, que sacrificio es ese que tanto me hablais de él?... Mil veces me habeis repetido que sois rico en extremo, un jóven libre, noble y por consecuencia, dueño de sus acciones. Es verdad que ha sido necesario mudar el nombre, de familia, por uno supuesto, pero esto es por poco tiempo. Cuando estemos bien lejos de París podeis recobrar el verdadero.

Monvillars pareció algun tanto desconsertado, no creía que su amable Dulcinea pusiera tanta atencion en sus palabras, que tuviese luego que explicarselas. Hubo un momento de silencio al cabo del cual le contestò:

—Querida amiga... cuando te hablaba de sacrificio, tal vez me explicaria mal. Por ejemplo... yo soy rico en extremo... mas no lo ten-

go todo realizado... Antes de marchar , es indispensable llevar lo necesario... para todo cuanto acontezca... Pues bien , ya ves que para lograr esto es indispensable entrar por todas las condiciones que os presenten esos malditos judíos... esos pícaros usureros... Esto es lo que yo queria decirte... mas no creia que pusieras tanta atencion en ello. El mas real sacrificio que yo te halla hecho es , el de mi libertad. Antes me gustaba la variacion... no hacia mas que multiplicar mis conquistas y me burlaba de los que eran consecuentes cual yo ahora, tu me has cambiado enteramente. Yo te amo... te soy fiel... quiero serlo siempre... Te parece poco prodigioso?... Quiero ser toda mi vida tu esclavo... y esto me hace feliz , pues serè el hombre mas dichoso llevando tu cadena.

Muy satisfecha pareció quedar Valeria de la esplicacion de su adorado.

Las tres sonaron un instante despues.

—Sí , mañana partirèmos , dijo Monvillars à su querida, mas ahora necesitamos de reposo.

Los divinos ojos de la jóven se fijaron en los radiantes de Monvillars.

—Arnold!

—Valeria!

8.

***Encuentros fatales.***

Son muy cerca de las diez de la mañana. Monvillars dirige la vista al reloj y parece contrariado por haberse despertado tan tarde; levántase, con precausion por no despertar á Valeria, y salta fuera de la cama.

La jóven dormia aun muellemente tendida sobre el lecho: tenia la cabeza sobre su torneado brazo y su cabello ondulaba sobre su pecho descubierta. Era tan dulce su sueño, su respiracion tan pausada, que era necesario

aproximarse mucho para sentir su aromático aliento.

Monvillars enagenado la contemplò algunos momentos, despues se apartò del lecho de aquella encantadora Vénus.

—Ah! y me pregunta que sacrificio es el que yo he hecho?... no, jamàs lo sabrás... Sí, queria poseerte... mi pasion me ha cegado... Yo he hecho que abandones al petate de tu esposo y... me faltaba lo mas esencial, lo indispensable... para todo. El ídolo del género humano, ante el cual, los grandes y pequeños doblan la rodilla... este es EL DINERO... Robar á una muger sin tener un cuarto!.. Ah! que harè yo con ella despues que la he prometido una vida de delicias y placeres?... Necesito dinero... Y cómo adquirirlo?... Dirigirme à mi padre... no, no está bien. Debe estar muy alcanzado, yo se perfectamente sus proporciones, y no es cosa de molestarlo... la otra vez le pesqué cuatro mil francos... no, no debo hacerlo: así como así, hace infinidad de tiempo que ni yo se de él, ni él de mí. Nada, cortemos todas las relaciones que puedan ecsistir entre Arnold de Monvillars y Constancio Martinot.. Constancio Martinot!!! ha muerto... ha desaparecido... no se sabe de él... Es un personaje que la Borgoña no volverà á ver mas..

Oh! buen cuidado tendré yo en no pasar por ese país. Casualmente la divina providencia me presentó uno de esos hombres que han venido á este mundo para que los petardeen. Mr. Fortincour! tus doce mil francos me han venido de perilla!.. Sí, en efecto; pero esto no era nada; era necesario buscar mas, y como en París todo es caro, hasta el ser tunante, resulta que al poco tiempo de estudio salgo yo un hábil jugador. Ya se me hacia tarde el que no se presentara ocasion de lucir yo *mi habilidad*... cuando ayer mismo, ese chorlito de Mr. Courtinet, que no me conoce sino de visita, me propone el presentarme en casa de la señora Mirobelly; yo se que allí se juega terriblemente; acepto con mil amores y... la fortuna escede á mis deseos.

Diciendo estas palabras, Monvillars fué á un cajoncito y sacó de él una bolsa que habia puesto la víspera antes de meterse en la cama. Sacó de ella una infinidad de monedas y billetes de banco y los puso sobre la mesa. Sus ojos resplandecieron de alegría.

—Veinte... (murmuraba) veinte y cinco... veinte y nueve... mil... quinientos francos... esta es mi ganancia de ayer... Ah! sublime!.. Veinte y nueve mil quinientos francos, además de los doce mil de Fortincourt!.. Soy un

capitalista. Ahora puedo viajar como un príncipe y presentarme como un gran señor ante la turba inmensa que dobla ante el oro su serviz y que no se atreve á juzgar á un hombre tunante, con tal que vaya en coche. En gastando este dinero ya se el modo de reemplazarlo. Voy á Nápoles, á Viena, á Berlin, á Lóndres... armo el tango, en todas partes se juega: los hombres nacen jugadores y... lo malo es que encuentre alguno mas fino que yo y... ya, en ese caso nos prevendremos.

Un leve ruido se sintió en el lecho, lo cual indicara que Valeria se habia despertado. Monvillars recojió el dinero con la mayor prontitud.

—Qué hora es? preguntó Valeria esperándose.

—Bien tarde, chica, casi cerca de las once. Ya hace tiempo que yo me debia haber ido á tomar la silla de posta y... me he entretenido sin saber en qué, pero ahora repararé el tiempo perdido.

—Qué, no os desayunais conmigo?

—No, mi vida, yo lo haré al paso en cualquier café.

—Conque hoy nos vamos?

—Quien lo duda!.. Has tus preparativos... Luego me diras á donde quieres ir. Yo á cual-

quier parte que vaya , yendo contigo , estoy contento.

—Ah! estais encantador , Arnold... cuando hablais de ese modo, osodoro... Bien, procuraré que cuando volvais estè ya todo listo para la marcha.

—Y no hay nada que comprar para el camino?... Veamos... pensalo bien...

—No quiero nada... estamos en verano y no hay que temer al frio... Ah! sí , un velo de tul de ilusion para hechàrmelo à la cara al bajar del coche... á fin de no ser conocida por los curiosos.

—Hay mas?

—Sí , un tarro de agua de Colonia... ya se gastò la que habia.

—Vamos , otra cosa.

—Ya no hay nada... Ah! sí , un neceser de camino que contiene solamente un espejo, peines , esencias , polvos de dientes , cepillos, pomada y jabon de olor.

—Y no habrá un beso para mì?

—Sí , vida mia.

Y los dos amantes se dieron un retumbante beso.

Desde que ha atrapado doce mil francos à su amigo Fortineourt y le ha robado la mujer al mayor Giroval , tiene Monvillars la cos-

tumbre de no salir de día sino en un coche cerrado, precaución muy justa, para evitar encuentros peligrosos.

Pero esta vez no tubo mas remedio que montar en un omnibus y dirigirse á casa de un maestro de coches, cuyas señas le habian dado, previniéndole que los tenia muy buenos y cómodos.

Llega por fin. El maestro habia salido mas un muchacho del taller se encargó de enseñarle los efectos. Entre todos los que allí hubiera, lo que mas gustò á Monvillars, fuè una pequeña berlina de viaje perfectamente concluida.

—Muchacho, esta berlina está en estado de poder caminar con ella?

—Sí, señor.

—Pero estará fuerte... ó tendrèmos jaleo por el camino?

—No, señor, las ruedas son escelentes y los ejes nuevos. Con ella se puede ir hasta el fin del mundo.

—Muy bueno, eso es lo que yo desseo. Y cuanto vale?

—Eso Mr. Bremont es el que lo sabe.

—Donde diablos está ese Mr. Bremont... porque yo tengo prisa y quiero marchar hoy mismo.

—Ay señor! eso es bien fácil. Mr. Bremont

sale todos los dias à sus negocios , pero sin falta alguna se desayuna , á estas horas , en Palais-Royal , en el café de la Rotonda , si lo quiere usted ver ahora de fijo lo coje allí.

—En el café de la Rotonda... demonio!.. pero no viene aquí cuando acaba de almorzar?

—Es muy rara la vez. Cuando tiene muchos negocios no viene en todo el dia.

Monvillars reflexionó. Se pregunta si debe ir ò no á Palais-Royal en medio del dia; y casi lo determina el deseo de comprar la berlina. Le habian asegurado que el mayor Giroval no estaba en Paris ; por lo que hace à Mr. Fortincourt , como que sabe á fondo sus hábitos y costumbres , estaba seguro de no encontrarlo. Levantarse Fortincourt tan temprano! habiarse y salir nada mas que para andar de bureo? Era imposible. Fortincourt era la pereza personificada.

—Valor! se dice Monvillars. Yo he leído en cierta parte que , un exceso de temeridad vale , las mas veces , tanto como uno de prudencia... Esta máesima me agrada. Además, mi bolsa està repleta y esto me hace tener valor. Ea! cese el miedo , á Palais-Royal y venga lo que venga... Mas tarde compraré á Valeria sus encargos.

Y diciendo estas palabras vuelve à subir

al omnibus parando de nuevo en la esquina del teatro Frances: allí le dice al mayoral lo aguarde y él entra en Palais-Royal, con la seguridad de un hombre totalmente desconocido en Paris.

Dirijese al café de la Rotonda y le pregunta á uno de los mozos donde está Mr. Bremont, y este le indica en un estremó un caballero tomando chocolate.

Monvillars se acerca y le manifiesta su objeto. El maestro de coches, que es un perillan solemne, lo mira con atencion y le dice:

—Ya que os habeis molestado en venir á verme, no es justo que lo hagais en valde. Quiero por la berlina mil doscientos francos... casi nada... lograis una chiripa, pues vale triple mas, y cuando esteis cansado de ella y la querais vender, os daràn lo mismo y ganais sin duda.

—Yo pienso sacar doble por ella, interrumpió Monvillars sonriendo.

—No lo extraño.

—Pues, señor, negocio concluido. Aquí teneis los mil doscientos francos.

Mr. Bremont se quedó admirado de la generosidad del comprador y con una alegría, poco disimulada, se metió en el bolsillo el billete de mil francos y las monedas de oro que

Monvillars le diera. El negocio se terminó sin necesidad de exigir recibo. Regla general: no hay como los tunantes para dar mas pruebas de confianza.

—Entretanto, caballero, podriais hacerme un pequeño obsequio? preguntole Monvillars.

—Hablad, caballero, todo cuanto queerais, yo tendré mucho gusto en servir á una persona que ha hecho de mí tanta confianza.

—Pues bien, vais á buscar los caballos de posta... tres son suficientes con el postillon, y lo mas pronto posible estais con ellos en la calle de Grange-aux-Belles ¿comprendeis?

—Sí, señor, eso es muy fácil y para probaros que me desvivo por obedeceros, ni aun quiero concluir de tomar el chocolate y voy á ejecutarlo sobre la marcha...

—Hombre no; concluya usted... sí...

El hombre de la berlina habia desaparecido. Monvillars, muy satisfecho de haber concluido sus negocios, pidió de almorzar y tragó y bebió como un eliogábalo. Despues sale del café y se dirige al ómnibus con la mayor precaucion.

Hacia un dia soberbio y el jardin de Palais-Royal estaba sumamente concurrido. Monvillars anda mas ligero que un gamo, te-

miendo cometer una imprudencia, al ver tanto gentío y en medio de sus acelerados pasos mide con la vista el espacio que aun le queda que atravesar.

De repente se queda parado... le tiemblan las piernas ; valgate Dios! acaba de ver á treinta pasos de distancia á Mr. Fortincourt ; y á la derecha dos caballeros que habia visto la noche anterior en casa de la Mirobelly, vuelve la cara à la izquierda á ver si hay alguna escapadilla y vé à dos gendarmes que se pasean muy tranquilos.

Lo que es Fortincourt no le queda la menor duda que lo ha conocido al ver la emocion tan violenta que este ha hecho ¿y cómo evitar este malhadado encuentro?.. Huir? No era prudente en medio del dia y con tanta gente... à mas de esto , Fortincourt podia gritar y los dos gendarmes que estaban allí, que ni á pedir de boca , podian echarle el guante.

Todas estas reflexiones han surcado por la mente de Monvillars con mas celeridad que una chispa eléctrica. Conoce , que para evitar otras cosas peores , no le queda mas que un partido. Asi es que en vez de huir de Fortincourt , corre hácia él ; llega , cójele la mano con efusion y como un hombre encantado del encuentro esclama:

—Ah! gracias á Dios , amigo mio! Cuanto me alegro de haberos encontrado! ahora mismo iba à vuestra casa... Ya debiais echarme menos , al cabo de ocho dias...

—Ocho dias!.. dijo Fortincourt comiéndose con los ojos à Monvillars y sin poder reprimir la cólera: ocho dias!.. estais equivocado son catorce con hoy.

—Catorce!!.. hombre , es posible!.. Ya! el tiempo pasa tan breve!.. Pero si supieseis cuantas cosas me han pasado en ese tiempo!.. Pero es igual , siempre soy yo el culpable... Os pido doce mil francos por veinte y cuatro horas y... no parezco en catorce dias!.. Ab! esto es alarmante. Pero apuesto á que vos ni pensabais en ello siquiera... Ay Dios mio , hace tanto tiempo que los llevo en mi bolsa!.. permitidme que os los vuelva.

Y diciendo estas palabras Monvillars sacò su bolsa y le entregò á Fortincourt sus doce mil francos.

—Tomad , caballero , vuestro dinero y de nuevo os pido mil perdones por la tardanza... Pero que quereis?.. una intriga de amor... muy complicada... Oh! siempre las mugeres... ah! picaruelas, nos van á hacer perder la chabeta... Sino , nadie mejor que vos puede decir las locuras que nos hacen cometer.

Durante la primera parte del discurso de Monvillars, Fortincourt estaba indeciso que debia hacer y mientras que su amigo le estrechaba la mano, él se la apretaba tambien con la sana intencion de que no se le escapara. Mas luego que Monvillars ha sacado su bolsa y Fortincourt tiene sus muy suspirados francos en el bolsillo, ah! entonces desaparecen todas las sospechas: vuelve la confianza y... aun hay sus lagrimitas.

—Ah! Santa-Lucia!.. mi querido amigo!.. bien seguro estaba yo de que erais un muchacho completo... Mas como os habeis afeitado completamente!.. Ah! gallardo jóven!.. yo soy el culpable... pues llegué á desconfiar.

—Nada mas justo: que tiene eso de particular? al cabo de catorce dias!.. sin saber de mí... yo podia ser un tunante...

—Oh! no.

—Sí, señor, sí; podia serlo; hay tantos en Paris!

—Muy cierto, los hay: pero esas gentes no tienen vuestras maneras, vuestra elegancia, ni vuestro tono. Yo estaba convencidísimo de que no me engañabais; pero me teniais con cuidado... Yo decia ¿què le habrá sucedido? habrá quebrado? estará malo? Fui á vuestra casa, preguntè...

—Preguntásteis por Mr. de Santa-Lucía?

—Sin duda.

—Mal hecho: he cambiado de nombre... por esa intriga amorosa... por esa muger que tiene su marido... y si este me pesca me mata.

—Diablo! pero debiais habermelo dicho... como habia yo de adivinarlo?... imposible. Asi es que he ido à preguntar por vos, al gefe de seguridad pública...

Monvillars arrugò el entrecejo.

—Qué decís? habeis ido á preguntar por mí á la prefectura de policia? Es decir, que me habeis delatado...

—No, amigo mio, nada de eso. Yo conté el asunto tal como habia pasado. Yo dije «Mi amigo Santa-Lucía ha desaparecido, temo que le haya sucedido alguna desgracia y... quisiera saber de él. He aquí todo.

—Os agradezco infinito el interés que por mí os habeis tomado, respondió Monvillars con ironía: pero no disimuleis, amiguito, os creis-teis robado y...

—Robado!!!.. que disparate, nada de eso. Aquí me teneis en cuerpo y alma, disponed de mí... Quereis otra vez los doce mil francos?

—Gracias... por ahora creo no tendré necesidad de poner à prueba vuestra amistad.

—Además, si quereis, irá mañana... aho-

ra mismo á la policia y declararè vuestra generosa conducta y diré que sois el hombre mas de bien de Francia y de Navarra.

—No ; gracias. Pienso dejar á París muy pronto.

—Conque tenemos intrigas de amor?... alguna jòven divina... que habeis seducido?

—No ; que he robado.

—Càscaras! Y tiene su marido?

—Un viejo militar.

—Pues , querido , ya tiene pelos el asunto.

Monvillars en este momento cambiaba un saludo con Isidoro Marcelay que estaba paseándose con Georgello el jòven farmacéutico. Isidoro habia reconocido al adversario de la víspera ; mas no por esto le conservarè el menor rencor y se disponia à hablarle cuando el boticario lo retuvo por el brazo.

—Vas à hablar con ese caballero?

—Que tiene de estraño?... Es una política, saludar una persona con la cual se ha estado en reunion.

—Reunion!.. Cuan lelo eres! cuando yo pierdo mi dinero no me junto con quien lo gano ; y cada vez que pienso en mis diez napoleones!..

—Y para que los jugastes?

—Ya!.. confiaba en ese diablo Pigeonnac,

que tiene un fortunon decidido... pero ese señor que está con Mr. Fortincour (uno de mis clientes) ganaba siempre... cosa muy sospechosa...

—Malaya tu desconfianza. No puede nadie ganar por su fortuna, sin que ya lo creas que es por malicia. Sabes que tales ideas son chistosas?.. Yo ganaba en un principio y si hubiera continuado, tambien dirias que era un truan.

—No por cierto. Tu modo de jugar era muy limpio; pero ese hombre armaba una ensalada con las cartas... siempre juegos dudosos!.. Creeme, Isidoro, no te juntes jamás con persona que no conoces sus principios...

—Siempre el mismo!.. sospechoso y desconfiado.

—Y tu siempre el mismo, confiado y del primero que llega.

Durante este diálogo de los dos jóvenes, Fortincour saludó á Mr. Georguello y le preguntó à Monvillars:

—Ab! conoceis á esos caballeros?

—Muy poco... de haberlos visto en una tertulia una sola vez.

—El mas bajo de los dos es mi boticario. Un muchacho habilisimo. Ha inventado unas pildoras para abrir el apetito, sublimes. Se to-

ma una al acostarse sin cenar ; otra al levantarse y no se almuerza ; otra á eso de las once y en llegando la hora de comer tiene uno unas ganas terribles.

—Ya lo creo! murmurò Monvillars , como de estar en ayuna veinte y cuatro horas.

—De que estàbamos hablando?.. no me acuerdo ; sí , ya. Y es esa jóven muy hermosa?.. Pero , amigo mio , qué teneis? palideceis! temblais! Llamarè á mi boticario para que os diga...

En efecto , Monvillars se puso lívido , como un cadáver , pero la causa era muy justa. Habia visto , en una alameda contigua , á un hombre que lo hacia muy lejos de Paris. Al mayor Giroval que , mùstio y cabizbajo , paseábase sumido en una melancolia profunda.

Sin responder á Fortincourt , echa una carrera y sin dar tiempo á que el mayor lo notara , en dos zancajadas , lanzase fuera de Palais-Royal , dejando á su flemático amigo admirado de aquel arranque tan intempestivo.

Monvillars llega al òmnibus echando los bofes , monta en él y parte para su casa maldiciendo su desventurada idea de atravesar el jardin de Palais-Royal , que bastante caro le habia costado ; pues habia tenido que pagar á Fortincourt el dinero que le habia rapiñado y

por poco lo pesca el mayor Giroval y entonces sí que es ella.

Todo contraído entrò Monvillars en su casa: tal impresion le causara el marido de Valeria.

—Estás lista?

—Sí, amigo mio, cuando querais podemos irnos.

—Aquí tienes cuanto me encargastes, le dijo sacando el velo, el tarro de agua de Colonia y el neceser.

—Gracias, hermoso mio. Pero, qué tenéis?.. os ha sucedido algo?.. habeis encontrado á alguien?

—Sí, á tu marido.

—Mi marido!! y en donde?

—En Palais-Royal.

—En Palais-Royal!! y os ha conocido?

—No, estoy seguro. Me deslicé como una sombra.

—Y á qué vino esa idea de ir, en medio del dia, á Palais-Royal?

—Era indispensable, el dueño de la berlina almorzaba en el café de la Rotonda y era necesario despachar cuanto antes el negocio... No puede tardar, ya debia estar aquí.

—Mi marido en Paris... y estais persuadido que nos busca?.. Ah! ya debiamos ha-

bernos ido tiempo há... Yo tiemblo... quisiera estar muy lejos de aquí.

—Por Dios, Valeria: calmate, te lo repito, el mayor no me ha conocido... y dentro de poco estaremos bien lejos.

—Si, pero esa berlina no llega. No daríais bien las señas...

—Pardiez! con que está ya pagada! sino que la estarán aviando... algunos visos ú otras...

—Oh! qué fastidio!

—No son mas que las dos y media... no tardará en llegar.

—Pues me asomaré á la ventana para ver cuando llega.

—Muger, parece que te inspira el mismo demonio. Eso es, asomate y que te vean, y nos divertiremos completamente... Què imprudencia!

—Ah! sí, es verdad... Siempre temores... el no ser descubiertos... Oh! qué vida!!

—Valeria, tan mala es? Estás arrepentida, quizá, de haberme seguido?

—No, nada de eso; pero mientras esté en Peris no descanso.

—Pues ve pegando el velo al sombrero, para que conforme llegue la berlina, no haya que perder un momento.

—Sí, es verdad.

Mientras que Valeria se ocupaba en pegar el velo, Monvillars se puso á contar sus fondos.

—Doce mil francos menos, murmuraba, es cosa bastante triste: afortunadamente ganè ayer bastante, y por ahora no necesito nada. Además, quien sabe, mañana ò otro dia puedo volver á Paris y serme muy oportuna la fama de probidad que Fortincourt me dará por ahí.

Una hora habia pasado ya y la berlina no parecia; los dos amantes experimentaban una viva impaciencia, aumentándose esta por lo peligroso de su situacion.

De repente llaman á la puerta, Valeria tiembla como una azogada y Monvillars corre á una ventana à ver si era la berlina.

—No ábras, dicele Valeria asustada.

—Y por què? puede ser algun dependiente de la berlina à avisar alguna ocurrencia.

Diciendo esto corre y abre la puerta. Dos hombres estaban en la mesetilla de la escalera. Monvillars los ha reconocido al momento. El uno es su padre, el otro su hermano.

Se queda un momento como petrificado y no sabe que hacer.

. . . . .

Os acordaréis, amado lector, de que el padre Martinot y su hijo Joaquinoto, no encontrando á Constancio, fueron á la prefectura de policía y le preguntaron al gefe de seguridad pública por su paradero.

Pues bien, á la segunda visita les dijo el comisario:

—Vuestro hijo probablemente ha cambiado de nombre... Pero creo que he dado con él... Y tengo cosas muy desagradables que comunicaros... Hay una cantidad de dinero robada... luego una muger tambien robada... y las señas que dan, tanto del ladron como del raptor, son análogas á las que disteis de vuestro hijo Constancio.

—Caballero, no puede ser así... nada de eso tiene que ver con mi hijo... tal vez, es jòven y una pasion!.. pero robar el dinero... oh! no, no señor; conozco muy bien la sangre que corre por mis venas, para creer á mi hijo autor de una accion tan vil. Oh! si fuera así, moriria de vergüenza.

—No, señor, dijo, por su parte, Joaquinoto, nada de eso tiene que ver con mi hermano.

El gefe de policía reflexionó un poco y en seguida añadió:

—Pues, bien, volved dentro de dos dias

y veremos lo que he adelantado.

El anciano Martinot salió lleno de tristeza acompañado de Joaquinito que no cesaba de decirle:

—Papá, no te apures... esas gentes, que quieren saberlo todo, son las que menos saben... Mi hermano raptor de mugeres!! tal vez sea abogado por esto. Porque lo que es abogado, no tengo la menor duda que mi hermano lo es, y aunque ese señor diga que no está en la lista, no dudes que, Constancio, será un abogado sin lista. Verás, papá, como cuando volvamos nos dice, ese señor, que se había engañado.

—Ay Dios mío! exclamó el anciano levantando los ojos al cielo, mejor quiero no volver á verlo mas, que encontrarlo hecho un malvado.

A la tercera visita dijoles el comisario:

—Estoy siguiendo la pista á un individuo que se supone ser un griego.

—Ay! no, señor, mi hijo es de san Jorge de Borgoña como nosotros.

—Hombre, por la palabra *griego* entendemos nosotros un individuo que no tiene oficio ni beneficio, muy ducho en juego y que gana á todo el mundo pelandolos de sus cuartos.

—Pues en mi tierra eso es ser un tunante.

—Muy pronto he de saber yo si ese mismo personaje no es el que ha robado el dinero y la muger.

—Sí, señor, todo esto está muy bueno, pero no tiene nada que ver con mi hijo Constancio.

—Mire usted, hombre; vais á la calle de Grange-aux-Belles y preguntais por Mr. de Monvillars. Este es el nombre que ha tomado un jóven que yo supongo no ser otro sino Constancio Martinot. Procurad el verlo (aun que será difícil) y os desengañais por vos mismo.

El anciano Martinot tomó con avidez las señas.

—Pues, bien, ahora mismo voy á ver á ese Mr. de Monvillars, que por cierto no es mi hijo.

—No dirè yo otro tanto.

Ved aquí como sucedió el que Monvillars abriera la puerta á su padre y hermano, que reconoció al momento. No sucedió otro tanto por parte de aquellos: es verdad que, despues de tres años y medio que no veian á Constancio Martinot, las facciones de este habian cambiado hasta el extremo de perder su aire natal y aunque quedase una leve semejanza

no era suficiente para una íntima convicción. Estaba afeitado completamente y el cabello á lo romántico, en contra de antes con su barba corrida y el cabello á lo Titus, circunstancia muy esencial; pues nada cambia tanto la fisonomía como la barba y el cabello: sin embargo, su padre y su hermano, aun que no muy ciertos, casi lo conocieron.

Recobrado Monvillars de su primera sorpresa, notó que sus parientes lo miraban como personas que temen engañarse. Así es que, dando á su voz una inflexión gruesa, tonante y seca, les preguntó:

—Qué se os ofrece, caballero?

El anciano miró á Joaquinito consultándole su parecer. Este se sonrió y miró á Monvillars, aun mas, para no equivocarse; despues miró á su padre y le dijo:

—Yo creo que es él.

—Sí, vive Dios!.. es él... Eres tu, Constancio... Y bien, hijo mio, no conoces á tu padre y hermano?

—Señores, no entiendo nada de lo que decís: contestó Monvillars con la mayor fiema, me parece estais equivocados, yo soy Mr. de Monvillars y... no tengo familia hace mucho tiempo.

Y Monvillars hubiera querido darles con

la puerta en los hocicos, sino se lo hubiera impedido el que ya su padre y hermano estaban en la antesala.

—Engañarnos!... añadió el viñero ecsaminando otra vez á Monvillars. Ah! no, porque lleves el pelo como un peluquin, no por eso tu padre te desconoce... Sí, tú te has hecho llamar Monvillars, darte todo ese tono; el tono de un marquès y no eres mas que Constancio Martinot, hijo de un simple viñero de Borgoña... Ea... fuera embustes... abrázame, que si has cometido alguna locura todo te lo perdonará tu padre.

Monvillars estaba temiendo que Valeria, que lo creia un baron de Prusia, se enterase que no era mas que un caballero de sarmientos; asi es que, lleno de cólera y los ojos chispeantes, exclamó:

—Ya os digo, señor, que no se quien sois; con que así, dejad de molestarme, pues de lo contrario me veré obligado á echaros á la calle.

El viñero se quedó con los brazos tendidos y la boca entreabierta, mientras que Joaquineto, tirándole del redingote, le decia:

—No es èl, papà, no es él... si fuera él no nos amenazaría con echarnos á la calle... Estamos engañados... Vamonos.

Però el anciano permanecía inmòvil; y, aunque su corazon deseaba creer que aquel no era su hijo, sus ojos le revelaban lo contrario.

En este momento se oyen los chasquidos de un látigo y un coche para á la puerta de la casa. Valeria sale con el neceser bajo el brazo.

—Vamos, ya està ahì la berlina, dice cogiendo el brazo de Monvillars y echando una ojeada sobre los borgoñeses. Vamos, vamos, no hay que perder el tiempo.

—Sí, teneis razon; partamos.

Y Monvillars pasó con la mayor rapidez por entre su padre y hermano, dejándolos solos en la habitacion.

Algunos momentos duró la inaccion del padre y del hijo. Ambos lloraban. Joaquinito trataba de ocultar sus làgrimas mientras que el anciano daba rienda suelta à las suyas.

—Vamonos, papà. De que nos sirve estar aquí mas tiempo? Ese caballero y esa señora se han marchado... Oh! no será por cierto mi hermano... no.

—No, Joaquinito, no nos hemos engañado, dijo el anciano sacudiendo la cabeza con tristura. Ese hombre que nos ha desconocido... que nos ha amenazado con echarnos á la calle... era mi hijo Constancio!.. Desgraciado!.. à donde te ha llevado la iniqui-

dad para que desconozcas á tu padre... Y ahora reflexiono que , ese hombre que nos dijo el comisario que habia robado dinero y una muger... no es otro que tu hermano. Miserable! ha hecho bien en desconocer á su padre, en rehusar sus caricias, en cambiar el nombre de su familia , porque es indigno de llevarlo... oh! sí... nos ha deshonrado.

—No es él , papá , no puede ser él... yo te aseguro que mi hermano no tiene tanta importancia y sobre todo , la voz de Constancio es muy diferente á la de ese Mr. de Monvillars.

—Sí , en efecto , hijo mio , cuando hablabamos con nosotros ; pero cuando esa muger salió á advertirle que la berlina los aguardaba... Oh! entonces cambió la voz y no era otra que la de Constancio ; pero tienes razon , hijo mio , es preciso convencerse que nos hemos engañado... pues es muy doloroso el verse un padre desconocido de su hijo.

El anciano sacó un pañuelo , enjugó sus lágrimas , cojió el brazo de Joaquinito y esclamando un profundo suspiro , continuó con emociion:

—Vamos , hijo mio. Volvamonos al pais... es inútil que permanezcamos en Paris por mas tiempo... Oh! sí, enteramente inútil... no ade-



***Unos pasean y otros hablan.***

**D**EJEMOS, por ahora, á los dos amantes seguir su camino en posta, á Joaquinito y su padre llorar y consolarse mutuamente, y volvamos al jardin y paseo de Palais-Royal.

Isidoro Marcelay y su amigo Georguello, no tardaron nada en juntarse con Mr. Fortincourt. Y mientras que este hablaba con su farmacèutico del efecto tan admirable que sus píldoras habian obrado en su físico, Isidoro vió á su primo Bouchonnier que bajaba por

la galería de Orleans; soltando entonces el brazo de su amigo, se dirige á su pansudo pariente, el cual, apenas lo viera, comenzó á sonreirse.

—Ah! mala pècora! Isidorito!.. parece que anoche hubo tela en casa de madama Mirobelly!.. Vamos, ya veo que eres un hombre de gusto... Felicia es una linda morena... te marchastes sin decirme nada... sin esperarme... oh! ya comprendo, picaruelo; y bien, triunfastes de su virtud? já! já! já!.. esto es un logógrifo... de su virtud!.. já! já! já!

—Sí, querido; como no soy casado... sino un hombre libre...

—Hum! no està bien me digas eso: es una indirecta que me dirijes.

—No, hombre, es solamente para indicarte que, por ahora, soy el amante de Felicia... guapa chica y, en mi concepto, muy diferente de la mayor parte de todas las de su secso; es decir, que no es el interès el principal móvil de su corazon... ya ves, chico, esto es milagroso y tal vez me creas muy nécio pero yo estoy convencidísimo de lo que te digo.

—Sí, lo creo... y sobre todo, Felicia te agrada y... santas pascuas.

—Sí, me agrada; justamente es esa la palabra; porque, positivamente, no podrè de-

cir que la amo... y quien sabe!.. así como así, todas las mugeres guapas me gustan.

— Como yo ; pero , primo mio , ahora poco lo dijistes: eres libre , mientras yo...

El *mientras yo* de Bouchonnier fuè acompañado de un profundo suspiro. Isidoro se sonrio.

—Pues yo creo que el lazo conyugal te molesta poco.

—Ay! me molesta lo suficiente , pues si madama Bouchonnier no estuviese en Corbeil no hubiera podido ir anoche á la tertulia de la Mirobelly.

—Sí , pero buen cuidado tienes en hacerla que pase todo el verano en el campo.

—Es muy provechoso para su salud. Pero volvamos á tu conquista , á la ardorosa Felicia... digo ardorosa , aunque yo no lo se de cierto , pero me hago cargo que lo será.

—Y aciertas. Felicia es una muger apasionada , una muger en punto de caramelo. No hacia un cuarto de hora que hablaba con ella y ya me decia que yo le gustaba infinito.

—Y probablemente te hubiera robado sino la hubieras seguido de buena voluntad.

—No dirè tanto , pero sí te aseguro que su franqueza me gustò mucho.

—Sí , una declaracion así , en boca de una

muger hermosa, siempre es muy satisfactoria. Yo no se por qué, no se adopta el sistema, de que las mugeres, postradas á nuestros piés, sean las que se declaren. Oh! entonces iria el negocio en popa. Pero no tardará mucho en sancionarse semejante proyecto: asi como asi, ya se emplean los billetes declaratorios... pero esto es muy alarmante, recibid un billete dudoso y de una muger desconocida... que tal vez sea el mismísimo enjendo de la Tarasca...

—Y tu, Bouchonnier, has recibido alguna vez billetitos de esa especie?

El caballero gordinflon se rascò la barbita y se miró de alto á bajo, muy satisfecho de su persona.

—Por qué lo preguntas? Crees que solamente eres el privilegiado por las bellas hijas de Adan?

—Yo! pues si jamàs he recibido billetes de esa especie! eso se queda bueno para las notabilidades, como actores, hombres célebres por su talento, militares por su gallardía y otros asi de ese género.

—Pues, chico, lo que es yo he recibido bastantes.

—Sin mentir?

—Palabra de honor. Y sino, para sacarte de la duda, te ofrezco enseñarte el primero

que reciba. No lo dudes, Isidoro, hay muchas mugeres que prefieren á todos los hombres gorditos... ¡já! ¡já! ¡já! gorditos, gorditos... Pero vuelta à Felicia. Tu damisela te habrá contado infinidad de historias... oh! esas chicas las saben en abundancia.

—Solamente la suya es la que me ha contado que à fé es bastante original. En primer lugar no conoce à sus padres.

—Cosa general en esa clase de individuos.

—Dejame que te lo refiera todo. Parece que apenas Felicia cumpliera dos años, cuando su madre la pusiera en una buena casa de enseñanza para que su hija recibiera la mas completa educacion. Segun parece, la madre tenia cuartejos; pues pagò un año adelantado mudàndole el nombre è igualmente el suyo.

—Còmo se pusieron?

—La madre madama Delacroix y la niña Adriana...

—Adriana!.. Adriana!.. pero ese no es el nombre propio...

—Aguarda, y oye con paciencia. En los tres primeros años, madama Delacroix, pagò esactamente la pension de su niña, á la cual no viera sino en esta època; es decir, una vez cada año; pero con tal desvio, segun Felicia me lo ha contado, que las caricias tiernas, que

esta la hiciera , las recibia la mamá con indiferencia y disgusto , y mas de una vez dijo que su niña era la estampa de un hombre que aborrecia de muerte.

—Su marido sin duda... ó algun seductor... pero en tan tierna edad no era facil que Adriana hiciera semejantes reflexiones.

—Ella sabe todo esto porque la persona que la criara se lo contaba , y no hay duda, que én ciertos periodos de la vida , principalmente en los primeros años , se graba todo en nuestra mente con indelebles caractères. Recuerdos eternos para mientras uno vive.

—Cosa grande , amigo! Vamos , prosigue.

—El cuarto año no pareció la madre de Felicia , como de costumbre , à pagar la pension de su hija , y desde esta época no volvió mas à verla. La señora que la criaba hizo cuantas pesquisas pudiera, é indagó todo lo posible para encontrar à madama Delacroix , pero nada: no parecia. Atribuyéndo aquella ausencia á alguna causa tan poderosa como imprevista , seguia dando la misma educacion á la niña Adriana (no olvides que Felicia se llamaba Adriana) creyendo siempre imposible que una madre se olvidase completamente del fruto de su seno... Pero cuando la niña llegó à los doce años y ninguna noticia se supiera de

su madre ; éntonces su maestra la propuso que se quedara con ella como de doncella ; pero Adriana lo rehusò : pues la deferencia y esmero con que la tratáran , habia despertado en ella el instintivo orgullo de toda una muger principalmente criada con mimos y satisfecha en todos sus caprichos. Saliò de la casa de su maestra y dirijió sus pasos , sin saber à donde ; pero conociendo , aun en edad tan corta , lo terrible de su posicion. Su corazon ulcerado comprendiera éntonces la innoble conducta de su madre ; y así , para no verla mas , cambió su nombre de Adriana por el presente de Felicia , para desconcertar , en cuanto pudiera , las pesquisas de aquella muger sorda à la voz de la naturaleza y al cariño maternal. Éntonces entrò de aprendiz en casa de una modista , pero no era para el trabajo para lo que Felicia naciera , era si , para la vida molicie y amorosa. Su ecsistencia se desarrollaba à pasos ajigantados y sus formas recibieran la mas completa hermosura principalmente sus hermosos ojos que , cual divinos luceros , resplandecian en su cara y avasallaban à cuantos mirasen. Así es que , apenas cumpliera los diez y seis años , ya Felicia tenia un poderoso amante que le presentara un cuadro seductor de riquezas y placeres. Aceptó en seguida. Pero , al cabo de

tiempo, impulsada por el deseo de la variacion y de la inconstancia , abandonó à aquel hombre que la sacara de la miseria , por seguir sus caprichos y deseos.

—Sí , esa es la vida de todas esas mugeres. Y no volvió mas à ver á madama Delacroix?

— Nunca, el único recuerdo que conserva de su madre es que era una muger bella y elegante.

—Jà! jà! me parece que la vida de tu conquista es demasiado novelesca... tal vez inventada por ella , para hacer creer que pertenecia à familia noble y distinguida.

—No , Bouchonnier , no lo creas , es la verdad pura. No es Felicia tan discreta como para inventar romances de ese estilo... y además , què me importa que sea noble ò plebeya , para mì no es igual? Lo cierto es que no es ninguna tonta y en sus maneras y palabras manifiesta una educacion completa.

—Què edad tiene?

—Diez y nueve años.

—Y la mantienes?

—No. Solo quiere mi amor.

—Es posible! que desinterés! y quien le pagará sus equipages y trenes?

—Un ruso ; ha sido querida de él seis meses y este le paga una pensión brillante.

—Oh! esos rusos son espléndidos cual ninguno. Pues, querido, madama Felicia es un tesoro y no debes perderlo. Ay Dios mio! si yo no estuviera casado!.. pero vea usted, casarse á los veinte y siete años, en la flor de la edad; habráse visto mayor bestialidad! y ya hace ocho años que llevo esta cadena, que no está, por cierto, tejida con perlas y brocados.

—Sí, pero tienes una muger muy linda.

—Es verdad... Oh! yo conozco muy à fondo *todas sus perfecciones*... desgraciadamente *las conozco mucho* y... les rindo toda la *admiration debida*. La obsequio y doy gusto en cuanto quiere, aunque las mugeres, milagro es la vez que están contentas. Y sobre todo, yo seria sumamente mas feliz, sino fuera tan celosa; pero son unos celos endemoniados y no me dejan respirar ni una hora siquiera.

—Acá, para nosotros, yo creo que mi prima no os molestaria mucho en... pues?

—Sí, infinito y eso que ignora mi continuas escapatorias, que al saberlo, voto à sanes! que ya lo pasaria bien. Hoy mismo, por ejemplo, hubiera tenido un delicioso dia de francachela con Tintin-Rotin... aquella...

—Sí, ya se: hola, bribon, con que hicistes tambien el agostillo?

—Sí, chico, sí. Es decir: me he declara-

do... y he prometido un convite... porque esa descomulgada Mazzepa no me dejaba ni un momento... ni á sol ni á sombra. Yo ya renegaba hasta de la maldita idea de walsar con ella, cuando me uní à Tintin, á esa alta jòven *que promete mucho*; la convidé á comer y aceptó... pero ved aquí que no puedo hacerlo hoy; porque, sin falta, tengo que ir á Corbeil... Si mi muger viera que hoy no estaba yo allí, era capaz de venir aquí y encajarse de rondón... Con esos malditos caminos de hierro!.. Es verdad que son muy cómodos; pero á mí me joroban mucho. He aquí porque no puedo presentarme en público con ninguna muger, porque yo digo: «Es verdad que la mia está en Corbeil, pero con el camino de hierro... zás, en dos segundos está aquí.» Y, poco á poco, rindamos justicia á tales caminos: que no hubiera sido de mí, à no ser por ellos, en ciertas intriguillas...

—Hola! también los caminos de hierro?

—Vive Dios!.. algunas veces mi muger me cree paseàndome en los alrededores, en la floresta de Sennart y yo estoy en Paris corriendo mis caravanas. Y si cuando vuelvo me dice que he tardado mucho, le digo que me he quedado dormido bajo algun árbol... Ya hace algun tiempo que Elmonda no me cree

mucho y temo cuando me sigue la pista... pero yo le aseguro que mañana, conforme me desayune, tomo las de Villadiago para acá... y tengo un dia completo con Tintin. Lo malo es que, Elmonda no me tome mañana por su cuenta y entonces si que la hacemos. Nosotros tenemos allí un vecino, un tal Mr. Pastoureaux... un hombre que no hace mas que suspirar un filántropo consumado que si pudiera distraer á Elmonda, pero quiá! si le fastidia infinito. Asi es que tu... pero no, no podrás; entonces Felicia... y justamente te iba á pedir un favor...

—Vamos, dí cual es?

—Es inútil, no querrás. Mil veces te he convidado para que vinieras á Corbeil conmigo y otras tantas has rehusado...

—Hombre, si no he podido... mis quehaceres...

—Pues bien, serias capaz de venir hoy conmigo?... pero no, Felicia te echaria menos y...

Isidoro reflexionó algunos momentos: al fin exclamó:

—Puede sí, querido, por eso mismo. Ahora me acuerdo que esta mañana, al dejarla, me dijo: «Hasta la noche; y si tu no vienes, iré á buscarte á cualquier parte en que estés.» Y

como yo no quiero que ninguna muger me ponga el pié en el pescuezo ni obedecerla como un niño á su mamá. He aquí la razon por que voy contigo à Corbeil. Veremos si vá allá tambien.

Bouchonnier saltó de alegría, cojió con prontitud la mano de Isidoro y la apretó con una efusion terrible.

—Será posible!.. conque vienes à Corbeil!.. oh! eres un muchacho guapísimo... además verás como te diviertes: la campiña es hermosa! la conoces?

—Muy poco.

—Los alrededores son encantadores, luego buena cama, buena mesa, buen vino... allí tengo *santenay* riquísimo. No lo conoces?

—Jamás lo he bebido.

—Pues es un vino superior de la alta Borgoña.

—Pues señor veo que hay de todo menos mugeres.

—Oh! pues si estamos rodeados de vecinas á cuales mas hermosas... Entre otras una señora y su hija... madama Clermont y Emelina que... palabra de honor habrá en Paris pocas chicas como ella. La muchacha tendrá unos diez y siete años... es una rosa... una perla... perfectamente educada... con una gracia, una

modestia... En cuanto á la mamá tambien es buen bocado ; tendrá sobre treinta y seis años pero no representa tener mas que treinta ; y tan iguales que , madre é hija , no parecen sino dos hermanas. Es una muger agradable en extremo , aunque algo triste las mas veces lo que le dá á sus hermosos ojos un carácter sério é imponente...

—Oh! y cómo es que teniendo en el campo donde asestar tus tiros vienes á la ciudad á efectuarlos?

—No , chico , no: aquello es muy respetuoso. Cáscaras! La hija es una Santatae , y la madre , aunque muy agradable y bella , tiene en su mirada , un no se qué... que indica que el tratar de seducirla es perder el tiempo. A lo menos , esto es por mi parte , lo que he leído en ellas , tal vez leas tu otra cosa... tal vez seas feliz.

—Y su marido?

—Es viuda. Digo lo que elle dice que es...

—Sospechas tal vez alguna... trapisonda?

—No , yo no sospecho nada ; principalmente no tengo motivos poderosos para sospechar ; pero hay unos misterios tan grandes en sus antecedentes... luego su tristeza continua... los suspiros que ecsala al contemplar á su hija... ya ves, esto manifiesta alguna cosa...

—Y no has podido nunca descubrir tal secreto?

—Mil veces he tratado de ello... además, mi muger tambien; ya sabes que las mugeres son curiosísimas y se cuelan por el ojo de una aguja; es un hábito hereditario desde el paraiso... pues bien; Elmonda ha logrado el mismo resultado que yo: es decir, que darse con las ganas de saberlo: hemos visto tambien que estas conversaciones las disgustan infinito y como nos cuesta un triunfo el que nos visiten, he aquí el porqué hemos desistido del intento y no sabemos nada: pero no tengas la menor duda, madama Clermont es una muger muy fina, muy atente y de un trato esquisito. Yo no creo que sea viuda, no se porque se me ha emcaprichado esta idea, no hay mil mugeres viudas! pues, chico, no puedo creer que ella lo sea. Por lo que hace á su habitual tristeza, tal vez sea compleccion suya; mil personas se ven á cada momento atacadas de este splin. Por último, tu la verás y decidirás, supuesto que, dices, vienes á Corbeil conmigo. Oh! cuanto me alegro!.. marcharemos lo mas pronto posible...

—Cuando quieras. Estoy á tus órdenes.

—Amigo Isidoro, este acto es heróico, sublime, el decir: mi querida me ha prohibido

esto , y por lo mismo lo hago , para que vea que no me ha de manejar como á un niño.»  
 Ah! tienes razon ; nada , no hacerlas á malas mañas. porque entonces... ¡oh Dios! estás peor que si te casaras. Con que , ten la bondad de aguardarme un momento , voy aquí á una confitería próxima á comprarle á Elmonda, almendras garapiñadas... oh! si me viera entrar sin ellas , se armaba una gresca terrible. Al momento soy contigo.

Bouchonnier subió las galerías é Isidoro se aprocsima á Georgello que continuaba hablando con Mr. Fortincour y un nuevo personaje. Este era Mr. Volandille el mismo que estaba en la poltrona , en casa de madama Mirobelly, y á quien Formentieres se dirigiera al contar el rapto de la muger del mayor Giroval.

—Yo creo que el señor era de los nuestros , dijo Mr. Volandille al notar á Isidoro.

Entre paréntesis , este caballero , al verse entre jóvenes ; siempre proferia la palabra *de los nuestros* como un medio para parecer tambien muchacho.

Isidoro saludó al vejestorio coqueton que le decia á Fortincourt con una satisfaccion cumplida:

—Querido, es indispensable que te presentes en casa de madama Mirobelly es una casa

como pocas. Es verdad, señores que la reunion de ayer fuè brillante?.. muchachas lindas que saltan, que brincan, que bailan, que cantan, que...

—Que hacen todo cuanto puede hacer una muger.

—En fin, se goza, se disfruta...

—Yo hubiera preferido mejor el no haber estado en ella ayer. A lo menos no hubiera perdido mis napoleones...

—Pues, sí, queridos, serè uno de los vuestros una noche de estas, contestò sonriendose Fortincour. Oh! me pirro por cuanto sea broma y jarana.

—Ved allí, no muy lejos, á aquel caballero mustio y cabizbajo que se pasea como un sonambulo: seguramente el pesar posee su razon.

—Ah! sí, pobre mayor! su muger se le ha huido, la queria con extremos; ya veis que es motivo suficiente para estar dado á todos los diablos. Ahora averiguarémos si ha sabido de ella. Eh! mayor... Giroval, buenos dias.

El anciano militar, al oirse nombrar efectivamente, mira à su al rededor con aire distraido; por ùltimo, apercibe à Volandille que va hàcia él, le tiende la mano, se la estrecha y le dice con voz conmovida:

—Buenos dias , amigo: buenos dias , querido ; cuanto me alegro el encontraros... hombre será verdad lo que me han dicho ; es imposible que su muger... alguna calumnia...

—Callad, amigo, callad, murmurò el mayor interrumpiendo à Volandille. En efecto, mi desgracia es positiva... y veo bien que mi deshonor se ha cundido por todas partes ; así os suplico que ni aun la indiqueis siquiera.

—Perdonad, querido mayor, pero ya veis, lo confieso , he sido indiscreto... pero la amistad... el interés que por vos me tomo... En efecto, hay muchas cosas que no le gusta á uno oirlas... y sobre todo , cuando uno tiene su muger... y la ama con delirio... y saber que viene uno con sus manos labadas... y nos deja à buenas noches. Pero, callemos , dejemos eso á un lado y miremos por vos mayor. No os desesperéis... no os desconsoléis... casi á todos los maridos le sucede lo mismo... conque así...

—Vive Dios! qué tengo yo que ver con los demás? exclamò el mayor con voz entrecortada por la ràbia. Cada uno hará lo que guste y se manejará como quiera , lo que es yo, no descanso hasta que no beba su sangre.

Mr. Volandille, por toda respuesta , cogió el brazo del mayor y lo impulsó hàcia las tres personas con quien hablara antes.

—Es preciso distraerse... es preciso...

Isidoro y Georgello saludaron al mayor; Fortincour lo saludó también y continuó hablando.

—Sí, señores... eso ha sido una gran dicha para mí... dicha! esta no es la palabra propia... De qué estaba hablando?... No me acuerdo... mas no le hace...

—Hablabais, dijo Georgello, de ese joven que estaba ahora poco con vos... decias que era un modelo de probidad...

—Ah! sí, en efecto; hablaba de Santa-Lucía, guapo chico.

—Qué! ese caballero que hablaba con vos, se llama Santa-Lucía? Pues justamente estuvimos anoche en una tertulia con él y se llamaba Mr. de Monvillars ¿es verdad, Isidoro?

—Sin duda.

—De veras?... ah! ya caigo; ahora me acuerdo que me dijo había cambiado de nombre.

—Ah! ese caballero muda de nombre? continuó el farmacéntico con aire irónico: buenos principios de probidad por cierto.

—No, no comprendéis... una intriga de amor... una intriga peliaguda... no es nada menos que haber sentado por hermano de san Márcos á un pobre marido.

El mayor hizo un brusco movimiento to-

das sus facción se contrajeron. Mr. Volandille que comprendiera la causa de este arrebató empezó à guiñar y hacer señas á Fortincourt para que mudase la conversacion, pero este maldito no comprendia nada.

—Vaya! continuò, ese Santa-Lucía ó Monvillars, supuesto que ustedes no lo conocen sino por ese nombre, es un galanteador sublime.

—Ya! pero hablamos de su probidad caballero.

—En efecto le presté doce mil francos y me los ha vuelto.

—Nada mas puesto en razon.

—Ese era su deber.

—Es verdad! pero no comprendéis... es una cosa grande! en las circunstancias tan terribles como en las que él se hallaba... cuando ocultaba su nombre porque no lo pescaran... oh! descubrirse... manifestarse... cáscaras! jugaba un gran juego...

—Justamente, es un hombre de fortuna; ayer lo ví jugar al lansquenet y...

—No me entendeis. Digo un gran juego porque ¿os parece poco el robar una muger á su marido?

Fortincourt no pudo terminar la frase; el mayor Giroval se echó sobre él y con fuerzas hercúleas lo cojió por los brazos.

—Robar una muger á su marido! que habeis dicho, caballero?... y cuando? sabeis el nombre de ella?... oh! responded pronto... al momento.

Cada pregunta de estas era acompañada con un fuerte zamarreo del pobre Fortincourt.

—Es... que... que... me preguntais de un modo tan... tan... pues!.. y me apretais... co... co... como... una prensa... y... mis bellas formas...

—Os pregunto así y os aprieto porque tengo derecho para ello.

—De... de... derecho?

—Sí, señor, derecho porque me han robado á mi muger y busco al seductor para matarlo.

—Ah!... ya... os han robado la muger?... sí... sí... eso es... la muger. Voto à brios! de qué estaba yo hablando?

—De que unos de vuestros amigos habia robado una muger á su marido.

—Ah! sí, ese es Santa-Lucia... ò Monvillars.

—Y no se apellidaba el baron de Fridzberg?

—Fridz... Fridz... què?

—Fridzberg.

—Lo ignoro... pero como cambiaba de nombre á cada momento...

—Y la mujer que habia robado?

—La mujer?

—Sí, señor.

—Era la esposa de un viejo militar.

—Es él... Sí, él es.

—Ah! es él?

—Sí, señor... al momento, al momento su filiacion... sobre la marcha...

—Su... su fi... fi... liacion? Pero, hombre, me estais dando mas vueltas que á un cedazo y me estais estropeando completamente... sueltete con mil demonios... sino voy á echar los bofes... pestel!

El mayor Giroval soltó á Fortincourt, este tenia la corbata por la boca y el chaleco por los sobacos, despues de haberse estirado este y aprétado aquella y enjugado el sudor copioso que por su frente corria, refirió minuciosamente al mayor todas las señas de su amigo Santa-Lucia.

—Es él... sí... ese es el miserable que yo busco... y decis que ahora se llama Monvillars?

—De Monvillars.

—Poco me importa el *de* con tal que lo encuentre... Ah! y lo he tenido cerca de mí y no lo he visto!.. y el corazon no me lo ha indicado!.. Su casa caballero: su casa pronto.

El mayor volvió á cojer otra vez el brazo de Fortincourt, este le respondió ya despechado:

—No la se, caballero; si la hubiera sabido hubiera cojido antes el dinero que me debiera.

—Ah! no lo sabeis?... pues yo la sabrè... yo daré con él...

—Me parece, dijo Georgello, que cuando se despidiera del señor, tomó por la esquina del Teatro-francés.

El mayor partió como un rayo.

—Canario con el tal mayor! exclamó Fortincourt asi que Giroval se retirara, que hombre tan bruto... si parece que me han dado garrote en el brazo izquierdo... ese hombre, seguramente, no es de nuestro siglo... Mr. Georgello, enviadme cuanto antes un temperante enérgico, sino voy á dar un estallido. Señores, pasarlo bien.

Mr. Fortincourt se alejó de la reunion, Mr. Volandille hacia tiempo que lo habia hecho, desde que estallò la cólera del mayor, é Isidoro, viendo aparecer à su primo, se despidió de Georgello.

—A Dios, me voy al campo; á Corbeil con Bouchonnier y no vuelvo hasta mañana.

—Hombre, y Felicia? la vas abandonar así?

—La verè mañana.

—Pues, á Dios, chico, que te diviertas, yo voy á hacer mis píldoras y remitir á Fortincourt el enèrgico temperante, sino de fijo pierdo el mejor de mis parroquianos.



*Madama Clermont y su hija.*

A la entrada de Corbeil, llegando por Champrosay, se distingue una bonita casa de campo, construida con tanta sencillez, como gusto, y de una apariencia bien modesta. No consta mas que de dos pisos, alto y bajo. El piso bajo, solo consta su fachada, de una puercecita de color aplomado, y dos ventanitas á cada lado del mismo color; el alto, solo tiene tres ventanas, herméticamente construidas, con unas lumbreras pequeñas que sin duda

sirven para iluminar el granero. He aquí toda la perspectiva de la tal casa, que ni à izquierda ni derecha se le descubre ninguna habitacion.

Luego que la puertecita se abre (para lo cual será indispensable que tireis del cordón de una campanilla) os encontráis en un zaguán con dos puertas à la derecha, y otras dos à la izquierda, y al frente una primorosa cancela que dá paso à un jardín, tan lindo, como pequeño; cuya longitud es, justamente, como la de la fachada, perfectamente cuadrado y rodeado de altas tapias.

Este jardincito, abunda en árboles frutales, y en flores olorosas, así el manzano, el peral, el granado, y otros, mezclados con la azuzena, el clavel, la rosa y otras flores tan hermosas, como odoríferas, le dan un aspecto mágico y arrobador: baste decir, que no hay un palmo de tierra que no esté perfectamente aprovechado. Y no se crea, que por su multitud de árboles y plantas, lo hizieran aparecer confuso y sin gusto: nada de eso, hemos dicho mágico y arrobador, y es positivo, pues la perfecta delineación de sus calles, alameda y la plantía de los árboles, tan simétricamente sembrados, le daban una sombra exquisita y hacía al jardín parecer mayor de lo que era en realidad.

La puerta primera del vestíbulo, entrando à la derecha dà á una pieza cuadrada y espaciosa, que es el salon. La de la izquierda dà al comedor. En seguida está la cocina, que tiene ventanas al jardin y la puerta en frente á la escalera, que conduce á las habitaciones de arriba y justamente al lado de la escalera hay una puertecita, que es, sin duda, la del cuarto del portero.

El piso alto, consta de cuatro habitaciones seguidas, con ventanas al jardin, y las que hemos referido antes. La última pieza está cerrada con una mampara de hierro y dá al granero que, para subir à él, es indispensable una escalera de mano.

Me parece que conocéis, querido lector, la casa de madama Clermont y su hija, mas afondo quizá que la visita de mas confianza.

Hemos tratado pues, de su construccion artística, pasemos ahora á su adorno y mueblaje.

Una perfecta relacion existiera entre la sencillas de la construccion y la modestia de su menaje interior.

El del comedor se componia de una mesa redonda de pino y sillas de lo mismo á su redor. El salon tiene otro adorno aunque por el mismo estilo. Un piano muy antiguo (à pe-

sar de ser versical) un espejo grande sobre la chimenea: un sofá de tiempo inmemorial cubierto con una gran manta de colores: seis sillones forrados de la misma tela: cuatro rinconeras primorosamente talladas: ocho cuadros de tapiz, representando paisajes y viñetas con márcos de madera y unos visillos, en las correspondientes puertas y ventanas, era toda la suntuosa magnificencia que allí se descubriera.

Las habitaciones de arriba no hay que decir nada, como dormitorios que son, tienen lo necesario y nada mas. Una cosa si hay en todo lo que en esta casa encontreis y nos apresuramos á decirla; y es un sumo aseo y limpieza, junto con un gusto exquisito en la colocacion de los muebles, los cuales están tan relucientes, como si fueran nuevos y ni un grano de polvo se encuentra en ellos. Asi es que, lo que por su sencillez debiera llevar en pos de sí la huella del infortunio, su eminente aseo y limpieza lo hacen parecer mas hermosos y manifestar claramente que la tranquilidad y la calma de la virtud, es el dote principal de los moradores de aquel recinto.

Sobre todo, el jardin está lleno de hermosas flores; y siendo este el adorno favorito de las señoras, vereis en todos los aposentos repartidos, innumerables floreros y jarrones de por-

celana llenos de lo que la estacion produce, embalsamando el aire con el aroma y olorosa fragancia que de si escalan. Asi es que, magnetizado con olores tan esquisitos y con el fresco natural que allí se respira, os creis en un desierto de ninfas y que recostado en su blando musgo con la cabeza apollada sobre el verde cespèd, mirais à las ninfas divinas de los paramos; acrecentandoos mas la ilusion la presencia de la hermosa Emelina y su madre.

Madama Clermont, de una estatura elegante y magestuosa, y mas alta que lo regular, esbelta y de hermoso donaire; su cintura delgada y bien entallada, sin ser delgada, ostentaba una linda pechera; y su pierna, su pié, la mano, el brazo... todo, todo era cual dibujado y como si el pincel mas diestro se hubiera entretenido en delinear sus formas y contornos.

Los cabellos de madama Clermont, son de un leve castaño y sus hermosos ojos azules, grandes y rodeados de pestañas negras como el azabache; juntamente con unas cejas perfectamente delineadas, le dan un carácter tierno, dulce y melancólico que la hacen aparecer mas divina. Una nariz derecha, hermosa boca y bellos dientes: barba redonda y un cutis blanco y rosado; asi es que, con dificultad se encontraria una muger tan seductora; porque el

aire sentimental, del cual se hallaba revestida, daba á su fisonomía un nuevo realce y aquella gracia natural que falta en muchas mugeres bellas. Unase á esto una voz angelical, uno de esos ecos que no cansan, que gusta mas bien, el que resonara siempre á nuestros oídos. No hay duda, que una linda voz, es una de las gracias mas indispensables que debe tener una muger.

La hija de madama Clermont tiene diez y siete años y pocos meses mas. No es tan alta como su madre, pero bien hecha y su pié... oh! su pié es la quinta esencia de los piés chicos. Sus cabellos de un rubio oscuro, son flexibles, largos, espesos y relucientes; cualidades muy raras en cabellos rubios. La señorita Emelina tiene, sobre todo, unos ojos divinísimos, unos ojos negros (cosa bien rara en una rubia) grandes y rasgados con aquella viva malicia que no escluye por cierto la decencia y embellece mas á una jóven. Su boca siempre fresca, siempre sonrosada, y la sonrisa que escapan sus lindos labios, es tan viva como sus ojos: una nariz como la de su madre: baste decir, que era el natural de un niño, unido á la gracia de una jóven. He aquí á la señorita Clermont.

Es difícil el no admirarla al verla y el dejar de amarla al tratarla. Emelina tiene un

carácter tan amable, tan dulce y sobre todo, tan igual!.. Cosa bien rara en toda muger, ya sea jóven, ya vieja (en este último caso el diablo que se las lleve). Me direis, amigo mio, que un carácter siempre gruñon, quisquilloso, peleon y rabioso, tampoco es ninguna ganga. Es verdad, muy cierto; pero á lo menos ya sabeis à que debeis ateneros. Pero esto de dejar á una persona contenta y encontrarla triste; dejarla amable y volver à verla huraña... y todo esto sin que sepais el porqué; desconociendo la causa de aquel cambio; es una de tantas miserias humanas como nos cercan por todas partes; miserias á las cuales no nos acostumbramos nunca, y que las tenemos que tragar à fuerza de hijos de Adan.

Dichosamente Emelina no es de este carácter; dicha inefable para ella y para las personas que la rodean. Siempre la encontrareis lo mismo, pues su corazon siempre amante y sensible, no será seco hoy, y frio mañana: y sobre todo, una buena hija adorando à su madre y que no busca sino cuanto pueda lisongear á esta y sirva para su recreo, asi es que, por una sonrisa, por una palabra dulce de su madre, daría Emelina lo mas grato que en este mundo poseyera.

Madama Clermont no ignora, todo el a-

mor, todo el respeto que su hija la profesa y esto es un consuelo dulce, un bálamo benéfico que adormece su ulcerado corazón. Emelina no ha tenido otra directora que su madre; si ella sabe escribir, leer, historia, geografía, música, piano y dibujo; es à su adorada madre à quien lo debe: ningun profesor de ningun género, habia intervenido en la perfecta instruccion de la bella jóven. Esto prueba que madama Clermont habia recibido una educacion escelente y completa, y es bien raro lo perfectamente que supiera todo para poder enseñarlo à su hija; pero esto no es tan extraño como el que conservara tanta ciencia aun despues de haberse casado.

Diez años hà que la madre y la hija habitan en Corbeil, la casa que nosotros hemos registrado con mas curiosidad que un dependiente del resguardo. Esta casa pertenecia à un rico droguero del pueblo, y madama Clermont y su hija se habian alojado en ella, pues, justamente, tras de sí venian los muebles en un pesado carro-mato. Algunos años vivieron estas dos beldades solas sin tener ni aun una criada que las sirviera; por consiguiente, ningun vicho viviente penetrara en aquel recinto. Entonces madama Clermont, à pesar de su belleza, de sus lindas manos y de su esbelto ta-

lle, fenia que lavar, planchar, coser, barrer, cocinear, cavar en el jardin, y por consigui-ente, cuidar de la educacion de su interesante hija. Y todo esto, lector mio, siendo jóven, muy jóven y muy divina, oh! quanto hubierais dado, vos, por haberle ayudado en sus queha-céres domésticos, aunque no hubiera sido mas que cojerle el soplador y avivarle el anafe!.. Levantada al rayar el dia, empleábalo con tal precision y maestria, que todo se fuera en sus faenas y en la instruccion de Emelina, à la que amara mas que à su misma vida.

Al ver la casa aislada (asi llamaran à la que habitara madama Clermont) ocupada por una dama jóven y linda, y una niña de siete à ocho años, los habitantes del pueblecito de Corbeil habian dado rienda suelta à todas sus ideas y conjeturas, y cada cual se aplicaba à su modo la vida privada de la recién venida.

Como en sus maneras y language madama Clermont revelara, à primera vista, ser una muger criada en el gran mundo, no encontraba la maledicencia por donde atacarla, sino por un principio bien bajo é indecente. Des-graciadamente es muy cierto, que el mundo, en vez de ensalzar lo bello y lo justo, lo combate con empeño dejando impune al vicio y la inercia. Una muger hermosa escita los

celos de las demás, y el hombre de mérito, de talento, se ve constantemente zaherido y criticado por los mentecatos y malvados. Si en sus obras y escritos no hay nada donde poder hincar el maléfico diente, se echara mano de su persona ò de su vida privada. Estos miserables, ya que no pueden, ni son aptos para ganar laureles, tienden sus lazos para que el hombre justo, el hombre sábio, no corone con ellos su frente.

No son, por cierto, laureles los que madama Clermont trata de cojer para sí; es solo el vivir en paz y tranquila, desconocida de todo el mundo: pues harto conoce que vive dichoso el que vive oculto. Tal vez, si hubiera sido una sargentona fea y ordinaria, nadie se hubiera acordado de ella; pero baste que fuera hermosa, fina y elegante y que con el vestido mas simple pareciese la mas gallarda deidad, para que fuera el blanco de la critica mas mordaz è innoble.

Ved aquí el porque, durante los primeros años de su permanencia en Corbeil, no se oían mas que las conversaciones siguientes, en boca de todas las mugeres:

—Sabeis que el tío Touchon el droguero, ha cedido su casita del arrabal?

—Sí, ya me lo han dicho, á una hermosa

duquesa, según parece.

—Oh! duquesa!... ved aquí lo que es el mundo... nada mas porque una se dé mucho tono y sea hermosa... al momento ya es duquesa... habrá gazañapiros!

—Muger, pues á mí me habian asegurado lo contrario, que era sumamente atenta y...

—Calle por Dios. Saluda à el que le saluda y nada mas. Y sino, ha visitado por ventura à algunos de sus vecinos ni aun los mas próximos? Abi tiene usted á madama Michelette, que estuvo una vez en su casa á pedirle un poco de candela y si vierais como la recibió!..

—Ya me lo han dicho, que casi le dió con la puerta en los hocicos.

—Por supuesto. Y le dijo aun mas, que no tenia tiempo para hablar con ella.

—No tenia tiempo! pues que es lo que hace en su jáula metida? porque no lo dudeis, su casa parece una jáula.

—Yo creo que es una aventurera... nadie, para acabar pronto.

—Por consiguiente, eso digo yo. Una muger desconocida, que viene sola con su hija, sin parientes ni conocidos que la acompañen...

—Y de donde viene? lo sabe tio Touchon?

—Tampoco. Le ha pagado un año adelantado y nada mas.

—Pues , señor , esa es una muger que se oculta.

—Me parece.

—Y dicen que es muy hermosa.

—Esto depende del gusto del que la mire.

—Y se llama madama Clermont!

—Y qué tenemos con eso! Clermont! quien es el que conoce ese apellido? yo mejor quiero llamarme Bertrand... á lo menos todo el mundo conoce el apellido de mi esposo.

—Quien sabe si su marido la habrá cojido en algun matute y la haya hecho poner piés en polvorosa!

—Tal vez sea tan casada como mi *morroña*.

—Muger , si es viuda.

—Viuda! que si quiere.

—Ella tiene trazas de ser muy rica y no tiene criados.

—Toma! ella se entiende, no quiere que la observen sus costumbres.

—La otra mañana estaba con un vestido de seda barriendo la casapuerta.

—Con un vestido de seda! habrá tonta! para deslumbrarnos!

—No lo dudeis , hay gato encerrado.

—Si , es positivo y voy á encargar á Belot, mi jardinero , el que vele en los alrededores de la casa á ver si guipa algo.

En efecto madama Bertrand era la mas encarnizada contra la pobre incógnita y efectivamente encargó à Belot el que, armado con escopeta, rondara las cercas y tapias de la casita aislada, para descubrir lo mas simple, que ahultándose de boca en boca, por todos los moradores de Corbeil; fuera al fin lanzada la desgraciada estrangera á quien todo se lo perdonaran escepto su belleza y su elegancia.

Pero dichosamente las rondas, contrarrondas, pesquisas y acechanzas de Belot fueron inútiles no viò ni entrar ni salir á nadie. A las nueve noches pareciéndole à Belot que oía ruido dijo el usual *quien vive*, mas como no le respondiesen montò la escopeta è hizo fuego. Entonces unos maullidos terribles salieron de las matas; era la *morroña* de madama Bertrand, que el jardinero le habia abierto un boquete en la barriga. La maldita gata tenia la costumbre de ir á escarvar al piè de las tapias del jardin; seria tambien mandada por su ama para que rondara? eso es lo que yo no se positivamente, solo si, que desde aquel desgraciado gaticidio se le prohibiò espresamente á Belot el que hiciera mas centinelas y pesquisas.

Pero todo, amigo mio, cansa en este mundo: todo tiene fin; asi es que, transcurrido el primer año de la permanencia de madama

Clermont en Corbeil, los comentarios que tan grandes se formaran en un princpio fueron decayendo en sumo grado: ya casi nadie se acordaba de que ella ecsistiera: los hombres como no la ven tan amenudo ya no alaban su belleza, y las mugeres como la ven siempre con los mismos vestidos no se acuerdan de que barria con trage de seda. Como la incògnita continuase independiente y sin recibir á nadie se convencieron al fin de que no tenia amantes, y por último, como vieran que saludaba generalmente à todo el mundo, la juzgaron fina hasta el estremo.

Pasados cuatros años cambió, algun tanto, la vida de la vecina de la casita aislada. Tomó una criada y una doncella, jóvenes campesinas, pero muy bien criadas en estremo. Como es de suponer los quehaceres domésticos no estarian ya à su cargo y por consiguiente tendria mas tiempo desocupado; en efecto, tomó una vida menos sedentaria y paseaba ya con su hija por las campiñas inmediatas.

La joven Emelina tendria entonces once años y ya se llevaba la admiracion de todos alabàndola y ensalzandola por do quier que pasaba.

—Vea usted, decian, una joven juiciosa y bella... oh! una chiquita muy salada.

En efecto, Emelina aunque tubiera la petulancia propia de su edad, sin embargo al oír estas razones se lisongeaba su amor propio naciente y miraba á su madre con orgullo.

—Oh! decian los hombres, es una jòven divina!.. Una estampa á su madre.

Entonces Emelina, cojia la mano de su madre y la apretaba con placer.

—Oh! mamà oyes? dicen que me parezco mucho á tí, quanto me alegro de eso! eres tan bonita!

Madama Clermont, sonreia á su hija; pero habia en esta sonrisa, un cierto no se qué de tristeza, imposible de descifrar. Despues murmuraba con dolorido acento:

—Pobre chiquita! pidele á Dios el que no te parezcas á tu madre!



11.

**Los vecinos.**

CUANDO se pasea uno por los contornos de una aldea y penetra por las calles de una villa, muy pronto se agota el deseo de la variedad encontrando las mismas caras y siempre los mismos objetos; causa esencial para adquirir pronto relaciones. Porque ya el saludo, ya esta palabra de cortesía, ya, por último, la continuación de ver aquel mismo individuo, concluye, al fin, por entablar el conocimiento.

Ved aquí justamente lo que à madama

Clermont le sucediera así que hubo salido de la vida recoleta que antes adoptara.

Es verdad que Emelina era ya una mujer... una mujer completa, y por consiguiente una bella señorita; y sería la madre muy cruel si la privase de la única distracción que puede haber en una aldea, cual es la reunión de los vecinos para pasar el rato.

Mas no se crea que todos los vecinos eran para madama Clermont iguales; nada de eso, los conocimientos iban por su orden. El primero con quien se entablaron relaciones fué con un tal Mr. Pastoureau.

Este hombre no era muy joven, por cierto; tendría unos cuarenta años, pero mas travieso y libertino que uno de veinte y cinco. Tal vez me preguntéis como es que madama Clermont, tan modesta y reservada, admite el trato de un hombre soltero sin ser viejo?

Yo os diré, es porque hay ciertas personas que aunque sean mas malas que Caín, tienen en sus modales un *cierto no se qué*, en sus palabras y persona, que inspiran la mas amplia confianza y, justamente, Mr. Pastoureau poseia este *cierto no se qué*: al mirarlo era capaz de darle un pastel al mismo demonio; bien podia una madre entregarle una hija y un marido su esposa, para que las guardase el nene;

tenia un aspecto tan hipócrita, que nadie podía juzgarlo fuese un libertino.

Y no creais que Mr. Pastoureau fuera feo, nada tenia, por cierto, de disforme; pero tenia un aire tan zote y tan bruto, que parecia imposible que el tal señor pensase en amores; su cabello crespo, sus ojos grandes y en un continuo movimiento, su nariz gorda y su boca siempre entreabierta, para darle, segun él decia, una bella espresion: y para que al tal individuo no le falte nada, ha dado en la manía de creer que cuantas mugeres lo ven, otras tantas lo quieren: y como el pobre recibia á cada momento los mas terribles desengaños, ved aquí el porqué este hombre no hacia mas que suspirar, arrugar la frente y llevarse á cada momento la mano al corazón.

Pero hagamos justicia: Mr. Pastoureau tenia una cualidad eminentemente recomendable, y es, que era sumamente fino servicial y reservado; item mas, muy buena lengua; para él no habia nadie malo y la calumnia la creia imposible de que ecsistiese; para él los mas graves delitos tenian disculpa y era el mas árduo defensor de las acciones de los que no conocia. Además, aun con las mismas señoras, de las que él se creia enamorado, era tan mirado y circunspecto, que un caballero del tiempo

de *Amadis* hubiera sido un calavera comparado con él.

Todos conocian la posicion de Mr. Pastoureau: era hijo de un comerciante de maderas de Paris, y aunque habia estudiado para abogado, sus continuos suspiros y soponcios le habian hecho perder su derecho. A la muerte de su padre heredò cinco mil francos de renta, limpios de polvo y paja; es decir, sin que à nadie se le debiera nada.

Segun parece Mr. Pastoureau esperimentó desengaños terribilísimos de dos damiselas que tubiera en Paris; causa única para que se viera á Corbeil con sus cinco mil francos de renta, donde poseia una linda casa y en donde podia manifestar sus declaraciones sin temor de que nadie lo criticase. Al contrario, un hombre soltero, jóven todavia y con cinco mil francos de renta, es en una aldea un personaje muy importante y muy honroso: ved aquí el porqué Mr. Pastoreau era bien recibido en todas partes y se hallaba en las reuniones mas escojidas de Corbeil, principalmente en donde habia jóvenes casaderas.

Como hemos dicho antes, de Mr. Pastoureau huia la calumnia y se desvanecia como el humo, y la misma madama Bertrand la que habia hecho à su jardinero velar nueve noches se-

gidas la casa de madama Clermont, enmudecía en su presencia y casi mudó de opinion desde que supiera que Mr. Pastoureau era recibido en la casita aislada.

Además de este caballero, era tambien admitida como visita una señora, una gorda mamá con cincuenta años encima, pero muy vivaracha muy habladora y sobre todo muy tonta. Era justamente madama Michelette la misma que so pretesto de pedir candela, trató desde un principio de meter las narices en casa de madama Clermont. De aquel tiempo acá se habia convencido que su tentativa fuera inutil pero confiando en aquel refran que dice: *«Con el tiempo y la esperanza todo se alcanza:»* madama Michelette tenia esperanza y confiaba mucho en que, con el tiempo, sabria toda la vida y milagros de sus vecinas.

Vive Dios! amigo lector, que un carácter así y una voluntad tan fuerte es cosa grande. Un genio que no cede su derecho á cuanto se le oponga en el camino que emprenda para llegar al objeto, y una voluntad tan decidida que ni obstáculos, ni las mayores contradicciones, ni los mas árdulos peligros sean capaces de intimidarla, es una cosa digna del mayor elogio.

Madama Michelette esperaba y confiaba.

Así es que, desde la mayor distancia que apercibiera á sus vecinas, las saludaba, corría á ellas y entablaba conversacion á riesgo de no ser escuchada. Cuando veía á la pequeña Emelina, la llenaba de besos, regalándola confites y pastillas y si por casualidad notara que la hija no iba con su madre, entonces redoblaba su conato con el mayor ahinco y preguntaba por su salud. Una buena madre, como ha de ser indiferente á la solicitud que tomen por sus hijos? Es un consuelo tan grato el que nos hablen y se interesen por el objeto de nuestros cariños! Encontramos tan pocos que nos concedan este tan grato placer! Por último, la gorda mamá, despues de ser curiosa hasta el extremo, iba y charlaba cuanto supiera, revistiéndose de la mayor sencillez, é hipocresía.

—Oh!.. eso es lo que me han dicho!.. no se mas!.. os doy la noticia como la he recibido.

Ved aquí la conclusion de todas sus conversaciones. Aunque madama Clermont no tuviera las mayores ganas en recibir en su casa á esta señora; sin embargo, hay mil casos en que no se pueden evitar ciertos actos de política, principalmente con personas de un carácter tan resuelto y entremetido. Casi todas las conversaciones de madama Michelette

venian á recaer sobre este objeto:

—Soy viuda , tenia cuatro hijos y de los cuatro no me ha quedado mas que uno ; pero uno que hace por todos los demás ; un bello chico de talento y lleno de inteligencia pero que no ha querido ejercitarse mas que en viajar , correr medio mundo y disipar el dinero , pedir prestado , entranparse hasta los ojos y luego enviarme los acredores... Lo adoro , lo amo y será la causa de mi muerte. Pero él se enmendará , él se corregirá : ahora está corriendo su caballo , la juventud pasa pronto , y mi Almenor sentará la cabeza. Dichosamente tengo de que vivir , gracias á Dios y á las economías de mi marido que me ha podido dejar un capital regularito ; y gracia tambien que Almenor no se ha casado y me ha pedido su legitima. Ay Dios lo libre ! es la mayor desgracia que pudiera sucederle ; pero no está por el himeneo , y si lo vierais , es tan guapo , tan hermoso... oh ! cuanto daris yo porque lo conocierais ! Siempre me está diciendole que vá á venir á Corbeil ; pero nada , se vá á Londres , á Bruselas , á todas partes meno aqui... pero , no lo dudeis , conforme venga tendré el honor de presentároslo.

No tenia por cierto madama Clermont muchas ganas de conocer al tal Almenor y se

contentaba con hacer à la madre una leve inclinacion de cabeza. Mas la bella mamá añadia enseguida:

—Ah! otra cualidad mia. Yo le cuento todos mis quehaceres y demàs, á las personas que trato: y por qué no? entre personas que se aprecian no debe haber misterios.

Esperando quizá, por este medio, que madama Clermont le refiriese todo, hasta lo mas recóndito de su corazon. Pero la madre de Emelina no estaba por eso, y escuchaba á la vecina con la mayor distraccion, haciendo como que no entendiera la indirecta que se le lanzara á título de franqueza y de amistad, y haciendo recaer la conversacion sobre cosas indiferentes.

Y como la gordinflona Michelette notase que por este medio no sacaba partido, se decidia entonces á atacar de frente y le preguntaba á madama Clermont con la mayor sencillez:

—Vos sois viuda. Es verdad, mi querida señora?

La frente de la linda muger se oscurecia y contestaba con la mayor precision.

—Sí, señora. Soy viuda.

—Perdisteis á vuestro esposo muy jóven?

—Sí, señora, muy jóven.

—Mucho antes que vinieseis á Corbeil?

—Sí, señora, mucho antes.

No creais que madama Michelette se desconcertara por el laconismo de estas respuestas; todo lo contrario, entonces hacia un esfuerzo y se atrevia hasta lo último.

—Y... vuestro marido en que se ocupaba?

Entonces era ella. Madama Clermont se ponía lívida como la cera y lanzaba una terrible mirada á la impertinente mamá.

—Mi marido na se ocupaba en nada, señora, tenia lo suficiente para vivir. Además, si venis con saber y astucia á penetrar en mi vida y saberla toda, no pongais mas los piès en mi casa: madama, à mi no me gusta saber vidas ajenas, ni mucho menos que sepan la mia.

Madama Michelette conocia entonces que se habia atrevido mucho, que habia cometido una barbaridad y empezaba á disculparse con la mayor candidez.

—Ah! señora, usted perdone... no ha sido mi intencion el ofenderla... pero mi pregunta es tan sencilla! tan inocente! como habia de creer que os habia de incomodar... os juro por mi Alménor que no he tratado de agraviaros.

Madama Clermont acogia estas disculpas, y se restablecia la paz entre las dos vecinas.

—Vamos, que hay? que sabeis de nuevo? le preguntaba madama Bertrand con ironia cuando la encontraba.

—Oh! es una muger que ha sufrido mucho.

—Y que ha sufrido?

—Son cosas muy reservadas, confiadas bajo secreto.

—Vos guardad un secreto? Já! já! já! y madama Bertrand se reia à mas no poder. Oh vecina! mentis solemnemente, porque si supieseis lo mas minimo de la casita aislada ya lo sabria todo el pueblo.

—Pues, no lo dudeis, se muchas cosas. En primer lugar que es viuda: luego que su marido era muy rico...

—Muy rico!.. bá! bá! bá! y tenia ella que hacerlo todo antes, sin tener siquiera un mandadero.

—Pues, hija mia, asi es.

—Y que mas?

—Qué mas?... Oh! eso no puedo decirlo, escenas muy desagradables... misterios profundos, y tengo prometido el callarlos...

—Já! já! já!

Y madama Bertrand volvia à su risa sardónica, hasta que aburría à madama Michelle y le volvia esta las espaldas murmurando con despecho:

—Y què, si vos no visitais como yo à madama Clermont!

—Vaya una dicha por cierto! el visitar à una aventurera! sabe Dios quien serà! no, hija mia, no le envidio á usted su suerte.

La reunion de madama Michelette y de Mr. Pastoureau, no ofrecia, por cierto, distraccion ni recreo á la jóven Emelina, y mucho mas cuando madama Clermont rehusaba ir á menudo en casa de la gorda mamá, temiendo el encontrarse en ella á madama Bertrand y otras comadres por el mismo estilo.

La invencion tan laudable de haber establecido un camino de hierro desde Corbeil á Paris, habia en extremo cambiado la vida sedentaria que antes se disfrutara: en efecto, ya se veia mas gente; sobre todo, caras nuevas; los habitantes de Paris iban y venian amenudo à Corbeil; pues se habia hecho para pasar el verano un pueblecito de moda. En los bosquecillos y vergeles que rodean la aldea, se ven ya damas elegantes de la Calzada d' Antin; caballeros petimetres del boulevard de los italianos, fumando sus largos cigarros como si se hallasen en el peristilo de la ópera, y casi la gente de mayor tono, los principales parisienses.

Por último, el estudiante y la griseta, el comisionado y el tendero, el boticario de la

calle San-Denis y el rentero de la de Marais, hacian tambien de vez en cuando sus escursiones á Paris, gracias á esta invencion casi mágica que se burla del tiempo y suprime las distancias. Invencion sublime para los amantes, que separados unos de otros treinta ó cuarenta leguas, pueden mediante este proyecto darse *pruebas de su amor* cuantas veces se les antojen. Gloria eterna á los caminos de hierro! esclamemos con el coro de enamorados.

La facilidad de ir y venir á Paris en un segundo habia hecho que muchas casas de Corbeil antes olvidadas y desabitadas, se hallasen ahora honrosamente alquiladas y por el precio que sus amos querian. Entre estas habia una muy bonita, no muy distante de la que madama Clermont habitara, la cual hacia mucho tiempo estaba vacía por el precio tan disparatado que su amo queria por ella: pero al fin el corredor del desembarcadero encontró un buen vecino.

Mr. Bouchonnier fuè el que la tomó para su muger que segun él, necesitaba respirar los aires libres del campo.

No hay duda que la casa habitada por el primo de Isidoro era hermosa. Una primorosa verja de hierro conducia à un jardin espacioso perfectamente plantado, lleno de suntuosas ala-

medas y tapizado por una arena finísima, sobresaliendo entre los demás árboles, unos soberbios limoneros y naranjos, cuya exquisita aroma tenia embalsamado aquel recinto.

En el resto de la casa no faltaba nada. Sala de billar: sala de baños: biblioteca: salon de música, capaz para bailar tambien: nada se habia olvidado; y el jardin lleno, como hemos dicho, de espesas sombras, tenia además su buen pabellon: su alberca: un puente: una gruta y hasta un pequeño monte, en el cual subia Bouchonnier todas las tardes despues de comer, subiéndolo y bajándolo infinitas veces; pues le habian asegurado que este ejercicio aceleraba la digestion y que se disminuiria su barrigon hasta el estremo.

Ya veis, amigo lector, que esto es lo que se llama una verdadera casa de campo y que para disfrutar todos los placeres que ella proporciona, es indispensable una pasion estrema por la campiña, y no hay duda que madama Bouchonnier hubiera gozado mas si no la mataran los celos por su marido.

Lo que es á este, hace tiempo que lo conocemos: veamos á su muger que tal es.

Elmonda, hija de un comerciante muy rico, habia recibido una educacion mas brillante que sólida, cuando soltera era una mu-

chacha de mucho talento y sabia infinidad de cosas; pero desde que se casó todo lo habia olvidado. No tenia hijos, culpando en esto á su panzudo consorte: ignoraba completamente todo el menaje de una casa; y no sabia como se entraba en una cocina, sin salir achicharrada hasta el cogote; entretanto podia muy bien entretenerse en cultivar los talentos que en sus primeros años manifestara: pero Elmonda no queria cultivar nada, ni aun las mas simples flores; bien podian éstas secarse por falta de un pucherete de agua, que à buen seguro que Elmonda las refrescase, y eso que era aficionada à ellas con estremo.

No eran estas ocupaciones para madama Bouchonnier, y habia sido criada para hacer su voluntad; y su voluntad dominante era no hacer nada... escepto su tocador.

Oh! el tocador para Elmonda era la faena mas esencial; asi es que era lo único que hacia en el dia. Por la mañana bajaba en blusa al jardin á pasearse y cojer flores. Despues se aviaba con otra blusa mas cerrada y tomaba el desayuno. En seguida à peinarse. Luego á mirar la atmósfera para por ella juzgar que vestido debia ponerse, pues tiene la mania de vestirse segun la temperatura: y como esta es tan suceptible de variaciones, resulta que al

menor nublado , al mayor ó menor esceso de calor ò frio , al mas ó menos ventarron, tiene usted á Elmondita cambiándose de vestido.

Pues prescindamos de la variacion de la atmòsfera y pasemos á la variacion suya , natural de toda muger caprichosa. Asi es que para pasearse necesita otro vestido: si se espera algun convidado vuelta á mudar la decoracion: por ùltimo, si á la tarde hay que bailar, ò saltar , ò ensayar una polka , otra mutacion de escena. De manera , que estoy viendo que he mentido solemnemente, cuando dije que la señorita Elmonda no hacia nada , pues ya es chico tragin el estar todo el dia quitándose y poniéndose vestidos.

Madama Bouchonnier, que tendrà ahora veinte y nueve años , tendria lo mas veinte y uno cuando tomó este nombre; el apellido de su querido Tiburcio. Era sumamente hermosa , aunque en el dia tampoco es maleja. Es una morena de ojos vivos y brillantes , una cara redonda y agradable. Madama Bouchonnier es una muger muy guapa , bien se le puede envidiar al marido la posesion de su esposa: pues es coloradita , una boquita muy salada y una fisonomía muy espresiva; pero la infeliz no tenia ese arte instintivo que hace á otras estar bien con cualquiera cosa. Me parece

inútil deciros que abundan mas de aquellas que de estas.

Madama Bouchonnier tenia tambien un carácter igual y franco, era amiga de placeres y distracciones, y como gustaba de ellas procuraba que en su casa tambien se encontrasen. Pero era celosa de su marido con estremo. Nacian estos celos de amor ó de capricho? Es imposible adivinarlo. Lo que si es positivo que Elmonda, á pesar de su coquetismo y presuncion, no tenía en su conducta la menor cosa que pudiera reprocharsele: y sin embargo, sus ojos anunciaban pasiones vivas, y Mr. Bouchonnier estaba muy distraido para calmarlas...

Los cinco meses del año que pasaba en Corbeil, se entretenia en adquirir noticias de quienes fueran las personas que la rodearan para entablar sus relaciones de amistad. Mas de una vez ha encontrado á madama Clermont y á su hija. Elmonda habia admirado á estas dos damas, porque la belleza de la una y la gentileza de la otra, no podia pasar desapercibidas, mucho menos á una jóven cuya sola ocupacion era observar las fisonomias de cada cual. Las maneras finas y elegantes de madama Clermont cautivaron á primera vista á la jóven Elmonda; acostumbrada esta á bri-

llar por si sola , se sintió al instante subyugada por la madre de Emelina, y conocia perfectamente que esta la aventajara en hermosura, no obstante à pesar de esto sentia una violenta inclinacion á entablar amistad con ella.

Despues de haber pesado las razones que habia en pro y en contra, y tomado los informes convenientes de quienes fueran sus vecinas , hizo el siguiente cálculo:

«Si como me parece, madama Clermont me sobrepuja en gracia y hermosura, tambien es muy cierto que yo la aventajo en alhajas y vestidos, y el gran mundo que todo lo juzga por la opulencia y brillantez no hay duda que à mi me dará la preferencia.»

Que tal, amiguito, calculan ò no las mugeres? En efecto, por lo que hace à madama Michelette y madama Bertrand no tuvo Elmonda que racionar nada. En una tertulia de tontos, un hombre de mediano talento no tiene necesidad de manifestarlo, sopena de que ninguno conozca su verdadero mérito. Asi la muger coqueta, desea mejor encontrar miradas que penetren su sentido, y elogios que lisongeen su vanidad.

Madama Bouchonnier hizo por fin su visita à las vecinas de la casa aislada; y donde creyera resaltar y deslumbrar por su elegancia

y finura , se vió enteramente dominada por el talento y las gracias de madama Clermont , y á pesar de esto comprendió perfectamente que la amistad de las dos jóvenes le era indispensable. Madama Clermont y su hija eran de aquellas personas que no podemos tratar sin quererlas de corazón.

Como podeis figuraros no faltaria quien le refiriese á madama Bouchonnier todos los cuentos , chismes y enredos que de sus bellas vecinas se publicaran: pero Elmonda no era curiosa y por consiguiente no ponía atencion en lo que contáran de mas extraordinario sobre la vida de la madre de Emelina ; asi es que no encontraba raro , por cierto , el que tan joven fuera viuda. Y con solo tratarla una vez , se conocia perfectamente la educacion brillante que recibiera en su juventud.

Sin embargo , hay un punto esencial sobre el cual madama Bouchonnier debe meditar detenidamente. Madama Clermont es bastante joven y hermosa para seducir, y la joven Emelina se halla con la sangre hirviendo en las venas , edad propia para el amor. Era prudente pues que una muger tan celosa y con un marido tan enamorado , entablase relaciones íntimas con unas mugeres tan bellas?

Mas la virtud tiene una coraza tan instin-

tiva que madama Bouclionnier se penetró al momento de que sobre este punto á sus vecinas no tenia que temer. Emelina habia recibido una educacion muy cristiana para que recibiera con buen agrado los galanteos de un hombre casado ; y por lo que hace à la madre se veia, à pesar de su belleza, un cierto rasgo de tristeza que no la dejarian , por cierto, lugar para que su lastimado corazon se dedicase à chacotas y piropos. Y cual seria la causa de este dolor? Elmonda pensò (tal vez acertara) que la causa de este dolor no seria otra sino un amor desgraciado , un amor mal correspondido , una pasion mal satisfecha , causa única por la cual està una muger siempre triste.

Despues de bien pensado y calculado esto, madama Bouchonier instó á madama Clermont y á su hija á que fueran á su casa. La madre de Emelina rehusò en un principio so pretesto de que no podia penetrar en el gran mundo , porque mil causas lo impidieran á cual mas poderosas: la bella Elmonda le contestò con la mayor amabilidad:

—Ir á mi casa llamais ir al gran mundo, hija mia? Pues casi siempre estoy sola con mi doncella y mi costurera , y alguna vez que otra , aunque muy rara , con Mr. Pastoureau,

ese hombre singular digno de ser recibido en un convento de monjas... aunque salga enamorado de todo el monasterio, y con madama Michelette; una señora bastante singular, os puedo decir que no la conocia ni aun de vista, y no obstante esto se ha colocado en mi casa sin decir oste ni moste. Antes iba una tal madama Bertrand; pero, hija, la he echado à la calle, porque me dijeron que era una gran enredadora. He aquí toda mi tertulia. Alguna vez que otra, suele mi marido venir de Paris con algunos amigos, pero ya os figurareis quo seràn gente escogida, pues nosotros no nos relacionamos asi como quiera, y sobre todo, si cuando tengamos huèspedes, allá por vuestras ideas, no quereis favorecernos, seguro está que yo os moleste ni os dé queja. En todo hareis vuestro gusto.

La oferta de Elmonda era demasiado seductora para rehusarla. Madama Clermont mira á su hija y los ojos de Emelina radian de alegría y brinca de contenta. La madre acepta pues, la proposicion de madama Bouchonnier.

Cuando la tierna jòven penetró por aquellas deliciosas habitaciones, su corazon saltó de placer y un gozo inefable se pintó en sus facciones. No sucediera lo mismo con la madre. El jardin con sus bellas alamedas, los bos-

quecillos embellecidos por la naturaleza, pulida por el arte, y la suntuosa casa de madama Bouchonnier adornada con tanto gusto como elegancia, no hay duda que obraron un efecto terrible en su corazón, su frente se oscureció, una nube pasó por sus ojos divinos y se fijaron en el suelo.

Elmonda que observara esta espresion de tristeza, la atribuyó à la envidia que tal vez aquella dama tuviera por su suerte.

—Hola! ya la aventajo en algo, dijo para sí.

Mas la tristeza de madama Clermont no dudara mas que un instante y disipárase como el humo y apareciendo en su rostro, como por encanto, una alegría radiante casi como la que su hija experimentara. Los cumplidos de ordenanza fueron hechos con tal sinceridad y dulzura, que madama Bouchonnier se convenciera perfectamente de que no era envidia, por cierto, lo que su vecina sintiera por ella. Por último, las relaciones mas estrechas, cuanto finisimas, se entablaron entre las dos vecinas hasta el extremo de no poder pasar un dia sin que se vieran.

Cuando el panzudo Bouchonnier vió à madama Clermont y à su hija en su casa por la vez primera, dió una cabriola de alegría y

se menzó la panza cuatro veces creyendo segura una buena caza: pero las esperanzas del tal Bouchonnier se desvanecieron terriblemente, y su gozo pasó como una chispa eléctrica.

A pesar de tener madama Clermont una espresion tan tierna y amorosa, tenia un aire tan altanero é imponente que desconcertaba al mas hábil seductor. Sin duda tomaria esta espresion alguna vez que Bouchonnier le dirigiera alguna galanteria, y lo dejó con la patas como dos trancas:

Le quedaba aun la jóven Emelina, pero la conciencia de Bouchonnier no era tan depravada que intentara seducir à la misma virtud personificada. Se puede divertir y gozar con las mugeres, pero se deben respetar los ángeles, y Emelina era un querube sobre la tierra.

En cuanto à Mr. Pastoureau, despues de la llegada de madama Bouchonnier á Corbeil y haberla visitado, estaba mas tonto que nunca. Era un hombre que cuantas veia tantas le gustaban: bastase que fuera muger para que èl la encontrase eminentemente sublime.

Seducido en un principio por la belleza de madama Clermont estaba con ella embobiliado: pero quando vió á Emelina en su total desarroyo se inclinó por ella; y ahora que

veía á madama Bouchonnier , tambien muy linda, elegante y coquetamente vestida, se volvió loco. El sensible Pastoureau se sentia turbado y confuso ante las tres bellas damas, suspirando à cada momento y poniendo los ojos en blanco , con lo cual se reian infinito Elmonda y Emelina. La primera porque comprendiera perfectamente la causa ; la segunda porque decia que Mr. Pastoureau parecia un conejo.



### *Las conversaciones.*

---

**E**RA un día magnífico, serian poco mas de las doce y media de la mañana, madama Clermont y Emelina, cediendo á las repetidas súplicas de madama Bouchonnier, se habian ido à casa de esta con sus labores.

Las bellas damas estaban en un terrado bajo del jardín; sitio deleitable y refrescado por una hermosa sombra que le proporcionara una bella parra entretejida con madre-selva; desde allí se descubriera la villa de Cham-

prosay coronada de un sol radiante ; al pie de la cual se apercibiera el Sena , serpenteando en mil corrientes y acueductos y coronadas sus orillas de verde yerba y olorosas flores. Luego, tambien veíase el embarcadero y la pequeña ensenada; por último , la vista de los caminos de hierro completaba el cuadro de tan hermoso paisaje.

Este era pues el sitio que madama Bouchonnier escogiera para sus labores. Emelina bordaba en tapicería , su madre en tul y Elmonda tejia cintas de seda , su pasion favorita. Como todos los dias recibiera los periódicos que se publicaran en Paris , entre ellos los de modas y teatros ; leia los artículos concernientes á este género , despues contemplaba los figurines y se los enseñaba á sus amigos; y si alguna vez recibiera tambien obsequios de su esposo, como un elegante schal , un bonito sombrero , una primorosa cofia , &c. iba y se los ponía á Emelina para ver el efecto que causara y obligaba à la tierna jóven à que se mirase en el espejo con aquellos atavios que tambien le sentaran y embellecieran.

Madama Clermont unas veces se reia y otras le disgustaban aquellas locuras.

—Vais á concluír por hacer á mi hija una coqueta , le decia.

—Y que le hace! despues de todo tiene que serlo: el coquetismo es un sentimiento instintivo en la muger , y la que no es coqueta es porque na puede , porque serà un camafeo consumado. Así como así , vendrá la vejez y... oh querida mia! me estremezco cuando lo pienso.

—No es esa la ley comun? O sino la muerte , no hay mas que esos dos extremos. Cual os parece mejor?

—Que se yo que os diga , porque si la muerte es horrorosa , esto de que se nos ha de arrugar el pellejo , que nuestros cabellos han de emblanquecer , si antes no se caen , que nos tenemos de poner jorobadas... sin dientes... sin formas... sino huesos y piltracas... Uf! que horror... olvidada de todo el mundo!

—Eso lo pensais ahora... mas envejecereis sin sentirlo... y entonces seguro está que os desesperais... yo puedo aseguraros que es una cosa en la que menos pienso.

—Toma!.. ya lo creo!.. envejecerse como vos , sin dejar de ser linda y parecer jóven...

—Vecina , no le usurpemos à Mr. Pastoureau su piropo favorito.

—Yo no digo mas de lo que siento: y sino preguntad à Emelina si teneis traza de ser su madre... os dirá que mas bien pareceis su her-

mana... Juana... Juana, que hora es?

—La una acaba de dar, señora. Contestó la doncella acudiendo al llamamiento.

—La una! murmuró Elmonda tirando con rábia las cintas que tenia en su mano. La una!.. y el pícaro sin venir todavía?

—Por ventura, madama, aguardais á vuestro esposo?

—Sí... es decir, èl me lo ha prometido... bellaco... Vamos, què es lo que hace en Paris?.. yo quiero que usted me lo diga.

—Probablemente estará en la bolsa... en algunos negocios urgentes...

—Pues! eso mismo es lo que él me dice. Pero como hayer no vino en todo el dia, me parece que hoy debia haberlo hecho tempranito. Para estos caballeros es muy cómodo el mandarnos al campo, para ellos estarse, yo se el porqué. Pero... valgame Dios!.. como á las dos no esté aquí... tomo un coche de vapor y voy á Paris y... pobre Tiburcio como lo coja en algun gatuperio.

—Pero, vecina, os atormentais en vano. no teneis motivos para pensar asi de vuestro esposo. Lo habeis experimentado?

—Oh! cuando una los pone en la prueba... entonces caen de cabeza.

—Creedme, amiguita, los hombres se fas-

tidian de tantas sospechas infundadas... y muchas veces nosotras mismas tenemos la culpa de que ellos hagan lo que no pensarán. Mientras que no veamos en su conducta ninguna cosa alarmante, mientras que no nos falten en la obligación que se impusieron... no debemos incomodarlos ni molestarlos.

—Estoy admirada de oiros: para vos todos los hombres son unos angelitos. No hay duda que vuestro esposo estaría chochito con vos.

Al nombre de su esposo, madama Clermont callò y madama Bouchonnier, viendo que aquella idea la entristecía, continuó:

—Pues, hija mia, no puedo remediarlo, soy celosa, celosísima en extremo, y no creais que sea porque lo adore, nada de eso, lo quiero... regular. El que sea tan gordo me contraria mucho, sobre todo su vientre; ya veis, un vientre tan enorme, es un inconveniente poderoso... *para muchas cosas*. Pues bien, á pesar de todo, si lo viera con otra muger lo mataba... no, á ella la mataba... que digo! á los dos los mataba...

—Mamá, tiene una muger derecho para matar á su marido, cuando este le es infiel? preguntò Emelina con la inocencia de un niño de cuatro años.

—No, hija mia, lo que dice esta señora

es una broma. No sería capaz ni aun de reprender à su marido, sino con agrado, con buen modo...

—Ah! sí, por cierto; eso es lo que quisieran los muy pillos, que lo trataran con dulzura: oh! entonces quien los aguantaba? nada, duro con ellos, duro, sino se estienen que es un primor.

La llegada de madama Michelette interrumpió la conversacion, en pró y en contra, de los casados.

—Buenos dias, señoras; oh! cuanto me alegro de veros reunidas!.. Acabo, en este momento, de recibir noticias de Almenor... de mi hijo... Oh! estoy tan contenta!.. Creereis que està en Reims y yo lo hacia en Inglaterra?.. Ah! zalamero! me escribe una carta, vaya una carta! encantadora, sublime... como todas... luego me manda à decir que me enviarà un buen regalo... Quieren ustedes que les lea la carta de mi hijo? con eso juzgareis de su estilo y vereis si son ó no justas las alabanzas que le prodigo.

Sin aguardar respuesta, madama Michelette se instala en un campé del jardin, saca sus gafas, se las pone y empieza à leer la original carta, interrumpida con mil reflexiones à cual mas insulsas.

Reims &c., &c., &c.

«Mi querida mamá, me alegraré que al recibo de esta, se halle usted con la mas cabal salud que yo para mí deseo. (Oh! como me ama! como se interesa por mí. Ya veis, señoras, que un niño de treinta años, interesarse tanto por su madre, es un fenómeno. Es verdad que lo he criado yo misma en mis pechos y esto influye mucho.)... El dedo murgarito me anuncia que seguis tan redonda como una manzana, y tan fresca como los ostiones que comí hayer: (Oh! que chistoso! me compara con los ostiones! jamás su padre me echó un requiebro tan salado.)... á propósito, os voy á remitir un canasto con treinta botellas del vinito que á usted le gusta: (Sí, es verdad, el Champaña; oh! me pirro por èl.)... esto no os costará mas que el porte, pues el vino ya está pagado. (Treinta botellas de champaña!... oh! buen regalo por cierto!... y á mí que me gusta tanto.)... Mamá, he tenido una urgencia precisa y... el veinte del corriente pagareis, bajo mi recibo, novecientos francos: de lo contrario me veo comprometido. (Novecientos francos!... siempre con urgencias!... pero el veinte es pasado mañana!... ya! pero se muestra generoso y es preciso no disgustarlo,

pobrecillo! sabe Dios en el aprieto que se vería!)... Un dia de estos voy á veros con mi amigo Saucissard , un guapo jòven que ha recorrido las cuatro partes del mundo. (Oh! serà un sàbio. Un hombre que viaja tanto! no puede menos de ser , su amistad , sino muy recomendable.)... A Dios , mamá mia! hasta este momento vuestro hijo os ofrece un gran abrazo , y mi amigo un fuerte apreton de mano: (Oh! ese Saucissard es sumamente fino , ya estoy deseando el conocerlo.)... pasaremos quince dias á vuestro lado , para lo cual vamos prevenidos de buenas palancas: (Palancas!!! ah! sí, ya caigo, eso es sin duda esos cigarros grandes que fuman los elegantones.)... una palanca y una buena copa de ponche á vuestra salud. Vuestro hijo querido—

«ALMENOR.»

—Sí, y tan querido como es , continuó madama Michelette quitándose las gafas y mirando á las señoras. Que os parece el estilo de mi niño? Un estilo sublime, de un gran hombre. Es verdad?

Nadie le contestó , pero la buena mamá no reparó en esta circunstancia , la creyò motivada por la admiracion que el talento de su hijo les causara.

—Pero qué es esto? Una posdata!!! exclamó madama Michelette reparando detenidamente la carta. Pues yo no la habia visto. Qué me dirá? nuevos piropos y zalamerias: ah! que salado es.

La buena mamá volvió á ponerse las gafas y empezó á leer de nuevo.

«Posdata. — En este momento, querida mamá, me asalta una prudente reflexion y es que el Champaña es demasiado fuerte é irritante; en su lugar os enviaré vino de cidra... es mas tónico... mas fresco... por fin, os sentará mejor.»

Madama Michelette concluyó la posdata con voz tan decaida que casi era ininteligible. Hizo una terrible mueca, dobló la carta con despecho, la guardó y al quitarse las gafas, con aquel frenesí, se trajo una porcion de cabellos enredados. Las bellas damas no pudieron menos de reirse.

—Amiguita, vuestro hijo os cuida mucho, le dijo madama Bouchonnier sonriéndose: el cidra no ataca los nervios como el Champaña.

—Lo creéis así? pues yo preferiria mejor el Champaña. Y madama Michelette, para

cortar la conversacion , continuò: Yo creia encontrar aqui á Mr. Bouchonnier... no vendrá hoy?... ayer no vino?..

—Hoy lo espero sin falta , replicó Elmonda con marcada impaciencia.

—Habrá maridos mas originales! dejan á sus mugeres en el campo para ellos divertirse á sus anchas en Paris... No digo yo esto por Mr. Bouchonnier ; Dios me perdone... pero los maridos , buenas piezas salen algunos de ellos... que ganado tan malo!.. Cuidado , madama Clermont , cuando volvais à casaros tened cuidado con el que escojais... Qué tendrá eso de particular? sois bastante jóven aun y hermosa. Pues , os lo repito , tened mucho cuidado , ecsaminarlo , espèrimentarlo muchas veces , de lo contrario...

Madama Clermont , à quien esta conversacion chocaba en estremo , la interrumpió á todo trance.

—Mirad el convoy del camino de hierro, Mr. Bouchonnier tal vez venga en él , dijo con bastante impaciencia.

Elmonda miró hácia el convoy que se adelantaba con la rapidez de una flecha , lo ecsaminò detenidamente y contestò al cabo de un momento:

—No , no viene en ese.

—Y como podeis saberlo, bella vecina? me parece imposible, desde tan lejos, distinguir á los pasajeros...

—Pues es bien fácil. Cuando Tiburcio viene, me hace señas con el pañuelo y lo conozco perfectamente.

—Vuestro marido os hace señas con el pañuelo? Oh! como me recuerda eso á Mr. Michette! sí, lo mismo, cuando yo estaba aguardándolo en la boca-calle, apenas me divisaba blandía su baston por el aire como un tambor mayor y... pícaro! acababa de dejar á la Draga.

—Cómo á la Draga? preguntó Elmonda admirada.

—Ay Dios mio! su querida... sí, señoras mias, mi esposo tenia su querida, la obsesquiaba, la llevaba en coche, mientras que á mí me enseñaba el baston, por el aire, para darme á entender que me lo rompería en las costillas como le dijera lo mas mínimo.

—Ah! pasaríais una vida muy triste!

—Que quereis!.. siquiera porque hubiera paz, tenia que cerrar los ojos y aguantarme; pero el muy bribon siempre armaba peloteras al tiempo de acostarnos: estratagema que habia sacado para estar toda la noche con la espalda vuelta.

—Me parece, señora, que no está bien refirais esos pormenores de la vida doméstica, delante de esta jòven inocente; dijo madama Clermont despechada.

—Pero, querida, de què quereis que una hable á no ser de su marido? qué cosa mas natural? Verdad es que no todas dicen lo mismo y no aguantan la mas insignificante pregunta sobre sus esposos... pero ellas tendrán sus causas; yo como no tengo ningun misterio que ocultar, por eso hablo de él; y ya que mi esposo ha muerto es cuando le hago justicia... era un escelente hombre... sobre todo muy afanoso... de mucho ingenio... ahora, era muy enamorado; pero eso todos los hombres lo son. No digo yo esto por Mr. Bouchonnier, Dios me perdone! ni aun lo habia imaginado.

—Ah! allí viene nuestro fiel vecino, exclamò madama Bouchonnier.

—Me alegro, murmurò madama Clermont. En efecto, Mr. Pastoureau se dirijía hacia la casa de Elmonda con paso igual y acompañado.

El deseado vecino llevaba un pantalon blanco, un tuy de dril oscuro y un sombrero de paja: vestido verdadero de un colono ó de un jardinero.

—Ved ahí un novio á pedir de boca, dijo

la gorda mamá al ver à Pastoureau que se acercaba. Si mi Almenor fuera hembra, no tendria yo reparo ninguno en que con ella se desposara: ya veis, es un escelente partido, cinco mil francos de renta... será su muger feliz. Luego tiene un aire tan dulce ese Mr. Pastoureau... á mí me parece que se inclina mucho à la bella Emelina; con eso comeremos pronto el dulce de la boda.

—Tenga usted, señora, la bondad de no proyectar mas maridos para mi hija, os lo suplico; quiere ella mucho á su madre para abandonarla tan pronto. Es verdad, hija mia?

—Sí, mamá, yo no te abandonarè nunca, exclamò la bella jóven levantándose y corriendo á sus brazos. Y sobre todo, mucho menos por ese Mr. Pastoureau que tiene cara de conejo.

—Esta madama Clermont es original, tampoco quiere que se le hable á su hija de casamiento á no ser que prefiera el que se quede para vestir santos! murmuró la gorda mamá al oido de madama Bouchonnier.

En este momento entrò Mr. Pastoureau.

—Amabilísimas señoras, dijo, tengo el inmenso, grato è inefable placer de ponerme á sus pies.

Despues de dirigir este saludo, para él sumamente galante, lanzó una ojeada à la ma-

dre , otra à la hija y otra á madama Bouchonnier , acompañadas de gestos y contorsiones. No se le escapara , por cierto , esta pantomima á madama Michelette y picada por que para ella no habia habido tambien ojeadas y suspiros , tratò de interrumpir aquella especie de moneo.

—Mr. Pastoureau , dijo , acabo de recibir carta de mi hijo y me dice vâ á venir muy pronto... oh! ya vereis , amigo mio , ya vereis un jóven fino y elegante , buen mozo y de talento; vereis à un jóven hacer conquistas á millares.

Mr. Pastoureau inclinò la cabeza en señal de asentimiento: despues se dirijiò á observar las labores de las bellas señoras acompañando aquel ecsâmen con las alabanzas y términos mas pomposos.

—Què noticias corren hoy por Corbeil, Mr. Pastoureau? preguntò madama Bouchonnier.

—Ningunas que yo sepa... Ah! sí , en toda la villa no se habla de otra cosa mas que de la finura y elegancia de vuestro vestido de ayer... todos dicen que estabais hechicera.

—Mi vestido de ayer!.. no me acuerdo... Ah! sí, aquel de linò blanco y violeta; no puede ser mas sencillo: es verdad Emelina?

—Sí, pero es muy lindo.

—Mi hijo vá á venir con un amigo suyo, dijo madama Michelette que parecia dispuesta á turbar è interrumpir todas las conversaciones: un amigo que es un sábio consumado, como que ha recorrido las cuatro partes del mundo!.. Me vá à enviar treinta botellas de Champ... no, de Champaña no, de cidra; pero será superior, ya lo probareis, como igualmente estas señoras, en la gran reunion que voy á dar en celebridad de su regreso.. Ya veis que el cidra con castañas es un bocado riquísimo, lo malo es que ahora no es tiempo de castañas; pero pienso con sequillos

(1) suplir la falta.

Mr. Pastoureau no desplegó los lábios: oyò á la gorda mamá con infinita indiferencia; pero entre tanto pareciole que madama Clermont lo habia mirado largo tiempo. Entonces coje una silla y siéntase al lado de la misma haciendo esta reflexion:

«Es guapa... guapísima aunque no tan jóven como las otras... yo siento una cierta cosa cuando la miro; luego estoy de ella verdaderamente enamorado.»

---

[1] Especie de torta hecha con harina, huevos y manteca muy cocida y coscorruda.

Este señor , como hemos dicho , fluctuaba siempre en la incertidumbre de no saber à punto fijo de cual era de la que estaba enamorado ; pero dispuesto tambien á tomar en su favor la menor mirada la palabra mas mínimo y ha entregado su corazon á aquella que parecia mas dispuesta á oír sus suspiros ; así como la flor mas endeble , ceda al impulso del viento.

—Me parece que hay ya algunos dias que no paseais por la floresta , dijole à la madre de Emelina contemplando su bordado y suspirando à cada instante.

—Sì , muy cierto , contestó Emelina , hace cuatro dias que no vamos por allá... preguntarle á mamá la causa... Te acuerdas , mamá , del encuentro que tubimos á la entrada de la vereda cerca de la gruta?

—Ah! sì , dijo la mamá sonriéndose: tuvimos un miedo terrible... era ya muy tarde... y aunque hacia una brillante noche de luna...

—Miedo! y por qué? preguntò Elmonda.

—Y por qué? dijo por su parte la comadre Michelette poniendo tanta oreja.

—Nada... Fué una niñeria por nuestra parte... porque el hombre no nos habló palabra.

—Ah! un hombre!!

—ent—Si, volvíamos de nuestro paseo cotidiano; ya digo, la luna iluminaba la campiña que parecía el medio día... Cuando de repente esta (señalando á Emelina) se para y me coje fuertemente el brazo señalándome à un hombre sentado sobre la yerba, con los brazos cruzados, la cara alzada hácia el bello cielo, tachonado de estrellas y contemplando al astro de la noche; por un movimiento espontáneo pareme yo tambien á ecsaminar al singular personaje, para mí totalmente desconocido y que sin duda alguna era estrangero. Este minucioso ecsámen no nos tranquilizó por cierto; todo lo contrario, nos alarmó mucho mas; pues el individuo tenía una facha tan siniestra, incapaz de inspirar la menor confianza: figurense ustedes, un hombre ni jóven ni viejo... por consiguiente es imposible marcarle la edad; mucho mas cuando tiene el rostro cubierto con una espesa barba que le llega al pecho, y un enorme sombrero, como el que usan los carreteros, que lo cubre hasta las narices. En cuanto al vestido era mucho mas visionario. Un gran paletò blancuzco que lo cubriera en muy mal estado, con inmensa falta de botones y rotos por los codos, demostrara, à primera vista, que su poseedor ò hacia mucho tiempo que lo tubiera ó lo habia comprado en un barati-

llo: unase á esto unos pantalones harapientos, y unos zapatos destrozadísimos; y vereis si la presencia del tal señor, era ò no alarmante.

—Oh! muchísimo, exclamó Elmonda, ese era sin duda algun vagamundo ò algun mal hechor... Continudad, mi querida.

—No sabiamos que hacer, Emelina temblaba como una azogada y era indispensable el pasar por su lado para entrar en el pueblo. Como he dicho, estaba todo embebido en contemplar el astro brillante, y sumido en la mas profunda meditacion. Asi es que, confiado en aquella especie de arrobamiento que lo sobrecogiera, le dije à mi niña: «Anda, que ese hombre no nos dirà nada.» Y cuando ya estábamos cerca, levántase aquel hombre, coje un baston que tenia á su lado, un baston que parecia una traca, y se dirige hácia nosotros.

—Uf! que horror! gritaron todos.

—Pero nada, señores, pasó con la mayor tranquilidad y no nos dijo ni lo mas mínimo: poco despues volvimos la cara y ya... habia desaparecido completamente. He aquí toda nuestra aventura, que si bien no concluyó tan mal como á primera vista juzgara, no por eso dejamos de experimentar un susto muy bueno; por lo cual hemos jurado, Emelina y yo, de no volver á pasearnos tan tarde por la floresta.

—Y hareis perfectamente , querida mia... un hombre tan mal vestido... mirando la luna... y con un baston tan gordo... Oh eso! es terrible!

—Ese será sin duda algun capitan de bandoleros , dijo la comadre Michelette ; ah! si mi hijo hubiera ido con vosotras... à él que le gusta echarla de guapo... que es capaz de avasallar una patrulla de gendarmes y lidiar un toro... Ya digo , vea usted , mi hijo es un hombre con el cual se puede salir á paseo sin temor de encuentros funestos... asi es que estoy orgullosa cuando me lleva del brazo... y el picaronzuelo siempre se evade de ello.

—Señoras , interrumpió Mr. Pastoureau , me parece que conozco yo al individuo que os ha amedrentado... à lo menos la filiacion que acabais de hacer es justamente igual à la de un personaje que me encuentro muchos dias... no , señoras , es una equivocacion , quise decir muchas noches. Cuando hay noches claras , de luna , soy apasionado à pasearme solo , por que entonces se me agolpan unos pensamientos tan tiernos... tan melancólicos... y si mi imaginacion se halla herida con algun grato objeto... entonces se presenta á mi vista y... un recuerdo dulce... un... un... ay!

Mr. Pastoureau dió un profundo suspiro,

y segun iba hablando estendia las piernas y los brazos hasta que se despatarranó en el sillón.

—Me parece que Mr. Postoureau se cree en este momento en la floresta tendido à la larga , dijo Elmonda al oido de Emelina ; es preciso que lo saquemos de ese letargo tan funesto para èl.

Y la jòven esposa , dirijiéndose à su vecino , añadió con sonrisa:

—Jamàs hemos dudado de que vuestra imaginacion abundara en recuerdos tan agradables ; pero deseariamos saber lo que concierne acerca del personaje tan singular que...

—Ah! sí , es muy justo , me habia distraido completamente , respondió Pastoureau reprimiendo un profundo suspiro. Os decia, poco ha , que todas las noches que me he paseado por la floresta inmediata , à la claridad de la luna , he notado sentado en un banco de cespèd à un hombre tal como el que madama Clermont acaba de pintar. Yo lo supon-go de cuarenta y cinco à cuarenta y ocho años, con un baston gordo y nudoso , enlazado con sus piernas , la barba apoyada en las manos y en esta posicion contemplando à la luna.

—Oh! sí , justamente es el mismo , exclamó Emelina.

—Yo no hice reparo en un principio; pe-

ro noté que se levantó y dirigiéndose á un cerezo cargado de fruto , inclinó con su baston una rama y empezó á comer cerezas con tanto aplomo y seguridad , como si él fuera el dueño de la floresta. La verdad , aquella accion me disgustó mucho y no pude menos de decirle:

—Me parece , caballero , que no está bien el ser tan descarado.

A estas palabras vuelve el individuo y me lanza una mirada fulminante , pero sin dejar de comer cerezas y me contesta con un tono un poco insolente:

—Es de usted este cerezo?

—No , señor.

—Y entonces por qué os meteis en lo que no os va ni os viene?

—Porque es mi deber defender lo de otro, así como no quiero que me roben lo mio.

—Y tal vez porque yo coma dos ó tres libras de cerezas de las abundantes que este árbol tiene , falte por eso á los deberes de la sociedad... es un crimen que el hombre se proporcione lo necesario. Además , todos los dias los cuervos y aves de rapiña , hacen lo mismo que yo y no por eso se les molesta é inquieta. Y sobre todo, seguid vuestro camino y no os mezcléis en asuntos ajenos , porque se yo aplicar

una buena medicina para los importunos.

Y diciendo esto, el misterioso personaje, blandió su terrible baston como quien dice; «*ay de tí*» ya veis, señoras, que no era razonable el que me pusiera á dimes y diretes con aquel incògnito, y aunque yo no sea ningun cobarde, sin embargo; no puedo menos de confesarlo, su enarbolado baston causó un efecto poderoso en mi físico, ya veis que hubiera sido una broma que el tal Sanson me hubiese medido las costillas.

—Hicisteis perfectamente, dijo madama Bouchonnier.

—Ademàs, añadió la gorda mamá, probablemente tendria otras armas, de lo contrario no se hubiera atrevido, tan descaradamente, á robar las cerezas: he oido decir que esas gentes suelen ocultar ciertos puñales y... oh! que miedo! tener en nuestras cercanias à ese hombre!.. A lo menos, si mi Almenor estuviese con nosotros, entonces no habia que temer.

—Pues á la mañana siguiente, continuó Mr. Pastoureau, hallándome, casualmente, en la plaza donde enganchan las gòndolas que van hasta Fontainebleau, un pasagero contàndole yo el lance del dia anterior: «Pardiez! me dijo, ya conozco á vuestro hombre... La cabaña de Roberdin le sirve de guarida... ya sabeis don-

de está situada, en las afueras; poco à poco, cuando digo que la cabaña le sirve de guarida, me remito solo al dia, porque no ignorareis que el tal individuo à dado en la mania de hacer dia à la noche; ved aquí porqué cuando el sol empieza á despuntar sus rayos, cuando este astro benéfico viene á inundar nuestros montes y valles, el personaje misterioso, hulle y se oculta en su guarida, la noche es para él el tiempo mas precioso, y la luna es su sol: esta es la razon porque Roberdin y sus camaradas no lo conocen sino por **EL AMANTE DE LA LUNA**. Lo cierto es, que su vida positiva es un profundo misterio. Es un hombre sumamente compasivo y valeroso, prueba de ello que, noches pasada por una funesta casualidad, habiéndose prendido fuego á la cabaña de Roberdin, y en la cual hubiera sido víctima de una muerte prematura, corriò á ella, sacó en brazos al dueño que se hallara sumido en un profundo sueño, y corriendo despues à una laguna inmediata, para proveerse del agua necesaria, impidiò que el incendio no se propagase. En recompensa, de una accion tan heroica, Roberdin le ha ofrecido su casa y un pedazo de pan. Bien conocereis lo supersticiosa que es la jente campesina; asi es que sus paseos solitarios y nocturnos, sus miradas con

tinuas y sombrías , son respetadas con un terror y recojimiento religioso.» Ved aquí, señoras, todo lo que sé con respecto á ese misterioso personaje que apellidan el Amante de la luna.

—El Amante de la luna! exclamò madama Bouchonnier , que nombre tan feo!

—Pero al fin, preguntó madama Clermont, que habia escuchado con sumo interés la narracion de Mr. Pastoureau , se le conoce à ese hombre algunos crímenes... algunos robos?..

—Solamente los frutos y legumbres.

—Lo suficiente , exclamó la comadre Michelette , no por eso deja de ser un ladron... Quien sabe!.. tal vez sea un pròfugo de gale-ras... Cuando coje con tanto descaro las cerezas, tambien cojerá los melocotones... Yo escribirè á Almenor para que cuanto antes se venga con su amigo y verán ustedes como dan caza al Amante de la luna llena... Vaya que es una indecencia el tal apodo.

En este momento llegaba de Paris un convoy del camino de hierro. Emelina que lo notara hizoselo presente à madama Bouchonnier. Esta , despues de haberlo ecsaminado , esclama con una radiante alegría:

—Ahora sí que está ahí mi esposo. No ven ustedes aquel pañuelo que se mueve sin cesar?

**La llegada.**

Pocos momentos despues se descubrieron dos señores por la boca-calle, con direccion à la casa.

—Ahí viene Mr. Bouchonnier, exclamó Emelina, con otro caballero.

—Sí, murmuró Elmonda, alguno de esos entes fastidiosos que no buscan mas que reuniones para entremeterse, y luego murmurar; personas tan imbéciles que no tienen reparo en decir á una misma: «Yo creia que esto

fuera otra cosa ; el jardin bien sencillo es por cierto: oh! si yo tuviera esta casa la habia de poner que no la habiais de conocer.» Y otras mil cosas por ese estilo, que era menester responderle: «Pues, amigo mio, yo pongo la casa como me dà gana y no al gusto de nadie.» Oh! esas personas me revientan, las odio... pero me parece que conozco á la persona que acompaña á Tiburcio... sí... sí, él es, no hay duda ; es mi primo Isidoro Marcelay.

Y diciendo Elmonda estas palabras, con una alegría inesplicable, cojiò su pañuelo y empezó à saludar á los que se aprocsimaban.

Mr. Pastoureau volvió la cara tambien, á ver si el primo seria un inconveniente poderoso para proseguir en sus suspiros y contorciones.

—Teneis visita y me retiro, dijo madama Clermont.

—Qué disparate! llamais visita á un primo de confianza? No lo creais. Ya vereis un jóven guapo, amable, finísimo y de mucho talento. Vereis como os gusta. Además, si os fuerais, mi marido se incomodaria mucho; porque de hecho le habrá hablado de sus lindas vecinas. Por otra parte, me habeis prometido pasar toda la mañana y no debeis faltar à vuestra palabra.

—Pero si...

—No hablemos mas de eso.

Todos estaban deseando de ver al primo tan decantado. No tardaran ni un segundo en llegar los deseados Bouchonnier é Isidoro.

El marido corre á su muger y le dà un fuerte abrazo.

—Buenos dias, morena... te presento á Isidorito, el picarillo, que siempre nos estaba prometiendo venir y nunca llegaba la hora... Señoras, á los pies de ustedes... servidor, amigo Pastoureau.

El vecino apretó la mano de Bouchonnier aparentando una satisfaccion completa; mas, sin embargo, su corazon estaba muy inquieto, porque veia que el primo era sumamente guapo.

Por lo que respecta à madama Michelette cuando vió al jóven Isidoro, dijo para sí:

«En efecto, es buen mozo, alto y delgado... mi Almenor es mas bajo y gordito... prefiero á mi Almenor.»

Isidoro, por su parte, tambien ha abrazado á su prima y saludado á las damas, con una gallardía inesplicable. Despues fija la vista en el jardin y en el hermoso paisaje que se le presenta, y lo encuentra sumamente hermoso.

— Oh! ya vereis , querido primo , le dijo Elmonda , mi jardin es muy lindo , los contornos tambien lo son ; vereis como no os fastidiáis.

— Quien puede fastidiarse aquí? eso seria imposible.

— Y tú , Tiburcio , por qué no vinistes ayer?..

Bouchonnier , por toda respuesta , saca un papelon del bolsillo y se lo echò à Elmonda en las faldas.

— Toma , gloria ; ahí tienes almendras , caramelos , canelones , pastillas de esencias y fresas enconfitadas. Ya verás , tú no has comido nunca las fresas así , eh? pues te vas à chupar los dedos.

— Muchas gracias , señor mio: pero no dices por qué no vinistes ayer?

— Los negocios , vida mia ; asuntos indispensables , y luego este diablo de Isidoro , empeñado en que lo habia de acompañar á comer , al teatro , al...

— De veras , Marcelay?

— Es muy cierto , querida prima.

— Ya! se habrán puesto ustedes de acuerdo... ah! buenas piezas sois todos vosotros!

— Es verdad! siempre me decia lo mismo Mr. Michelette , dijo la gorda mamá souriéu-

dose: y sin embargo, camelaba à la Draga...  
Oh! los hombres son unos mónstruos! pero no lo digo por vos, vecino.

—Pues, señor, voy á ponerme la blusa; quieres tú una, Isidoro? mira que las tengo de prevencion, de todos tamaños y hechuras...

—Querido, es tu casa alguna tienda de ropa hecha?

—Y sombreros, idem, de todos tamaños y colores...

—Pues bien, si mi prima me lo permite...

—Sí, hijo mio, en el campo no se usan cumplimientos: aquí está uno á sus anchas y como mejor le guste.

—Vamos, anda, Isidoro: vecino Pastoureau, venga usted con nosotros, echarèmos una partida de villar... verèmos si os desquitais hoy del julepe que os dí el otro dia... Oh! valientemente no disteis golpe en bola!

No tenia, por cierto, Mr. Pastoureau muchas ganas de abandonar á las bellas damas; pero temiendo que Bouchoonnier estuviera de él celoso, no quiso rehusar el ofrecimiento y lo siguió á la sala de villar.

—Vamos, que os parece mi primo? preguntò Elmonda asi que los tres hubieron desaparecido.

—Me parece bien: por ahora no puedo

juzar de su talento y carácter , pero lo creo sumamente franco y decidido.

—Ay! no hay que fiar en las apariencias, murmuró la comadreja Michelette , ellas engañan à cada instante... y bajo una espléndida franqueza ocultan las mas veces pasiones muy siniestras... No digo yo esto por vuestro primo. Dios me libre!..

—Yo opino lo contrario que vos , continuò madama Clermont: es imposible estudiar mucho tiempo las fisonomías , sin descubrir, muy pronto , el verdadero sentido del corazon; el disimulo no puede ser mucho tiempo continuado y al menor desliz se rompe el velo. Es verdad , tambien , que las apariencias engañan , pero para esto , estando sobre avisada, no hay miedo ninguno. Así , desconfiad mucho de la persona que siempre está adulardoos y sonrièndoos , esa es una falsa , esa os vende. Esa otra de voz tierna y melosa, es una hipócrita , huir de ella , pues no dudeis de que os quita el pellejo. Mientras que las mas veces la persona díscola y repugnante, esa será la mas à propósito para protejereros y ampararos.

Emelina , desde que entrara Isidoro no alzò ella la cara de su tapicería. Hay momentos, amigo lector , en que las muchachas se vuelven tan afanosas que no quitan los ojos de su

trabajo y parece están insensibles á cuanto pasa en su al rededor.

Justamente, entonces es cuando no pierden ni un àpice de cuanto pasa.

—Os quedareis á comer con nosotros, eh? dijo Elmonda á la madre de Emelina.

Madama Clermont meneò negativamente la cabeza.

—No, eso no... es imposible... no puede ser. Bien lo sabeis.

—Lo que yo se es, que siempre me lo estais rehusando, pero la causa la ignoro completamente.

—Ya veis aceptando vuestras apreciabilísimas ofertas... nos vemos en el caso de...

—Nada de eso, amiga mia: franqueza mañana ú otro dia vuelvo á Paris y no por eso dejarè siempre de teneros presente. Y sino, vereis como madama Michelette no se hace tanto de rogar.

—Con mil amores, contestò la gorda mamá levantándose y haciendo una profunda cortesía. Esta madama Bouchonnier tiene un modo tan seductor de hacer sus ofrecimientos, que es imposible el rehusarlos. Mas espero que cuando reciba ese vino tan rico de Reims, que me vá á mandar mi hijo, me acompañarán ustedes.

—Sí, señora, os acompañaré con mucho gusto... Me parece que Mr. Pastoureau no pondrá mucho impedimento en quedarse... Con eso le haremos ver à mi primo, que no porque habitamos en el campo, vivimos como lobos: ¡amigas, la ocasion se presenta y es necesario agotarla.

Emelina continuaba con su labor guardando un profundo silencio, y de vez en cuando lanzaba á su madre una miradilla al soslayo, á ver que era lo que determinaba.

Pero madama Clermont, á pesar de las instancias y ruegos de Elmonda, parecia inalterable en su propósito. Ella no queria aceptar, pues, una oferta que, mañana ù otro dia, no pudiera retribuir. Su delicadeza llegaba al extremo de la de toda persona bien nacida y educada. La gente de posible no tienen que reparar en nada, puesto que se hallan en una posicion ventajosísima, y pueden retribuir cuando quieran y les dé gana, porque en Francia, para ser bien mirado y darse tono, no es necesario hacer una cosa brillante, basta con indicarla solamente.

Mr. Bouchonnier y sus amigos volvieron del villar. El barrigudo esposo, que no le falta, por cierto, el amor propio (natural de todo tonto) en las cosas pequeñas, entra radian-

te y gozoso, porque ha ganado á Isidoro y á Mr. Pastoureau.

—Los he batido... he ganado completamente la victoria... les he hecho un fuego granado.

—Sí, es verdad, sois un jugador sobresaliente, dijo Mr. Pastoureau.

—Sobresaliente?... no, estais equivocado, pero si gano á los chambones.

Isidoro calló por su parte, todas sus miradas se reconcentraban en la jóven Emelina, en la cual aun no habia reparado detenidamente.

—Vamos, vamos, caballeros, estais de broma? bueno, eso me gusta, dijo Elmonda; pero no podiais, aunque fuera por un momento, ocuparos de nosotras?

—Ese es, por mi parte, mi mas vehemente deseo, murmuró el virtuoso Pastoureau bajando la voz.

—Oh! de vos, Pastoureau, no lo dudamos, vuestra aficion al bello sexo es sumamente conocida; pero mi marido y mi primo ya es diferente.

—Lo que es yo, prima mia, estoy á vuestras órdenes, dijo Isidoro; mandad... seré sumamente dichoso en obedeceros.

—Vamos, señoras, preguntó Elmonda, un paseo ahora os seria agradable?

—Demonio! un paseo à estas horas con el calor que hace! vamos! para que se me derri-tieran los sesos no era menester mas! exclamó Bouchonnier.

—En efecto, el sol cae de plano... Pues bien, nos iremos al salon de música... todas las persianas están echadas; de modo que es-tará aquello muy fresco.

—Vamos al salon.

Todos, pues, se levantan y se dirigen à la gran pieza donde està el suntuoso piano. Isi-doro tiene buena voz y es un excelente músi-co. Mr. Pastoureau canta tambien, pero es à la guitarra y con una voz tan sumamente ra-ra, tan contristada y sentimental, que se duerme el que lo escucha sin poderlo reme-diar. En cuanto à Emelina y su madre son dos profesoras consumadas. Madama Clermont, de una disposicion y ejecucion atroz para el pia-no, habia hecho à su hija participante del mismo talento, facilitándola para ello su voz hermosa, fresca y pura.

Aquello era un concierto improvisado. Madama Bouchonnier, con su primo Isidoro, ejecutò un precioso duo. Emelina canto una plegaria, con un gusto y precision, tan tierna y elevada, que la comadre Michelette que no en-tiende jota de música (à pesar de los grandes sol-

feos que le daba su marido) tuvo que confesar que la plegaria la habia magnetizado. Madama Clermont, por supuesto, estaba que no cabia de gusto, al ver los infinitos aplausos que prodigáran á su hija.

Isidoro no se cansa de ver á Emelina mientras mas la mira mas hermosa le parece. Hay bellezas que, al primer golpe de vista, cautivan y deleitan; pero que miradas despacio pierden mucho de su mérito. Las hay tambien que no seducen á primera vista, mas despues que se contemplan, despues que se admiran, se descubren en ellas mil rasgos de hermosura, mil gracias y atractivos que pasáran desapercibidos.

—No te lo dije, Isidoro, que teniamos en Corbeil muchachas de rechupete, dijo Bouchonnier á su primo.

—Amigo, es positivo; esta señorita tiene una voz encantadora y al mismo tiempo una ejecucion estrema.

—Ved aquí mi maestra, dijo Emelina echándose en los brazos de su madre con la mayor emocion.

Madama Clermont se sonrió.

—Señora, teneis una discípula sublime.

—Oh! pues si oyeseis tocar á la madre, ya veriais cosa buena: sobre todo, una piecesita,

á cuatro manos , que toca con su hija... entonces delirarais.

—Vecina , me dispensais mucho favor.

—Justicia , señora , justicia.

En efecto , la madre y la hija se sientan al piano y tocan aquella pieza recomendada por madama Bouchonnier. Aquello era para oirlo; baste decir que , todos la encontraron cortísima , último elogio que puede aplicársele á una partitura.

—Tienes, Bouchonnier, unas vecinas guapísimas , le dijo Isidoro al oído ; y me admiro de que busques fuera lo que tan bueno tienes en tu casa.

—Te admiras , eh? pues lo extraño... hasta cargo de que estas niñas son invencibles , y no es , por cierto , esto lo que nosotros queremos... nosotros , que estamos por lo positivo , no nos convienen mugeres de esta calaña. Y sino , si tuviera esas ideas tan puras tu Felicia...

—Felicia! murmurò Isidoro , la habia olvidado completamente.

—Ah diablo! con que no estás enamorado de ella?... pues entonces , es decir que pronto truena... cédemela , chico , cédemela.

—Cølla: no hables tan recio , ¿no ves que te puede oir mi prima? Haces muy mal en engañarla.

—Ahora su poquito de moralidad?  
—Ya ves, si ella te engañase.  
—Quiá! sus celos la ocupan mucho para que piense en ello siquiera. Además, mi mujer tiene muy buenos principios.  
—Los que tu no quieres encontrar en las demás.

—De qué están ustedes ahí hablando? preguntó vivamente madama Bouchonnier.

—De música, alma mia, contesto el esposo.

—Oh! la música! bella invencion! murmuró la comadre Michelette, mi Almenor tambien es un excelente músico, toca el serpentón á las mil maravillas. Ya vereis que conciertos damos cuando venga á Corbeil.

—Mamá, qué es el serpentón? preguntó la jóven Emelina.

—Es un instrumento de metal que se alarga y se encoje, y hace el solo mas ruido que seis trompetas juntas... cosa magnífica! Cuando mi hijo toca el serpentón, se pone mas colorado que un tomate... cualquiera dirá que le dá una apoplegia.

Mr. Pastoureau callaba y no decia nada. El canto de Emelina lo habia electrizado; habia sentido una inclinacion tan violenta hacia la jóven, que se convenciera perfectamente que de ella estaba enamorado. Entonces sus

miradas y visages se dirijieron á la bella jóven.

—Ay Dios santo! exclamò Elmonda como herida de una súbita idea , se me habia olvidado decir á nuestro apreciable vecino , que cantase un poquito ; justamente tiene aquí una de sus guitarras.

Diciendo esto , la jóven corre à un extremo del salon , coje una guitarra y se la presenta á Pastoureau.

—Ea , vecino , ahora os toca á vos , con que no os hagais de rogar.

El virtuoso vecino coje la guitarra, la temple, y como hombre convencido de que sabe lo que hace , declara solamente que vá á cantar *el rebaño de Galatea*.

***Fin del tomo primero.***



EL AMANTE

DE LA LUNA

EN UN ACTO



EL AMANTE DE LA LUNA.

т. II. Biblioteca económica popular.

